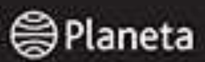
DEL ACLAMADO AUTOR

ADAM GIDWITZ



EL IMPERIO CONTRAATACA

¿ASÍ QUE QUIERES SER UN JEDI?



¿ASÍ QUE QUIERES SER UN JEDI?

Parece emocionante. Puedes mover objetos con la mente. Controlar a la gente con tus pensamientos. Ah, y los sables de luz. Sí, son impresionantes. Pero no todo es poder mental y linternas armadas. Ser un jedi requiere de mucho trabajo. Además, hay tipos malos, muchísimos. Y quieren matarte.

¿AÚN QUIERES SER UN JEDI?

Aquí encontrarás la historia de uno de los más grandes jedi de todos los tiempos y un recuento del clásico filme *Star Wars. El Imperio contraataca*. Pero no sólo eso: sabrás cómo ser un jedi. Tal vez no necesites aprender a levitar o percibir tu alrededor con los ojos vendados. Tal vez no te interese escuchar una historia sobre sables de luz, criaturas de nieve asesinas y naves espaciales, pero quizá sí. Y tal vez, sólo tal vez, quieras aprender a ser un jedi. Bueno, en ese caso, este es el libro para ti. La decisión, mi joven amigo, está en tus manos. Literalmente.





¿Así que quieres ser un jedi?

Un original recuento de *Star Wars: El Imperio contraataca*

Adam Gidwitz



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *The Empire Strikes Back: So You Want to Be a Jedi?*

Autor: Adam Gidwitz

Arte de portada: Khoa Ho

Ilustraciones: Ralph McQuarrie, Joe Johnston

Traducción: Alejandro Romero Álvarez

Publicación del original: fecha de la publicación original

3 años después de la batalla de Yavin

Aporte: Darth Neurus

Revisión: Satele88

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

18.12.16

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN



Dedicado a todos mis Ben Kenobi y a todos mis Yoda.

NOTA DEL AUTOR



¿TE SORPRENDE que haya escrito este libro?

Hacer un recuento de *El Imperio Contraataca* puede parecer una decisión extraña. Soy conocido, donde acaso me conocen, por mis cuentos de hadas. Sobre todo, por aquellos oscuros y aterradores.

Empecé a escribir cuentos de hadas en 2008. Trabajaba como bibliotecario sustituto en una escuela de Brooklyn. Me topé con un ejemplar de los cuentos de los hermanos Grimm y se lo leí a unos alumnos de segundo año. Estaban entretenidos, cautivados, absortos; si soy honesto, quedaron ligeramente traumatizados. Inspirado por esta experiencia, escribí mi primera novela, *A Tale Dark and Grimm*, la cual narra la «verdadera» historia de Hansel y Gretel, aprovechando muchos de los cuentos más aterradores, más extraños y menos conocidos de los hermanos Grimm. Mis dos siguientes libros, *In a Glass Grimmly* y *The Grimm Conclusion*, siguen un modelo similar.

Entonces, ¿qué sé yo de *El Imperio Contraataca*?

Resulta que sé más de lo que creí saber.

Es posible que sepan que George Lucas siempre consideró a *Star Wars* como un cuento de hadas. Hizo un comentario al respecto durante un banquete que se ofrecía en honor al gran erudito en mitología, Joseph Campbell: «Mi intención fue escribir una película para niños. Tenía la idea de crear un cuento de hadas moderno». Posteriormente, en una entrevista con Bill Moyers para una serie de televisión llamada *The Power of Myth*, Lucas comentó lo siguiente respecto a *Star Wars*: «Si de esto resulta una herramienta que pueda ser utilizada para modernizar viejas historias con las que los jóvenes se puedan identificar, mi objetivo se cumplió».

Pues bien, eso es lo que yo intentaba hacer con los cuentos de hadas de los hermanos Grimm; modernizar viejas historias, para que la juventud pudiera apreciar la genialidad, el terror, la hilaridad y la belleza de esos cuentos clásicos. Lucas también comentó que quería «narrar un antiguo mito de una nueva manera» y que su intención fue «localizarlo en el fin del milenio». Y ahora yo tengo el inmenso privilegio de tomar el que considero sinceramente como el más grandioso cuento de hadas moderno para contarlo de nuevo en forma de libro y, al hacer esto, entregárselo a la juventud de este nuevo milenio.

En ocasiones, la gente se queja de Luke Skywalker, argumentando que no es un gran personaje pues no tiene una personalidad rebosante, como la de Han Solo o la Princesa Leia; es un poco soso, un poco vacío.

Y así debe ser. El héroe de un cuento de hadas debe ser vacío. ¿Qué es lo que sabemos realmente sobre Cenicienta, fuera del hecho de que tiene que trabajar entre las cenizas y que su familia es mala con ella? ¿Sabemos algo sobre su sentido del humor? ¿Sobre sus gustos literarios? ¿Su opinión respecto a la política del reino? Claro que no.

Eso arruinaría la historia. Porque el punto de Cenicienta es que podemos ponernos en sus zapatos (los cuales, de acuerdo con los Hermanos Grimm, estaban hechos de oro y no de cristal). Todos nos hemos sentido alguna vez como Cenicienta: maltratados, menospreciados y con un gran potencial sin descubrir. Justo por esta razón, su historia ha perdurado a lo largo del tiempo y entre tantas culturas distintas. Cenicienta es universal. Universalmente vacía.

Muchos héroes modernos son producto de ese mismo molde. Huckleberry Finn no es un ejemplo de estos. Seguramente lo reconoceríamos al instante, incluso sin saber su nombre. Pero Harry Potter sí es un ejemplo de este molde. Su personalidad no tiene rasgos muy característicos, al contrario de Ron y Hermione. ¿Qué sabemos de Harry? ¿Sabemos que es valiente? ¿Sabemos que se preocupa por sus amigos? Frodo Bolsón es otro ejemplo. Conocemos bien a Samsagaz. Incluso a Bilbo, que es un pequeño héroe idiosincrático: pasa del desayuno al almuerzo con gruñona, desaliñada y bien intencionada renuencia. Frodo tiene algunas características de héroe, no son muchas. En resumidas cuentas, es valiente y bueno.

Estos héroes no son personajes completos, sino personajes vacíos. Y esto es algo intencional. Son reencarnaciones para el lector. Están vacíos para que podamos personificarlos, habitarlos en cierto modo. Para que llevemos a cabo sus acciones, vivamos sus vidas y aprendamos de sus experiencias. Luke es un personaje de estos, tan vacío como un par de zapatos.

En su serie, *Power of Myth,* Bill Moyers le dijo a George Lucas: «Hoy en día, oigo a muchos jóvenes decir que vivimos en un mundo sin heroísmo, que ya no quedan actos heroicos por hacer». A eso, Lucas respondió: «Todos tenemos la oportunidad de ser o no ser héroes, cada día de nuestras vidas».

Escribí este libro para darte a ti esa oportunidad. Hice un par de zapatos a tu medida.

¿Te los vas a poner?

ADAM GIDWITZ

INTRODUCCIÓN



¿ASÍ QUE QUIERES ser un jedi? Lo entiendo. Ser un jedi es algo genial. Puedes mover objetos con la mente. Controlar gente con tus pensamientos. ¡Oh!, y los sables de luz… Sí, los sables de luz son increíbles. Pero debes entender que no todo es control mental ni linternas que sirven como armas.

Para ser un jedi hay que tener paciencia, fuerza y ser consciente de uno mismo. Y entrenarse. Entrenarse mucho.

¿Aún quieres ser un jedi?

Hagamos esto, voy a contarte una historia. No es cualquier historia. Es *la* historia. La historia de uno de los jedi más grandes de todos los tiempos. Mientras la cuento, te haré algunas pruebas para ver si tienes lo necesario para ser un jedi.

No te culpo si tienes miedo. La mayoría no tiene lo que se necesita. La mayoría es gente común y corriente. Y está bien. No tiene nada de malo ser común y corriente. Pero, si lo eres, no puedes ser un jedi.

¿Quieres escuchar la historia? ¿Y hacer las pruebas?

¿Aún quieres ser un jedi?

¡De acuerdo!

Esta es la historia de un hombre joven. Su nombre era Luke Skywalker.

Bueno, aunque esta historia habla sobre él, no la contaré así.

Tú quieres ser un jedi, ¿cierto?

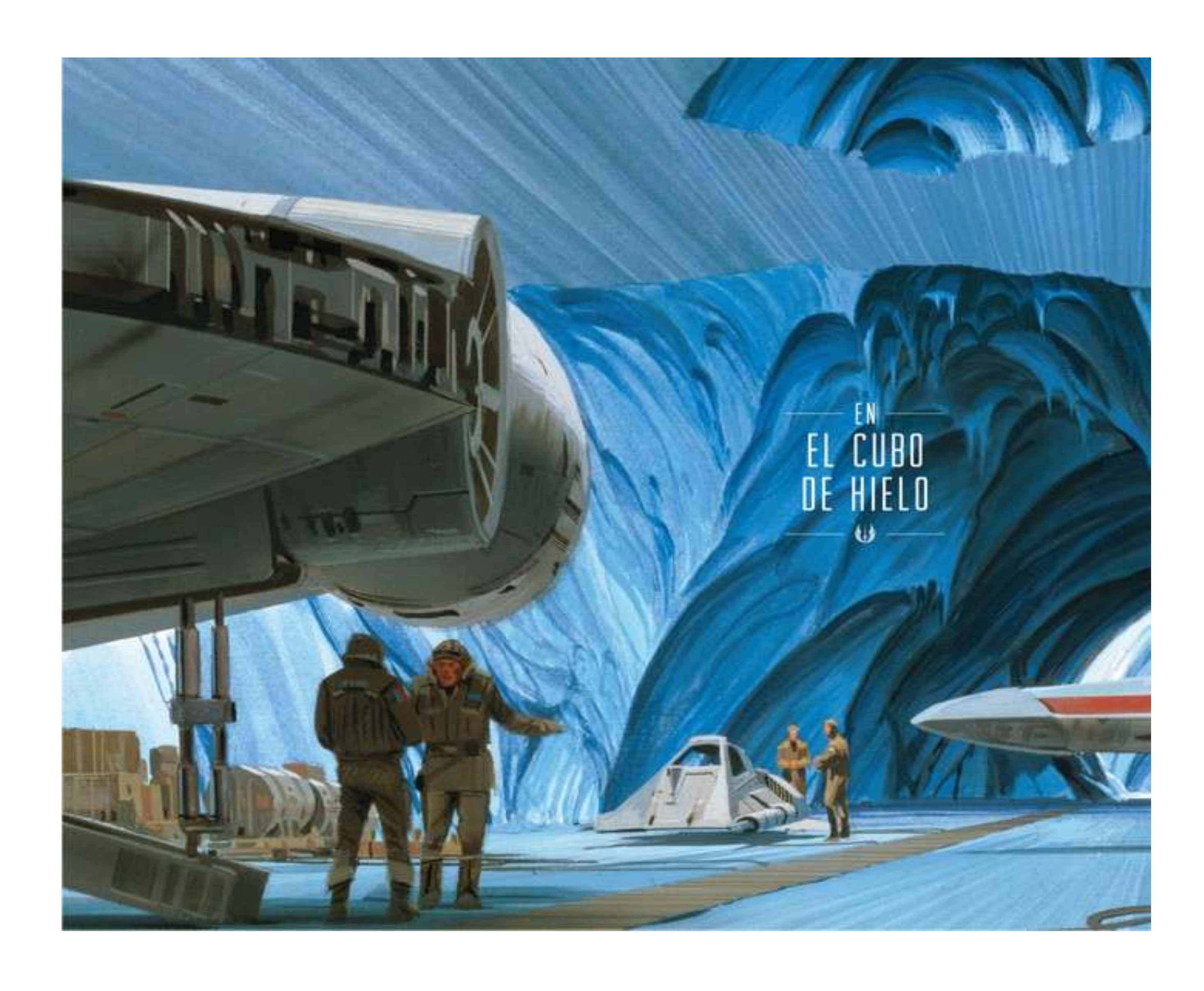
Y Luke llegó a ser uno de los jedi más grandes de todos los tiempos.

Si quieres seguir sus pasos, debes caminar en sus zapatos.

Quiero decir caminar en sus zapatos de verdad. Y usar su ropa. Y cargar su sable de luz. Y convivir con sus amigos. Y pelear contra sus enemigos. Debes, al menos mientras te cuento la historia, convertirte en Luke.

Al hacerlo, habrás recorrido el largo, difícil y peligroso camino que debe seguir todo jedi.

Este camino empezó hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…


EN
EL CUBO
DE HIELO

CAPÍTULO UNO



TU MIRADA SE extiende por un campo color blanco. Es invierno en el planeta Hoth. Siempre es invierno en Hoth. Bueno, claro que tienen verano. Durante el verano, la temperatura llega hasta 10 grados bajo cero. Es encantador.

Pero ahora no es verano. Es invierno, y la capa de nieve es tan gruesa que uno podría perder a un niño pequeño en ella.

Llevas una chamarra de fibra sintética gruesa. Encima, un chaleco con capucha y anteojos de protección. Este es el uniforme que utilizan los rebeldes cuando patrullan en Hoth, montados sobre sus grandes tauntauns, originarios de ese planeta. (Los tauntauns son lagartos de gran tamaño que caminan sobre sus patas traseras. Claro que esto ya lo sabes porque eres Luke Skywalker, ¿cierto? Pero sólo te lo estoy recordando). Sin embargo, toda esta ropa especial no te protege del frío. Un frío amargo e insidioso. Se cuela por cada recoveco de tu cuerpo y te cala hasta los huesos.

En la distancia, un meteoro se estrella en la nieve. Entrecierras los ojos para verlo mejor. El viento se quiebra a latigazos sobre el hielo.

—Eco Tres a Eco Siete. ¿Han, amigo, me copias?

Silencio. Luego un ruido de estática.

—Fuerte y claro, chico. ¿Qué pasa?

Esa es la voz de Han Solo. Desde luego que conoces a Han Solo, pero nada más te lo recuerdo: es un pirata espacial, un contrabandista, un sinvergüenza; una especie de hermano mayor y mejor amigo para ti.

—Terminé mi ronda —le dices—. No detecto ninguna señal de vida.

La voz de Han suena de nuevo.

—No hay suficiente vida en este cubo de hielo ni para llenar un refrigerador. Los sensores están posicionados. Voy a regresar.

Tiemblas al sentir una helada ráfaga de viento.

—De acuerdo, te veo pronto. Acaba de caer un meteoro cerca de aquí. Voy a revisarlo. No tardaré.

«No tardaré». Famosas últimas palabras.



Porque es justo en ese momento, después de cortar la comunicación con Han Solo, que te golpea un wampa.

Aparece, de la nada, una criatura gigante que parece una combinación de un gorila, un oso polar y el abominable hombre de las nieves. Alcanzas a ver sus diminutos ojos y su enorme boca, que esboza una especie de sonrisa, aunque sólo por un instante. Porque, entonces, su pata entra en contacto con tu cara. Tu cabeza se mueve bruscamente hacia atrás, las vértebras de tu cuello truenan como matracas y tus oídos repican como las campanas de una iglesia.

Y de pronto, sales volando por el aire.

Luego caes sobre la nieve.

Y te quedas ahí tirado.

Congelándote.

Posiblemente muriendo.

Tu tauntaun emite una especie de grito.

Y mueres.

Casi.

LECCIÓN ALFA:
UN JEDI DEBE SABER CÓMO CONTAR

De acuerdo, te toca la primera prueba.

Cierra los ojos.

Espera…, todavía no. Tienes que leer las instrucciones primero.

En un momento más, cerrarás los ojos. Luego, empezarás a contar, lentamente, hasta diez.

Mientras cuentas, intenta no pensar en nada, excepto en los números.

De acuerdo, hazlo ahora.

¿Lo hiciste?

Mientras contabas, ¿pasaron otros pensamientos por tu cabeza? Probablemente sí. Pensamientos como: «¿Qué tiene que ver esto con ser un jedi?», y «¿Por qué este tipo es tan extraño?». Está bien, no te preocupes.

Pero, en cuanto vuelvas a tener un momento de paz durante el día, intenta repetir la prueba. Y fíjate en que logres pensar *sólo* en los números. A veces, ayuda inhalar y exhalar con cada número.

¿Qué tiene que ver esto con ser un jedi?

Mucho.

Te lo explicaré después.

¿Y por qué soy tan extraño?

No hay explicación para eso.

CAPÍTULO DOS



TROPAS REBELDES, SOLDADOS, ingenieros, pilotos espaciales…, todos corren de un lado a otro en el hangar principal de la base rebelde de Hoth. Han Solo pasa junto a ellos, ignorándolos a todos y sacudiendo la nieve de su equipo.

Llevan semanas en el planeta, reconstruyendo la base. El Imperio los ahuyentó de la última que tuvieron, pero perseverarán. Seguirán luchando contra el vasto y poderoso Imperio, sobre todo contra el Emperador, a quien parece impulsar el mismísimo lado oscuro.

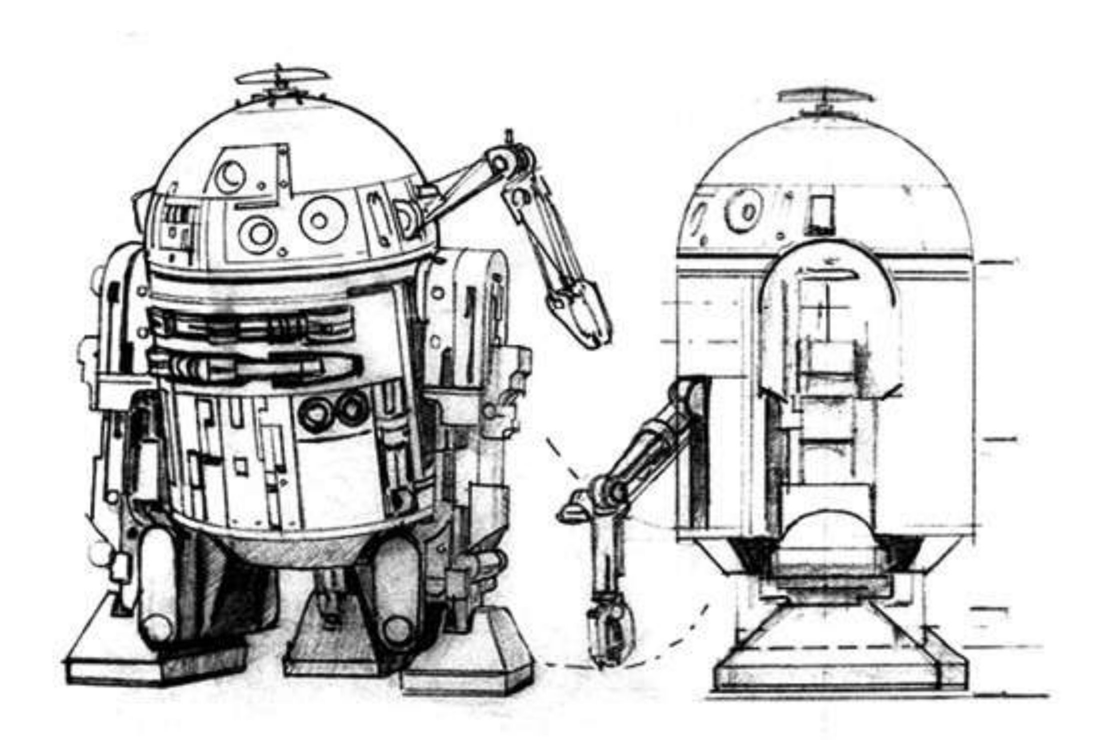
Algunos antecedentes: el Emperador alguna vez fue el senador Palpatine, de la República Galáctica (el primer gobierno en llevar paz duradera a los pueblos de la galaxia que permanecían en disputa). Pero Palpatine manipuló el sistema: obtuvo influencia y poder, tanto que logró alejar a la República de la democracia y llevarla hacia una dictadura, su dictadura. Al tomar el poder, ordenó que se ejecutara a todos los jedi. Eso incluía a los padawan (niños que se entrenan para ser jedi).

A partir de ese momento, el Imperio, bajo las órdenes de Palpatine, se propuso someter a cada planeta de la galaxia que no aceptara su mandato. Someter, en este caso, significó esclavizar, diezmar o destruir por completo.

Así que este ejército rebelde, el que se encuentra en Hoth, es la última resistencia armada que queda en la galaxia dispuesta a enfrentarse al Emperador. Es una resistencia pequeña, pero no hay otra.



Han Solo se asoma por el hangar. Chewbacca, su primer oficial desde hace mucho tiempo, revisa los mecanismos de su nave: el *Halcón Milenario*. Chewbacca es un wookiee, lo cual significa que tiene forma de humano, pero es mucho más alto y está completamente cubierto de largo pelo castaño. Digamos que es como si el suelo de una peluquería se hubiera levantado y estuviera arreglando una nave espacial.



Dos droides pasan frente a Han. El primero es pequeño y achaparrado, como un bote de basura muy sofisticado. Se trata de R2-D2, el droide de servicio más valiente que Han haya conocido jamás. El segundo se parece al Hombre de hojalata, pero pintado de dorado. Se trata de C-3PO, el droide de protocolo más cobarde y entrometido que Han haya conocido. Al menos, esa es la opinión de Han.

Extrañará este lugar. La energía. El compromiso que todos tienen con la causa. La tonta valentía de enfrentarse a obstáculos imposibles. Una estación imperial de combate acababa de destruir un planeta entero. Con un solo disparo. Han vio los escombros, simples pedazos de roca que flotaban en el vacío del espacio. No se puede combatir un poder así.

Pero…, se puede intentar. Y este grupo variopinto de soldados y droides está intentandolo. Benditos sean sus tontos corazones y sus placas de memoria central.

Sin embargo, Han no lo hará. No más.

Él se marcha esta noche. Y no hay tiempo para despedidas emotivas. Nada de cursilerías.

Aunque hay una persona de la que le gustaría despedirse.

La encuentra en el centro de comando, oprimiendo botones y gritando órdenes a través de un dispositivo comunicador. Se ve molesta. A Han le gusta cuando se ve molesta.

Su nombre es Leia, y es la princesa del planeta que fue destruido por el Imperio con un solo disparo. Ella se encontraba en la estación de combate imperial y la obligaron a observar todo. Ahora es una de los líderes de la Rebelión. Creo que sus motivos son entendibles.

Sus ojos cafés se mueven de un panel de control a otro y de una lectura a otra. Su largo cabello castaño está trenzado y enrollado en forma de aro alrededor de su cabeza.

Al principio, Han la ignora intencionalmente y se acerca al General Rieekan, el comandante de la base, quien está leyendo con mucha concentración unas indicaciones de seguridad. Como si las dichosas indicaciones fueran a servir de algo cuando el Imperio apareciera.

—General —dice Han—. Lo siento, pero no puedo seguir aquí.

El general levanta la mirada hacia Han, con un par de ojos grises que se asoman por debajo de un par de cejas del mismo color.

—Lamento oír eso.

Lo dice como si se tratara de una pregunta.

De repente, Han se siente un poco avergonzado.

—Bueno, pusieron un precio sobre mi cabeza. Si no le pago a Jabba el Hutt, estoy muerto.

Detrás de Han, la princesa introduce unos datos numéricos en la computadora. Casi golpea el teclado.

—¿Conoce a Jabba? —continúa Han—. ¿Grande, gordo y feo? ¿El que vive en Tatooine? Sé que no parece muy intimidante, pero sabe cómo dispararte por la espalda desde el otro lado de la galaxia si decide hacerlo.

El general asiente con compasión.

—No es fácil vivir con una sentencia de muerte encima. Eres un buen guerrero, Solo. Odio tener que perderte.

Habiendo dicho eso, continúa leyendo los informes de seguridad.

Han se encoge de hombros, le agradece y se da la vuelta. Hacia Leia. Ella sigue golpeando los botones como si estos le hubieran hecho algo terrible. Solo se desliza junto a la princesa y susurra:

—Bueno, su alteza, creo que esta es la despedida.

—Sí, supongo que sí —dice ella, mientras golpea otros botones. Pobres botones.

Han la observa. Ella se rehúsa a dirigirle la mirada. Él pone los ojos en blanco.

—No te pongas sentimental conmigo —le dice él.

No obtiene respuesta, así que se aleja.

Voy a saltarme la parte que sigue porque de verdad esto se está poniendo muy sentimental. De hecho, voy a saltarme todas las partes sentimentales de la historia de aquí en adelante. No son ni apropiadas ni relevantes para un joven jedi en entrenamiento.

Lo único que necesitas saber es que Leia corre detrás de Han. Y se ven enfrascados en una discusión en la cual queda muy claro que Han y Leia se aman y… también se odian un poco.

Cuando están en el clímax de la discusión, ambos con la cara enrojecida y molesta, una voz aguda y chillona los interrumpe.

—¡Disculpe, señor! —Se trata de C-3PO, el Hombre de hojalata dorado—. ¡Señor! ¡Oh, señor!

Suena como un mayordomo británico al que se le ha derramado el té.

—Lárgate —le dice Han. Por su postura, no queda muy claro si se dirige a Leia o al droide dorado.

—Pero, señor, tengo órdenes de informarle que el amo Luke aún no ha regresado.

Han escucha.

Leia voltea a ver a C-3PO. Y luego le lanza una mirada acusadora a Han.

—¿No regresó contigo?

Han la ignora.

C-3PO continúa:

—Es *posible* que haya llegado por la entrada sur, señor, pero…

—¿Qué quieres decir con que es *posible*? ¿*Posible*? ¡Averígualo!

Han voltea a ver a Leia y se encoge de hombros.

—¿Qué se puede hacer con estos droides?

Ella pone los ojos en blanco y se aleja.

Unos minutos después, Han Solo se encuentra observando la nieve, que cae como un torrente. El cielo luce sombrío.

—Está empezando a oscurecer, señor —le informa un teniente rebelde—. La temperatura está bajando rápidamente.

Han asiente.

—Así es. Y mi amigo sigue allá afuera.

Detrás de Han, Chewbacca está aullando. Los wookiees no hablan mucho, sólo se limitan a hacer ruidos que parecen ser la combinación de un perro y un cantante de ópera.

R2-D2 emite una serie de bips.

—Señor —comenta C-3PO, traduciendo lo que dice el pequeño droide—, R2 me informa que las probabilidades de que Luke sobreviva son aproximadamente de 725 contra 1.

Leia, quien está parada detrás de ellos, se da la vuelta.

Han se abrocha el abrigo y se ajusta la capucha forrada de piel sobre la cabeza.

—Señor —dice el teniente rebelde—, su tauntaun no logrará llegar ni unos metros más allá de la base.

Han se pone los anteojos protectores y se monta en la inquieta bestia. Trata de calmar a la criatura acariciándole el cuello escamoso y murmurándole en el oído. Finalmente, voltea a ver al teniente y le dice:

—Entonces supongo que los volveré a ver a todos en el infierno.

LECCIÓN BETA:
UN JEDI TAMBIÉN TIENE QUE RESPIRAR

Segunda lección. ¿Listo?

En esta ocasión, harás lo mismo que la última vez, pero alguien más contará en tu lugar. Busca a alguien que esté cerca de ti. Cuando cierres los ojos, la otra persona deberá empezar a contar en silencio hasta diez. Pídele que, cuando llegue hasta diez, te toque gentilmente el hombro. Si tienes un reloj o un celular con el que consigas tomar el tiempo, puedes usarlo también.

Esta vez, mientras tus ojos estén cerrados, trata de no tener ningún pensamiento. Sólo siente cómo pasa el aire al entrar y salir por tu nariz. Siente cada respiración. Hacia dentro y hacia fuera.

Adelante: medita.

¿Tuviste algún pensamiento, mi joven padawan? No es fácil poner la mente en blanco, ¿cierto? Yo tardé muchos años en lograr vaciar mi mente por completo a través de la meditación. Pero sigue intentando. Ese es el primer paso en el camino de la Fuerza.

CAPÍTULO TRES



GIMES DE DOLOR. Te duele la cabeza. Sientes como si alguien te hubiera engrapado los párpados y no pudieras abrir los ojos. Lentamente y con gran esfuerzo, los abres. Parpadeas dos veces. Hay un wampa devorando a tu tauntaun… en el techo. ¿Los wampas pueden sentarse en el techo? Tu sien palpita.

Te desmayas otra vez.

Luego, despiertas. El tauntaun está casi devorado por completo. El wampa, cuyo pelaje blanco está cubierto de sangre, ya no está en el techo. Está sentado en el suelo, y tú cuelgas de cabeza. Tal vez estuviste colgado de cabeza todo el tiempo.

Volteas a ver tus pies. Están atrapados en un bloque de hielo y pendiendo del techo. Los jalas y no se mueven.

Intentas estirar el cuerpo para alcanzarlos, pero te sientes demasiado pesado, demasiado atontado.

Miras al wampa cubierto de sangre. ¿Qué querrá comer una vez que termine de devorar al tauntaun?

Olvídalo. Es una pregunta tonta.

Observas los alrededores de la cueva e intentas ignorar al wampa, que sigue mordisqueando los huesos de tu tauntaun, cosa nada sencilla.

Procuras ver qué hay detrás de la bestia.

Pero no logras encontrar lo que buscas.

Miras hacia atrás.

Nada.

Finalmente, examinas el área a tu alrededor.

Ahí está. Medio enterrado en la nieve.

Tu sable de luz.

Falta el bláster. Probablemente esté en medio del campo de nieve, petrificándose hasta el final de la era de hielo de este planeta.

Pero está bien. De cualquier modo, prefieres el sable de luz.

No está tan lejos de ti, así que intentas alcanzarlo. Las articulaciones de tu brazo hacen un gran esfuerzo; tus dedos se estiran frente a ti, como si pudieran arrastrarte hasta él. Pero no pueden. Exhalas y dejas que tu cuerpo se relaje.

Ahora el wampa está mordisqueando el enorme fémur del tauntaun, sorbiendo y chupando los suaves tendones.

Volteas a ver el sable de luz otra vez. Luego piensas en el viejo Ben, Obi-Wan Kenobi. El hombre que te dio el sable de luz. El hombre que convirtió a tu padre en uno de los Caballeros Jedi más grande de todos los tiempos. El hombre que comenzó a

entrenarte, antes de ser asesinado por Darth Vader, la mano derecha del Emperador. Darth Vader, el mismo que mató a tu padre.

Intentas evitar que tu mente siga divagando. Te concentras en el sable de luz. Sabes lo que el viejo Ben te habría dicho que hicieras.

Cierra los ojos. Cuenta hasta diez y deja que todos los pensamientos salgan de tu mente. Inhala y exhala hasta que tu mente esté tan vacía y blanca como un campo de nieve en una mañana despejada. Hasta que puedas sentir todo lo que tienes a tu alrededor. Como si todos los elementos de la habitación tuvieran una forma física en el campo de tu mente. Sientes al gran wampa, a su cuerpo, que irradia calor. Sientes los huesos lisos y pegajosos del tauntaun. Luego, sientes lo que está más cerca de ti. El montículo de nieve. El sable de luz.

Lo tocas con la mente. Estiras la mano. No te esfuerzas, sólo la estiras. Sostienes el sable de luz en tu mente. Y, entonces, el sable de luz salta desde el montículo hasta tu mano.

Abres lo ojos. Y ahí está. De verdad está en tu mano.

Y ahí está también el wampa, de pie frente a ti, observándote con una mirada perpleja y furiosa.

Enciendes el sable de luz.

La espada es de un color azul pálido. Emite un zumbido y brilla en la oscuridad. Es tan sereno y poderoso como la mismísima Fuerza. Y peligroso. Sostener un sable de luz se siente peligroso. Al menos para ti.

Aunque, ahora, es más peligroso para el wampa bañado de sangre que tienes frente a ti.

Blandes el sable de luz sobre el hielo que sostiene tus pies. Caes de golpe al suelo, al mismo tiempo que el wampa arremete contra ti…

Y su brazo sale volando hacia el otro lado de la cueva.

El wampa retrocede sin quitarte la mirada de encima. El sable de luz es tan filoso y caliente que la herida ya está cauterizada. No hay sangre, pero tampoco hay brazo. La gran bestia siente un tremendo dolor. Y ahora te tiene miedo. Mucho miedo.

Con la mirada fija sobre la salvaje bestia del hielo, y con tu sable de luz en lo alto, lentamente retrocedes hasta salir de la cueva.

LECCIÓN GAMMA:
ESTIRA LOS BRAZOS Y TOCA ALGO CON TU MENTE

Probablemente creas que tu siguiente prueba será mover algo con tus pensamientos.

Pues no, no vamos a intentar hacer eso.

Aún.

Digo, puedes hacer el intento si quieres. Pero no te desanimes si no lo consigues. Mover cosas con la mente es un *poquitito* difícil.

No, para esta prueba quiero que cierres los ojos (aún no) y respires. Contar hasta diez antes de hacerlo puede ayudarte. Luego, centra tu atención en tu respiración. Una vez que hayas pasado un rato enfocado en tu respiración, quiero que intentes sentir lo que está a tu alrededor. No con las manos, sino con la mente. Explora los objetos que hay en la habitación, sin abrir los ojos. No trates de *recordar* lo que tienes a tu alrededor, sólo *siéntelo*. Empieza con el objeto sobre el cual estás sentado; después, sigue con cualquier cosa que esté en contacto con tu cuerpo. Continúa con las cosas que estén más alejadas. ¿Hay algo tocando estas cosas? Siente las formas en tu mente.

Finalmente, quiero que te enfoques en algo que esté cerca de ti, pero que no estés tocando. Traza el objeto con tu mente. Siente su forma.

Estira la mano. Tócalo. Abre los ojos.

¿Acertaste? ¿El objeto estaba donde pensabas que estaría? ¿Se ve como pensabas que se vería?

Si no es así, no te preocupes. Inténtalo de nuevo. Recuerda que lo más importante es sentir todo lo que está a tu alrededor. La parte de adivinar al final es sólo por diversión.

CAPÍTULO CUATRO



EL VIENTO SOPLA con la fuerza de un vendaval. Incluso si supieras en qué dirección hay que ir, no podrías hacerlo. El viento te lanza de un lado a otro; eres como un periódico en medio de un huracán. Detrás de ti, las marcas que han dejado tus pies al avanzar por la nieve acumulada van trazando un extraño patrón en forma de zigzag.

Te tiemblan las piernas por el esfuerzo. Te arden los pulmones. Literalmente, se te ha congelado el cabello sudoroso.

Te caes.

Quedas tirado en la nieve, medio enterrado. Tratas de levantarte, pero no lo logras. Se te cierran los ojos. La nieve se siente tibia en comparación con el viento, que azota. Si tan sólo pudieras dormir por un minuto o dos…, sólo un pequeño descanso…

(Desde luego, esta es la forma más fácil de morir en una tormenta de nieve. ¿No sabías? Bueno, ahora lo sabes. Nunca te quedes dormido en medio de una tormenta de nieve. ¡¿Lo ves?! ¿Ves todas las cosas importantes que te estoy enseñando?).



Los minutos pasan flotando como sueños… El frío se cuela a través de tu gruesa ropa térmica hasta llegar a tu piel, y luego se filtra por tus venas, congelándolas lentamente. Viene por tu corazón, como un frío verdugo.

—Luke…

Se oye una voz muy débil. Es alguien que reconoces. «Vete de aquí», piensas. «Estoy durmiendo».

—Luke…

La voz está cerca de ti. Tal vez deberías alzar la cabeza para ver quién es. Pero estás muy cansado. La fortaleza de nieve que el frío levanta alrededor de tu corazón lo está ralentizando.

—Luke…

Decides seguir durmiendo. El frío se siente tan suave y tu ritmo cardiaco te parece algo tan superfluo en este momento…

—Luke…

La voz suena como la del viejo Ben. Pero no es posible. El viejo Ben está muerto.

A menos que tú también estés muerto…

Y en este momento, te das cuenta de que estás muriendo.

«¡Despierta!», te gritas a ti mismo. Pero no se te abren los ojos. No puedes alzar la cabeza. Vas a morir.

La voz te sigue hablando:

—Luke…, ve al sistema Dagobah. —Suena como Ben—. Busca a mi antiguo maestro, el Maestro Yoda…

—¡Ben! —exclamas, o al menos tratas—. ¡Ben!

¿Por qué no te ayuda? ¿Dónde está? Intentas mantenerte consciente, pero te resulta imposible, imposible, imposible… Y el frío se burla de ti, con una risa silenciosa y siniestra…

—¡LUKE!

De pronto, abres los ojos de golpe y rompes la corteza de hielo en tus párpados.

Han Solo está parado frente a ti.

—¡Luke! Vamos, chico, no te rindas.

Te está sacando de la nieve. Tu cuerpo casi sin vida cuelga de sus brazos. Tratas de ayudarlo, pero literalmente no puedes moverte. Alguna vez oíste que los jedi pueden seguir conscientes incluso después de muertos, existiendo en la estructura de la Fuerza. Tal vez eso es lo que sucede ahora. Definitivamente te sientes muerto.

De pronto te percatas de la presencia de un tauntaun. ¡Bien! ¡Eso es bueno! El tauntaun puede cargarte a algún lado. Tal vez a un lugar más cálido, donde podrán enterrarte, ya que estás muerto.

—¡Han! —tratas de exclamar—. ¡Súbeme al tauntaun!

Pero de tu boca no sale sonido alguno.

Y entonces el tauntaun de Han se alza sobre sus patas traseras, emite un rugido hacia el cielo cubierto de nieve y cae al suelo.

—Oh, genial —balbucea Han. Estira el brazo y coloca sus dedos enguantados en el ancho cuello de la bestia.

Maldice. El corazón del tauntaun se ha detenido. Ahora no podrá cargarte a un lugar cálido donde puedas ser enterrado. Nunca habías estado más triste en toda tu vida… Y te preguntas si no estás perdiendo un poco la cabeza en estos momentos.

El desgarbado pirata espacial alterna su mirada entre la bestia reptil y tú. Finalmente, estira un brazo en tu dirección y toma el sable de luz, que está asegurado en tu cinturón. Lo enciende y voltea a ver al tauntaun.

—Lo siento, viejo amigo —murmura.

Y entonces, corta la barriga del tauntaun con la brillante espada. Sus cálidos y pegajosos intestinos caen en la nieve blanca.

—¡Puaj! —exclama—. ¿Quién diría que huelen peor por dentro que lo que huelen por fuera?

Han te levanta de la nieve y te desliza al interior de la apestosa barriga del animal. Se siente cálida y suave, y huele peor que cualquier cosa que hayas olido en tu vida. ¡Te está enterrando! ¡Qué buen amigo!

—Esto no será agradable, chico —farfulla—. Pero te mantendrá con vida hasta que logremos llegar al refugio portátil.

«¿Con vida?», piensas. «Pero estoy…».

Y entonces te desmayas. Afortunadamente.

A la mañana siguiente, el sol se alza sobre dos deslizadores de nieve. Los pilotos escanean la enceguecedora nieve, con sus ojos cubiertos por gafas protectoras.

—¿Capitán Solo? —dicen, a través de sus transmisores—. ¿Comandante Skywalker? ¿Me copian? ¿Me copian?

Ante ellos, únicamente hay un planeta amplio, brillante y vacío.

Pero entonces, eso cambia.

Empiezan a crujir los transmisores, y luego se escucha:

—¡Buen día! ¡Qué amable de su parte hacernos una visita!

Es la voz de Han Solo. Los pilotos sonríen.

—Base Eco, este es Rojo Dos. Los encontramos. Repito. Los encontramos…

LECCIÓN DELTA:
HAZ ALGO DESAGRADABLE

A veces nos vemos forzados a hacer cosas asquerosas.

Por ejemplo, estás en casa de alguien y te sirven un plato de riñones fritos. Te los comes.

Estás hablando con una amiga y se mete un dedo a la nariz enfrente de ti. Sigues hablando con ella como si nada pasara.

Estás junto a un pequeño tanque de agua. Cientos de personas ya estuvieron dentro de esa agua durante el transcurso del día. Sus células de piel muerta flotan por toda la superficie. Al menos catorce personas también orinaron en ella. Y tú te metes.

¡Ah!, espera. Eso último se llama «ir a una alberca». Y no se supone que sea asqueroso, sino divertido.

¿Pero por qué?

¿No debería estar considerado al menos en el mismo nivel de asquerosidad que comer riñones?

De hecho, ¿por qué resulta asqueroso comer riñones? Si comes músculos todo el tiempo, sólo que les llaman «carne». Y si comes un *hot dog*, estás comiendo partes del animal que son mucho más asquerosas que los riñones.

Lo único que estoy intentando decir es que «asqueroso» es un término muy subjetivo: depende de tu opinión. En algunas galaxias, comer riñones es considerado asqueroso. Y en otras, nadar en una alberca es considerado asqueroso.

Como jedi, no puedes tener miedo de hacer algo sólo porque los demás crean que es asqueroso. Tienes que superar tu desagrado y tu miedo, e ignorar la opinión de los demás. Todas estas cosas son relativas: en algunos lugares *esto* es asqueroso, en otros *aquello* lo es. Tú debes estar por encima de todo eso.

Al igual que la Fuerza.

La próxima vez que algo te dé asco, sólo hazlo. Come riñones. Nada en la alberca. Si no es peligroso, y no te enfermarás a causa de ello, vence tu repulsión y hazlo.

Excepto meterte los dedos a la nariz en público. No lo hagas. Eso es asqueroso en cualquier galaxia.

CAPÍTULO CINCO



ESTÁS RECOSTADO EN una cama. Tienes una llamativa y profunda cicatriz en un lado de la cara. Sabes que la tienes porque sientes que tu piel está tensa y adolorida. Tu pulso es lento y fuerte, como una carcacha que no quiere arrancar.

Las puertas de la unidad médica se abren, y R2-D2 entra rodando, seguido por un balbuceante C-3PO.

—¡Oh, amo Luke! ¡Me alegra verlo en pleno funcionamiento otra vez!

La cabeza de C-3PO se tambalea de atrás hacia delante cuando habla.

—*Bup bip bip bip bup bup bip bup* —dice el elegante bote de basura.

—R2 también expresa su alivio —comenta el Hombre de Hojalata dorado.

Haces un gran esfuerzo por sentarte y tratas de ignorar el dolor que sientes en la mandíbula y la protesta del palpitante nudo muscular que impide que la sangre fluya por tu cuerpo. Volteas a ver a los dos droides. Parecen parte de un acto de comedia. Recuerdas haberlos comprado en Tatooine, para que ayudaran en la granja de humedad de tu tío. No esperabas que R2 tuviera un holograma de la Princesa Leia, en el cual pedía desesperadamente ayuda. Tampoco esperabas que te guiara hasta Obi-Wan. Pasaste por muchas aventuras con estos droides. Ahora los consideras como tus amigos.

Hablando de amigos, Han aparece desde el pasillo y te esboza una sonrisa torcida.

—¿Cómo te sientes, chico? —pregunta. Te encoges de hombros—. Yo te veo bien. Digo, tan bien como es posible.

—Bueno, gracias a ti —señalas.

—Con esta, ya son dos las que me debes.

Tiene razón. Recuerdas la gran batalla contra una enorme estación imperial en el espacio y unos cuantos cazas estelares TIE, que no habría salido muy bien que digamos de no ser por Han.

Por la entrada, se asoma la cabeza de Leia. Piensas en la primera vez que la viste: una imagen brillante y azul proyectada a través de las lentes holográficas de R2. Pidiendo ayuda. Pidiéndote ayuda a ti, aunque ella no lo sabía en ese momento. Hay algo especial en ella. No puedes identificar a ciencia cierta qué es. Pero definitivamente es… es algo… especial. Sólo que no estás seguro de lo que es.

Al ver a Han Solo, ella frunce el ceño. Pero luego su mirada se posa sobre ti. Se le ilumina la cara. Corre hacia a ti y te abraza…

Pero Han interrumpe.

—Bien, princesa, después de todo parece que se las arregló para retenerme aquí durante un poco más de tiempo —le dice.

Leia voltea a verlo con cara de desagrado.

—No tuve nada que ver en ello y lo sabes. El general considera que es demasiado peligroso dejar que cualquier nave salga del sistema en este momento.

—Esa es una buena historia… Pero creo que la verdad es que no soportas estar alejada de un tipo tan apuesto como yo.

Volteas a verlos a ambos, desconcertado. ¿De qué están hablando?

Leia pone los ojos en blanco.

—No sé de dónde sacas esos delirios, cerebro de láser.

«Cerebro de láser». Te ríes entre dientes.

Han voltea a verte.

—Oh, ¿crees que eso es muy gracioso, chico? Pues debiste habernos visto a solas en el pasaje sur. Ahí expresó sus verdaderos sentimientos por mí.

La cara de Leia se torna en tres distintos tonos de rojo.

—Eres un egocéntrico…, imbécil…, vil andrajoso…, ¡pastor de nerfs!

Han abre los ojos en grande.

—¡¿A quién llamas vil andrajoso?!

No tienes idea de qué está pasando. ¿Por qué discuten tus amigos por cosas tan insignificantes?

Han se voltea de nuevo hacia ti. Sus palabras salen disparadas como balas.

—Bueno, muchacho, debí tocar un punto débil para enfurecerla así. Ya sabes: así es el amor.

«¿Amor?», piensas. Estás totalmente perdido.

De pronto, la mirada de Leia se ve peligrosa.

—Bueno —le dice a Han—, supongo que no sabes todo sobre las mujeres.

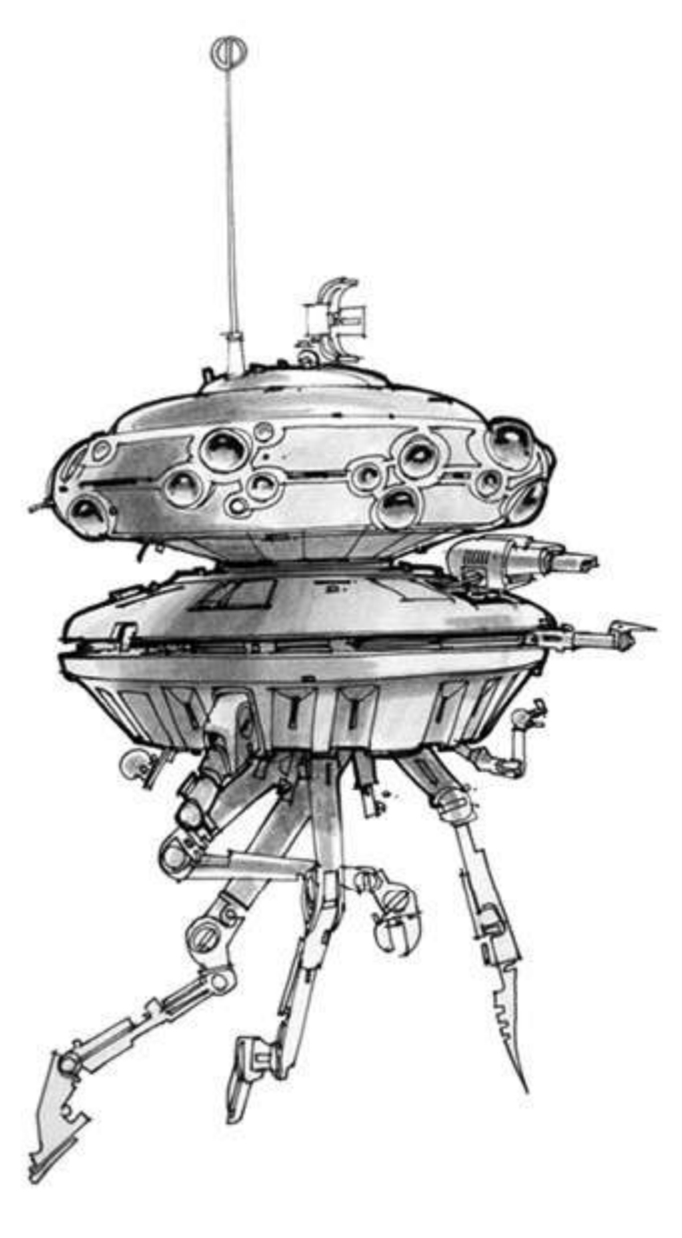
Y, habiendo dicho eso, se acerca y te besa en la boca. La sensación es cálida, te hace sudar como loco y se siente extraña.

Después de eso, Leia sale furiosa de la habitación. Han se le queda viendo, tan confundido como tú.

Lo sé, joven padawan, sé que prometí saltarme estas partes cursis. Pero imaginé que querrías saber más sobre cuando te besan, ¿o no? Al menos para limpiarte el beso, ¿cierto?

Aunque esta vez sí lo prometo: en el futuro, me saltaré cualquier situación similar. Probablemente.

De pronto, suena una débil señal de alarma de una bocina en la pared.



—Intrusión de objeto no identificado, Sector 2. Repito: intrusión de objeto no identificado, Sector 2.

Han intenta sacarse de la cabeza la escena con Leia.

—Volveré enseguida, chico. Tú quédate aquí.

Asientes y te recuestas. Sigues pensando en el beso…

Dos horas después, Han entra de golpe en la unidad médica.

—¿Alguna noticia? —preguntas, mientras te sientas y te arrepientes de inmediato ya que el dolor invade todo tu rostro.

—Es un droide imperial —exclama Han.

De pronto ya no sientes el dolor. Tu ritmo cardiaco se mueve a la velocidad de la luz.

—¿Nos descubrió?

Han voltea a ver el suelo.

—Es posible que lo haya hecho explotar…

Te sientas y cierras los ojos.

—Tenemos que evacuar la base —continúa Han—. El planeta entero. Tenemos que irnos.

Suspiras, pues, a pesar de todo, fue una buena base. Pero asientes. Han tiene razón. Hay que irse.

LECCIÓN ÉPSILON:
LA PAZ ES UN SUPERPODER

Ya has practicado meditar durante diez segundos. Ahora, quiero enseñarte la meditación instantánea.

Así es como se hace.

Cierra los ojos.

Sonríe. Tímidamente. No fuerces la sonrisa; sólo permite que las comisuras de tus labios se alcen.

Inhala profundamente por la nariz, hasta que el aire llegue al fondo de tu vientre.

Exhala.

Sigue sonriendo.

Abre los ojos.

Intenta hacerlo de nuevo.

La próxima vez que te encuentres en una situación que te haga sentir incómodo, enojado o celoso, o tan soberbio que pudieses actuar como un patán, intenta esto. Puede que su efecto no dure mucho, pero estarás en paz durante algunos minutos.

Y eso puede ser justamente el tiempo suficiente para ayudarte a sobrevivir lo que sea que estés tratando de sobrevivir.

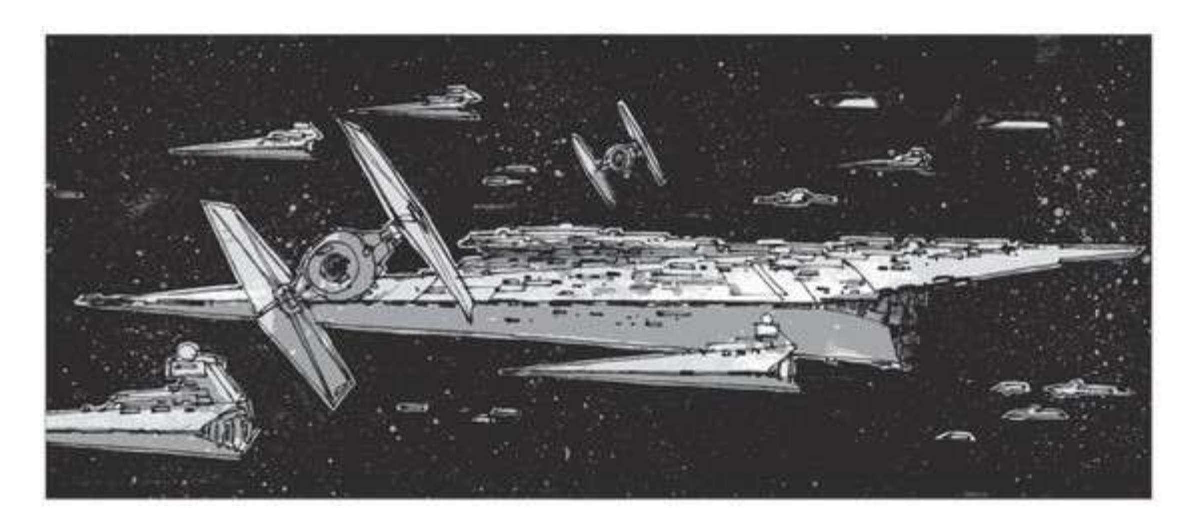
CAPÍTULO SEIS



UN DESTRUCTOR ESTELAR imperial es más grande que la nave más grande que jamás hayas visto. Tardarías un día completo en recorrerlo de un lado a otro. Un día completo. Es como del tamaño de una ciudad. Una ciudad grande, agitada y voladora. Con armas. Muchas armas.

El destructor estelar imperial que aparece en la siguiente parte de nuestra historia, es el destructor estelar más grande que existe. La nave emblemática. Es la segunda arma más poderosa del Imperio.

Sí, la segunda. De hecho, el arma más poderosa del Imperio va a bordo del destructor estelar. El arma más poderosa del Imperio también usa casco. Y respira por medio de un respirador eléctrico.



El arma más poderosa del Imperio se llama Darth Vader.

Sabes quién es, ¿cierto?

Alguna vez, Vader fue el jedi más prometedor de la galaxia. Era el alumno de Obi-Wan, y llevó el mismo entrenamiento que tú acabas de empezar. Pero se pasó al lado oscuro y asesinó a su maestro. Ahora es el Lord Oscuro de los Sith. Esto significa que puede hacer la mayoría de las cosas increíbles que los jedi pueden hacer, pero las hace con propósitos malvados.

Actualmente, su misión consiste en erradicar a todos aquellos que se opongan al Imperio.

En este momento, recibe buenas noticias.

Está parado tras un grupo de oficiales del Imperio: el Almirante Ozzel, comandante de la flota imperial, hombre honrado y de corte tradicional; el General Veers, comandante del batallón de tropas imperiales, cuya misión es eliminar al ejército de la Alianza

Rebelde; y el Capitán Piett, comandante del destructor estelar imperial, cuya misión es llevarlos por el espacio.

—Creo que tenemos algo —dice el Capitán Piett—. Es sólo un fragmento del informe que emite un droide sonda desde el sistema Hoth, pero es el mejor rastro que tenemos.

El Almirante Ozzel se encoge de hombros. En su opinión, Piett es demasiado entusiasta. Como si cada enunciado que pronunciara lo hiciera digno de un ascenso.

—Tenemos miles de droides sonda buscando por toda la galaxia, capitán…

—Las lecturas indican señales de vida, señor. Y se supone que el sistema Hoth está totalmente desprovisto de vida humana.

El Almirante Ozzel reprime el deseo que siente de poner los ojos en blanco. Esta clase de capitanes jóvenes y ambiciosos colman su paciencia.

—Si siguiéramos cada pequeño indicio detectado por todas las sondas…

Y entonces, la voz de Vader, tan profunda, intimidante y oscura como el hoyo negro más denso de la galaxia, irrumpe en medio del ruido.

—Déjenme ver —ordena Darth Vader, pasando junto al almirante. Lleva una larga capa negra, y cada centímetro de su piel está oculto bajo un brillante metal del mismo color. Se acerca a una pantalla que muestra la imagen borrosa de unos edificios y algo que parece ser un speeder. Aquello avanza por el hielo.

—Son ellos —entona—. Los rebeldes están ahí.

—Lord Vader —objeta el Almirante Ozzel, claramente a disgusto porque le llevan la contraria—, podría ser cualquier cosa: contrabandistas, una pequeña colonia…

—Es la base de los rebeldes. Puedo sentirlo. Y Skywalker está con ellos.

—Lord Vader… —el Almirante Ozzel no confía mucho en lo que Vader «siente», ni en todas esas patrañas de «la Fuerza» y «el Lado Oscuro». El almirante Ozzel es un hombre sensato. Un hombre de ciencia y guerra.

—Cambie el rumbo hacia el sistema Hoth, almirante —dice Vader.

Pero, a pesar de no creer en todas esas patrañas, Darth Vader le da terror al almirante Ozzel. Como a todos los demás.

Así que las grandes naves de guerra empiezan a avanzar rumbo a Hoth.

LECCIÓN ZETA:
DEBES ENCONTRAR EL EQUILIBRIO

Esta vez, quiero que medites parado sobre un solo pie.

Suena difícil, ¿verdad?

Pues así debe ser. Ser un jedi no es asunto fácil.

Si estás en algún lugar donde no puedes pararte sobre un pie, ponte un libro en la cabeza.

Si estás parado sobre un pie, debes mantener los ojos abiertos y enfocarte en un punto de la pared o del suelo. No lo *observes*, sólo mantén tus ojos enfocados en él.

Si estás equilibrando un libro sobre la cabeza, cierra los ojos.

Ahora, cuenta lentamente hasta diez, sin pensar en nada más que en los números.

Sé que te ves tonto haciendo esto. Tú también sabes que te ves tonto haciendo esto. Pero, en muchas ocasiones, los jedi tienen que hacer cosas que los hacen ver tontos. Algunas personas no lo entenderían. De hecho, la mayor parte de las personas no lo entendería. Pero, si lo que quieres es que todos piensen que te ves genial todo el tiempo, no puedes ser un jedi.

Para los jedi existen cosas mucho más importantes que ser geniales.


LA
BATALLA
DE HOTH

CAPÍTULO SIETE



EL OPUESTO DE un Maestro Jedi es un Lord Sith. Bueno, «opuesto» no es precisamente el término correcto. Tal vez deberíamos decir que un Lord Sith es el equivalente malvado de un Maestro Jedi. O el equivalente fotográfico: donde toda la luz se vuelve oscuridad.

Mientras que los Maestros Jedi meditan para acallarse la mente y conectarse con la Fuerza (la onda de energía que une a todos los seres vivos), los Lord Sith meditan para concentrarse en su ira, su miedo y su odio, hasta alcanzar un punto de poder puro y despiadado dentro de ellos.

Eso es lo que Darth Vader está haciendo, sentado en su celda de meditación a bordo de la nave imperial. De pronto, el General Veers entra en la habitación. El silencio se siente pesado, y la respiración regular del Lord Sith a través de su ventilador sólo logra intensificarlo.

El General Veers se ve joven para alguien de su posición, pero ha presenciado el fuego de decenas de batallas. Se ganó el rango por su astucia y valor. Luchó contra los zalorianos en Zaloriis, contra los culroonianos en Culroon III y contra los yavinianos mientras volaba por el espacio. Hacia atrás. Veers nunca tuvo miedo.

Pero, ahora, sólo por el hecho de estar parado en la habitación privada de Darth Vader, Veers siente miedo. No dice nada. Una gota de sudor corre por una de las arrugas de su frente.

—¿Qué sucede, general? —murmura finalmente Vader.

Un murmullo de Vader es suficiente para alterar a un comandante curtido en decenas de batallas. Veers tartamudea antes de hablar.

—Mi señor, la flota avanza a la velocidad de la luz. Detectamos un campo de energía que protege el rededor del sexto planeta del sistema Hoth. Es un campo suficientemente fuerte para soportar los disparos de nuestros cañones.

Vader se levanta. Su oscura e intimidante figura se ve aún más oscura e intimidante cuando está enojado.

—Ese idiota almirante salió de la velocidad de la luz demasiado cerca del sistema.

—Sintió que era más sensato tomarlos por sorpresa, Lord Vader.

—Es igual de torpe que estúpido.

En el fondo, Veers está de acuerdo, pero no piensa revelar su opinión. Es un militar y sabe cuál es su lugar.

Vader estudia la cara sin expresión del general.

—Prepárense para atacar la superficie del planeta.

El general hace una reverencia y se apresura a salir de la habitación.

Vader voltea a ver una gran pantalla, donde se observa al Almirante Ozzel hablando con el Capitán Piett en el puente de la nave.

—Lord Vader —saluda el almirante, con un tono petulante, como cualquier comandante a punto de obtener una victoria decisiva—. Estamos en posición para…

De pronto, el almirante deja de hablar. Mueve la boca, pero no emite ningún sonido. En un intento mudo, busca sonido, luego aire. No encuentra ninguno de los dos. Se lleva las manos al cuello. Se le hinchan los ojos.

—Es la última vez que me falla, almirante —entona Vader—. ¿Está ahí, Capitán Piett?

El aterrado capitán aparece detrás del almirante, quien sostiene su garganta frenéticamente y empieza a ponerse azul.

—¿Sí, Lord Vader?

—Prepare nuestras naves para un ataque por tierra. Ahora usted está a cargo, *Almirante* Piett.

Y con estas palabras, el antiguo almirante colapsa y cae al suelo. Está muerto.

LECCIÓN ETA:
EL SILENCIO HABLA MÁS ALTO QUE LAS PALABRAS, A VECES

Quiero que intentes comunicarte sin usar tu voz.

Primero, trata de comunicarte con puros gestos. Haces esto todo el tiempo. Dices: «Hola», haciendo un gesto con la mano. Dices: «Ahora vuelvo; voy al baño», haciendo un gesto con las manos y con la cara. Dices: «Si no me deja ir al baño en este instante, me meo en su alfombra», con tus manos, tu cara, tu cadera y tus rodillas.

Vamos, inténtalo.

De acuerdo, ahora piensa en algo que puedas comunicar sólo con tus ojos. Puedes decir: «¿Estás de acuerdo conmigo?» o «Este tipo me está sacando de onda», o «Creo que acabo de mear en la alfombra». Inténtalo.

Para terminar, cierra los ojos, coloca las manos sobre el regazo y concéntrate.

Intenta comunicarte con alguien que esté cerca de ti, usando sólo la Fuerza. Trata de que te escuchen, sin mover un solo músculo.

Pero no envíes un mensaje sobre mear en la alfombra. Esto sería un desperdicio de tus poderes jedi; si measte en la alfombra, seguro que todos se habrán dado cuenta.

Una vez que la persona te oiga, prueba a ver si te entiende.

Esto no es fácil.

Ser un jedi no es fácil.

CAPÍTULO OCHO



INTENTAS ABRIRTE PASO entre un caos de hombres, mujeres y droides. Todos corren por la base rebelde, juntando material, preparando sus armas para el ataque terrestre y alistando los transportes para una evacuación de emergencia. El frenesí en la base es como el de un panal de abejas al que acabaran de patear. Los pasos hacen eco en los pasillos; los motores se encienden, se apagan y se vuelven a encender. Puedes oler el humo de los generadores, que trabajan a marchas forzadas para mantener los escudos activados. El olor te recuerda al taller de tu tío en Tatooine.

A tu izquierda, Han está revisando los elevadores de su confiable nave, el *Halcón Milenario*, con un optimismo reservado.

—Muy bien, Chewie, pruébalo ahora.

En la cabina de la nave, el wookiee enciende un interruptor. Una chispa sale de los elevadores, como si un borracho disparara un bláster. Han se agacha y se cubre la cabeza. Se levanta y se queda mirando su confiable nave de manera amenazante. Maldice.

Pasas junto a él.

—Se ve bien —le dices.

—Cállate, chico.

Después de observarla otro momento, se aleja del *Halcón Milenario*.

—Bueno —asientes—, cuídate.

—¿Te sientes bien para hacer esto? —pregunta Han.

Ya casi no sientes las secuelas del frío y del secuestro a manos o, mejor dicho, a patas de un wampa. En este instante, tu corazón late al ritmo de una marcha militar y tus sentidos están alerta. Se acerca el momento de la batalla, y estás listo. Todo esto se lo dices a Han con un brillo en la mirada.

—Ten cuidado allá afuera —te dice.

—Tú también.

Intercambias una última mirada con Han. Él te sonríe y asiente. En este momento te das cuenta de que, a veces, no hace falta ser un jedi para comunicarse sin palabras. A veces, lo único que hace falta es ser un amigo.

En un sección lejana de la base rebelde, Leia está dando instrucciones a un grupo de pilotos de combate. Llevan uniformes de color naranja brillante, como si fueran reclusos

de la prisión más fría del universo. Pero también la más genial, porque en esta prisión puedes volar naves espaciales.

—Todos los transportes que lleven tropas se formarán en la entrada norte —explica Leia.

No estás muy seguro de quién la puso a cargo de dar las instrucciones, pero Leia es la clase de chica que no necesita el permiso de nadie para tomar el mando.

—Los transportes saldrán tan pronto estén cargados. Sólo dos cazas por cada escolta.

Uno de los pilotos jóvenes se ríe.

—¿Dos cazas contra un destructor estelar? Estamos muertos. Acabados.

Leia tiene una mirada especial que hace sentir a los demás muy insignificantes y tontos.

—Gracias por tu aportación, Hobbie. Tus opiniones tácticas siempre son invaluables.

Los otros pilotos se ríen. Leia continúa.

—Usen los cañones de iones para repeler los ataques terrestres y abrirse paso.

Hobbie voltea a ver a sus compañeros. Todos asienten.

—Una vez que pasen los destructores, vayan al punto de reunión. ¿Entendido?

—¡Entendido! —exclaman los pilotos, excepto Hobbie.

—Esto es un suicidio —murmura.

Leia no lo oye. Afortunadamente para Hobbie.

La princesa despacha a los pilotos y se dirige al centro de comando, abriéndose paso entre soldados e ingenieros ocupados, droides que emiten *bips* y máquinas que trabajan. Los viejos y grises ojos del general escudriñan indicaciones en una pantalla.

Él se da cuenta de su presencia sin siquiera darse la vuelta. Podría decirse que Leia tiene una presencia inconfundible.

—El Imperio movió a su destructor directamente a la ruta de los transportes —dice el General Rieekan.

Leia asiente.

—Que así sea. Deberíamos dejar salir al primer transporte.

El general duda. Tiene la mirada puesta en el destructor estelar que aparece en el monitor. Es sólo uno de los muchos que rodean el planeta. Más allá de este cordón de naves, los espera otro destructor. El más grande que se haya visto jamás, de hecho: la nave emblemática del Imperio.

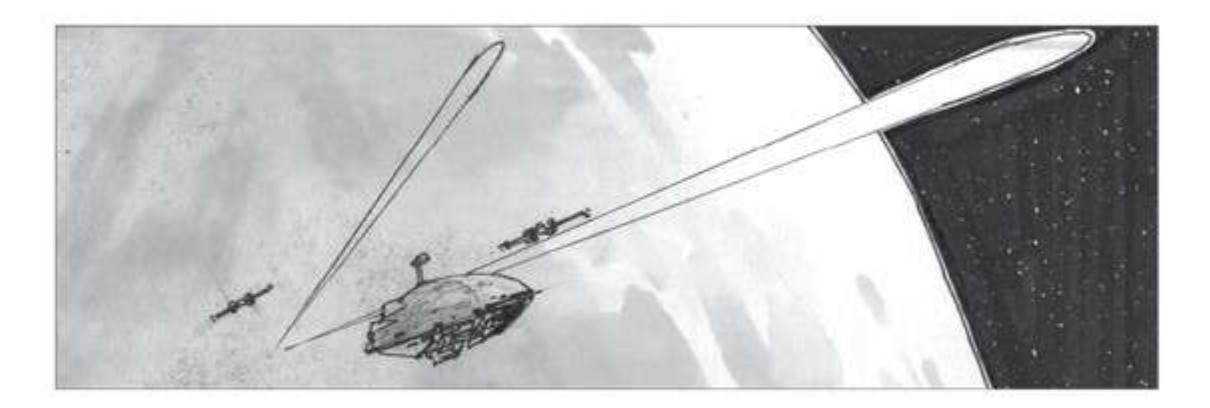
—Tenemos cañones de hombro y lanzamisiles instalados por todo el perímetro —dice Rieekan, casi implorante—. Y Skywalker está preparando un escuadrón de speeders.

La voz de Leia suena a leve reproche.

—General, sabe que no podremos detener a las fuerzas imperiales si nos invaden por tierra, sin importar lo valiente que sea Luke. Sin importar lo valientes que seamos todos. Si nos quedamos a pelear, moriremos. Tenemos que lanzar los transportes.

El general suspira y asiente. Sus ojos grises se ven tristes. Otra base perdida. Otra posición abandonada ante la fuerza apabullante del Imperio.

—Prepárense para abrir el escudo.



Leia se acerca al control del escudo. El coordinador de evacuación se encuentra junto a él. Todos esperan a que Leia dé la orden.

—Adelante —se limita a decir la princesa.

Sólo por un instante, el escudo protector que rodea la base rebelde de Hoth se desactiva. Tres naves (un transporte y dos cazas) salen catapultados hacia el espacio.

Un destructor estelar se interpone directamente en su ruta.

La escena es más o menos el equivalente de tres ratones corriendo hacia un tigre. Las probabilidades no están a su favor.

El destructor baja sus escudos y prepara su rayo tractor para capturarlos. El tigre se lame los bigotes.

El transporte y los dos cazas se aproximan al destructor.

Mientras tanto, en el centro de comando rebelde, el General Rieekan se limpia el sudor de la frente y luego se seca la mano con la manga. Una gota de sudor cae al suelo y se congela casi instantáneamente.

El rayo tractor localiza el transporte; el tigre acaba de sacar las garras.

—¡Fuego! —grita Leia.

Un cañón de iones rebelde, que es muy pesado, grande y está medio enterrado en el hielo de Hoth, lanza dos disparos rojos hacia el espacio, directamente sobre el transporte. Los disparos pasan volando junto a la nave rebelde y se dirigen hacia el destructor, el destructor estelar que, minutos atrás, había bajado sus escudos.

Los disparos iónicos golpean la torre central del destructor estelar. Una pequeña tormenta eléctrica estalla en el epicentro electrónico del destructor, que envía ondas a través de la compleja red de cables que recorren el navío como venas. De pronto, la gran nave se ladea.

Resulta que, después de todo, el ratón tenía un fusil.

En el centro de comando de Hoth, salen ovaciones de cada garganta. El general suspira y voltea a ver cautelosamente a la princesa. Ella le sonríe. Él le devuelve la sonrisa a regañadientes.

El transporte y los dos cazas pasan volando junto a la amenazante nave imperial.

LECCIÓN THETA:
CUANDO LAS COSAS EMPIEZAN A ESTALLAR

Párate sobre un pie o, si no puedes hacerlo en este momento, pon un libro en tu cabeza.

Pídele a alguien que esté cerca de ti que cuente hasta treinta, silenciosa y lentamente.

Mientras buscas el equilibrio, o equilibras el libro, intenta concentrarte exclusivamente en tu respiración. No en contar, ni en encontrar el equilibrio, sólo en tu respiración. Inhala y exhala. Inhala y exhala.

Luego, mientras la persona que te ayuda está contando, pídele que se ponga a aplaudir o a gritar, de golpe, sin avisar. Unas cuantas veces. ¿Puedes mantener el equilibrio? ¿Puedes mantener la mente tranquila?

Una mente tranquila es necesaria si quieres ser uno mismo con la Fuerza.

Y más cuando las cosas empiezan a estallar en tu rededor.

CAPÍTULO NUEVE



TÚ Y TUS tropas rebeldes examinan el campo cubierto de hielo, el mismo que alguna vez estuvo vacío, soleado y frío como la muerte, y que ahora está plagado de máquinas de guerra. Transportes para tropas descargan pelotón tras pelotón de stormtroopers, todos uniformados con una armadura blanca. Los aterradores peones sin cara del Imperio. Pero los rebeldes pueden con ellos.

Lo que te preocupa son los caminantes de nieve que marchan abriéndose paso entre la nieve como rascacielos motorizados. O tal vez como elephoths de acero en zancos: gigantones de cuatro patas con cañones en vez de colmillos. Te das cuenta de que el uniforme anaranjado brillante se convierte en un objetivo llamativo en medio de la nieve. Te preguntas quién decidió hacerlos anaranjados. Por lo general, los uniformes militares sirven como camuflaje. Un uniforme anaranjado sólo te sirve de camuflaje si estás en llamas.

Los cañones del caminante más cercano abren fuego, lanzando brillantes disparos láser directamente hacia la trinchera de los rebeldes. El suelo tiembla por el impacto.

—¡Escuchen! —gritas a las tropas encargadas de las armas terrestres—. ¡Traten de contenerlos! ¡Pilotos, adelante!

Abres la escotilla de tu deslizador de nieve, una nave pequeña equipada con dos asientos en el interior (uno para el piloto y otro para el artillero), dos cañones láser y un arpón con cable de arrastre. Este último, sobre todo, te hace sentir seguro. Nada infunde más temor en el comandante de una enorme máquina de guerra hecha de acero que un arpón. Alguien debió decirles a los diseñadores de los speeders que estos elephoths están hechos de acero.

Tu artillero, un chico joven, se sube detrás de ti.

—Hola, Luke —te dice—. ¿Te sientes mejor?

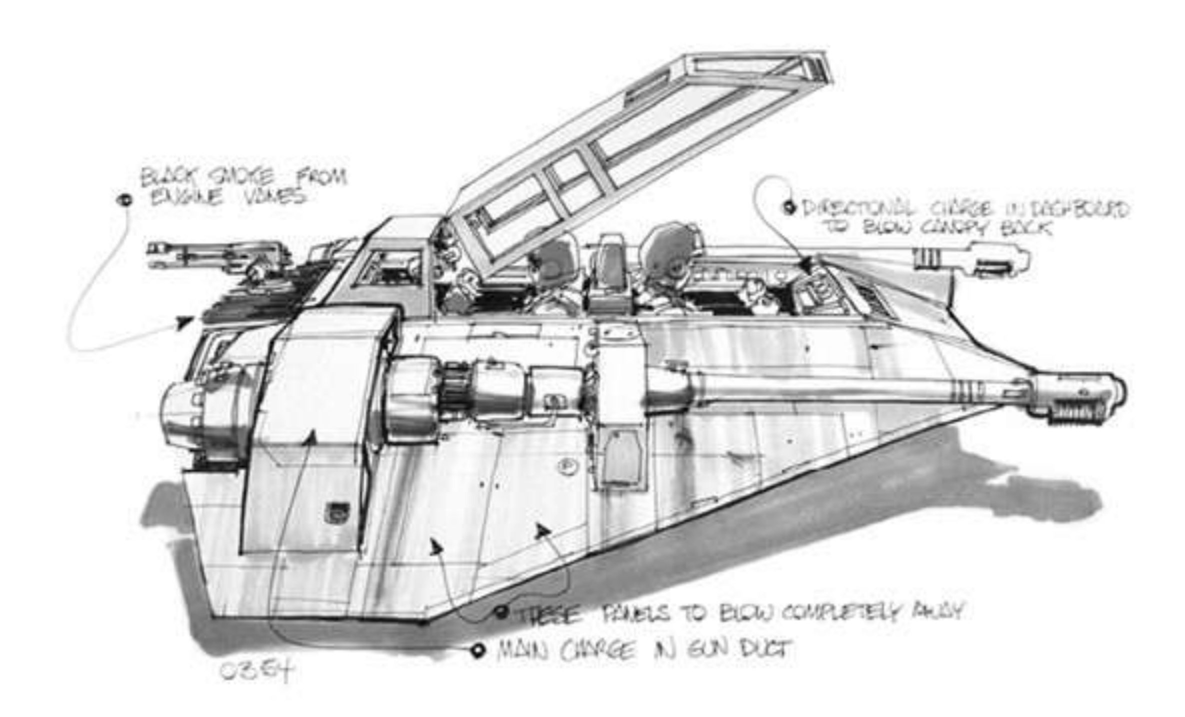
—¡Como nuevo, Dak! ¿Y tú?

El joven Dak se da la vuelta para esbozarte una valiente sonrisa.

—Me siento como si pudiera derrotar a todo el Imperio yo solo.

—Sé a qué te refieres.

Sonríes. Sin dejar de mirar a Dak, te das cuenta de que sus suaves mejillas están pálidas y decaídas. Y por una buena razón: ni todos los rebeldes de Hoth juntos serán suficientes para repeler a este pequeño contingente de tropas imperiales. No están ni cerca de ser suficientes. Dak lo sabe, y tú también.



Sin embargo, minutos después, tú y los otros speeders están volando sobre el hielo acolchado, se dirigen inmediatamente a los enormes mastodontes de combate.

—Muy bien, chicos, manténgase unidos… —les dices.

—Luke, no capto ninguna lectura —dice Dak con una voz aguda y temblorosa.

—Mantente firme, Dak —le dices.

Guías los speeders, y estos se acomodan en formación de ataque. Dos disparos explotan a estribor de tu speeder. Te inclinas a la derecha, circunnavegando la explosión y volando hacia el costado de la bestia, donde sus grandes cañones en forma de colmillo no pueden dispararte. Luego aceleras y les apuntas a las patas.

—¿Sigues conmigo, Dak? —dices.

—Estoy bien, señor —responde, pero no suena bien.

Desde las trincheras que están frente a la base, los disparos rebeldes mantienen a los pelotones de stormtroopers atrás, impidiendo así que alcancen los generadores de energía. Este es el núcleo de todo el ataque. Sin generadores de energía, no hay escudos; sin escudos, los destructores estelares que flotan en el cielo podrían chamuscar la base rebelde hasta hacerla desaparecer.

Pero los disparos rebeldes no logran frenar a los caminantes, los cuales siguen avanzando inexorablemente, mientras los disparos láser rebotan inútilmente contra su armadura.

Tu nave se acerca al caminante líder. Otro speeder pasa volando y levanta la nieve detrás de ti. Y luego, explota.

—¡Le dieron a Rojo Siete! —grita Dak.

Aprietas los dientes.

—Quédate conmigo, Dak. Vamos a entrar —dices, mientras tu speeder avanza a toda velocidad entre las patas altas, doblemente articuladas del caminante—. ¡Ahora!

Puede que Dak esté nervioso, pero sus manos jóvenes son firmes. Su disparo le da al caminante en la parte inferior de la cabeza.

Se te retuercen las tripas.

El caminante sigue avanzando: el disparo no le afectó en absoluto.

—¡Olviden los bláster! —gritas por el intercomunicador.

Los otros pilotos maldicen.

Te detienes por un instante. Y entonces piensas en los elephoths.

—¡Usen sus arpones y sus cables de arrastre! ¡Apunten a las piernas!

La voz de un piloto sale del transmisor.

—¿Funcionará? —pregunta, mientras los láseres explotan a su alrededor.

—¡No tengo idea! ¡Pero los blásters no funcionan!

—¡Luke! —exclama Dak. Ahora su voz delata el pánico—. ¡Luke! ¡Tenemos una falla en el control de disparo!

—Espera un momento, Dak. ¡Concéntrate en el cable de arrastre!

—¡Luke!

—¡No pierdas la concentración!

Te diriges hacia otro caminante, a través de una descarga aplastante de láseres y metralla.

Te estás acercando. La nieve vuela debajo de la nave, y la gran bestia crece ante tus ojos conforme te vas acercando. El ruido de las explosiones, la nieve que cruje y el golpeteo metálico es ensordecedor.

—¿Listo, Dak?

No hay respuesta.

—¿Dak? —repites, mientras te das la vuelta.

La cabeza de Dak está inclinada, y su cuerpo yace inerte sobre el panel de control parpadeante. La sangre se coagula en su cabello.

Tomas firmemente tu columna de dirección. Sientes náuseas.

Respiras profundamente. Tus ojos están abiertos, pero no ves nada. Sigues respirando. Inhalas, exhalas. Inhalas, exhalas.

Dak está muerto.

Es la realidad, y no puedes cambiarla.

LECCIÓN IOTA:
PAZ EN MOMENTOS DE CRISIS

¿Qué? ¿Meditar? El exartillero y examigo de Luke está muerto. ¿Y se supone que debe ponerse a meditar?

Sí.

Digo, podría ceder ante la ira y la desesperación. Empezar a disparar como loco hacia todos lados. O darse la vuelta, correr, enojarse, sollozar.

Todas esas serían reacciones normales.

Pero todas esas reacciones son caminos que te llevan a la derrota, como mínimo. En el peor caso, son caminos que te llevan al Lado Oscuro.

Piensa en algo que te haya disgustado, mi joven amigo. Algo que te haya hecho hervir la sangre en las venas, o algo que te provoque un nudo en la garganta cuando lo recuerdas. Cuando alguien te molestó, te mintió o te hirió. Por favor, recuerda algún momento así.

Ahora, párate sobre un pie, o equilibra el libro en tu cabeza, y respira. Que alguien te ayude a contar hasta treinta, o hazlo tú mismo. Trata de enfocarte sólo en tu respiración y en nada más.

¿Lo hiciste?

No es fácil, ¿verdad?

Adelante: sigue intentándolo. Estás progresando, me doy cuenta.

CAPÍTULO DIEZ



LOS CAMINANTES ESTÁN acercándose a la trinchera de los rebeldes. Detrás de la trinchera, las tropas miran el cielo. En forma de grandes cubos de acero y litio, surgen sobrecargas de energía que fluyen hacia los pasillos de la base rebelde, a los cañones de iones y a los escudos.

Tu respiración entra y sale lentamente de tu cuerpo. Tu mirada está despejada. Estás calmado. Hablas.

—Rojo Líder a Rojo Tres, perdí a Dak. Tendrás que encargarte del disparo. Sígueme en el siguiente ataque.

—Voy para allá, Rojo Líder.

Los speeders se ladean, y tú diriges el tuyo hacia las patas del caminante líder. Tus manos toman la columna de dirección, y tus nudillos palidecen debido a la presión que ejerces; tu respiración está concentrada en una sola línea que entra y sale de tu nariz, llega hasta el fondo de tu vientre y fluye gentilmente para salir por el mismo lugar por donde entró. Los disparos de los blásters te rodean. Los ignoras. No lograrán darte. Estás seguro.

Llegas hasta el caminante. Esquivas sus patotas, seguido de cerca por Rojo Tres.

—¡Vamos! —gritas.

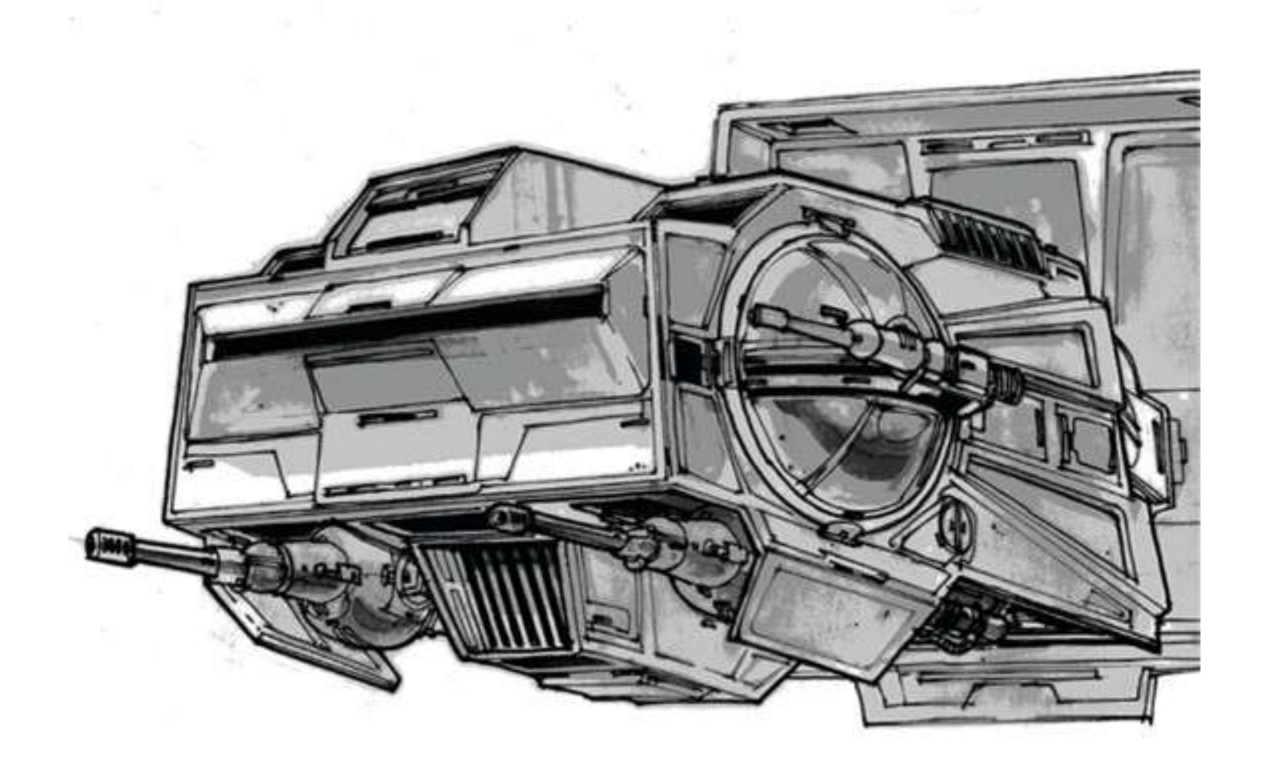
Desde atrás de la nave de Rojo Tres, un arpón sale disparado y se entierra en la articulación de la rodilla del caminante. Giras rápidamente, creando un estrecho círculo alrededor de este.

Rojo Tres te sigue. Te alejas, pero Rojo Tres continúa amarrando los cables de agarre alrededor y alrededor y alrededor de las patas del caminante. Finalmente, Rojo Tres se reúne contigo, y ambos se alejan de la bestia de acero.

—¡Suelten el cable! —grita el piloto.

El artillero obedece y el cable de arrastre se separa del speeder, mientras este se aleja sobre la nieve.

Al alejarte a toda velocidad, el enorme caminante trata de dar otro paso rumbo a la trinchera para alcanzar los generadores de energía, que se encuentran detrás de ella. Sólo por un segundo, la máquina de combate se tambalea. Y en seguida, como un gran árbol luego de que un leñador grita: «¡Cuidado abajo!», cae al suelo con un gran estruendo. No volverá a levantarse.



Pero el ataque continúa. La base rebelde se sacude disparo tras disparo, ya sea de los caminantes o los lanza-misiles.

Han Solo avanza rápidamente por los pasillos llenos de humo, seguido por el aterrado C-3PO. Se abre paso entre los gritos y el olor a plástico quemado, y logra llegar hasta el centro de comando. Ahí, Leia está comandando al general. Han casi sonríe. La voz de la princesa está débil, desgastada por los gritos.

—¡Tenemos que lanzar los transportes ahora! ¡Ambos! ¡Este es el fin!

—No podemos cubrir dos a la vez… —suplica el General Rieekan.

Las mejillas de Leia están rojas como acero caliente, y sus ojos tienen la misma intensidad.

—¡Tenemos que intentarlo!

Luego se da la vuelta y ve a Han. Lo señala acusatoriamente con un dedo.

—¿Por qué sigues aquí? ¡Tenías autorización para marcharte!

—No te preocupes, me iré. Pero tengo que llevarte a tu nave. Serías capaz de quedarte mucho más de lo necesario si yo no…

Suena como una crítica, pero no lo es.

—¡Su alteza! —exclama frenéticamente C-3PO—. ¡Debemos tomar uno de los transportes que quedan! ¡Es nuestra última esperanza!

Leia dirige su atención al general de ojos grises.

—Envíe a todas las tropas del sector doce para proteger a los soldados de…

La gravedad empieza a alterarse. El suelo debajo de ellos se mueve. C-3PO sale volando hacia donde está Han, agitando sus brazos dorados en el aire. Uno le da a Han en la cara. Este agarra al droide tambaleante y lo ayuda a recuperar el equilibrio.

Se escucha una voz que sale del altoparlante del general:

—Las tropas imperiales entraron a la base. Repito, las tropas imperiales…

—Es todo, princesa —dice Han, mientras toma a Leia del brazo—. ¡Nos vamos!

—¡Dé la orden de evacuar la base! —le grita Leia al general, mientras Solo la arrastra fuera de ahí—. ¡Y vaya a su transporte!

Han lleva a Leia hasta el pasillo. Hay destellantes luces rojas por todas partes. C-3PO se tambalea tras ellos, sin dejar de balbucear frenéticamente. Los gritos y el llanto compiten con los desesperados anuncios que emanan del altavoz. Anuncios que nadie escucha. A veces, una explosión ahoga todo el ruido. El humo ya no sólo huele a plástico y metal, sino a carne humana. Los rebeldes perdieron. Perdieron.

Otra explosión sacude el pasillo y, en esta ocasión, un pedazo de techo cae justo enfrente de ellos.

Leia lo observa, desconcertada, sólo por un instante. Luego se agacha y trata de quitar los escombros de su camino. Pero hay demasiados: es una pila de escombros extremadamente alta. Han la observa, congelado. Las explosiones se van acercando. Entonces, se lleva el transmisor a la boca.

—Transporte, habla Solo. La princesa está conmigo. No podemos llegar a donde están. La sacaré en el *Halcón*.

Leia voltea a verlo.

—¡Ese montón de chatarra jamás logrará pasar por el bloqueo!

—Es su salida, princesa —le dice Han, mientras se da la vuelta y empieza a avanzar por el corredor, alejándose de los escombros y con C-3PO tambaleándose detrás de él—. ¡La decisión es suya!

Leia duda. Voltea a ver el pasillo bloqueado. Luego, voltea a ver a Solo.

—¡No sobreviviremos! —grita.

—¡Al menos no sobreviviremos juntos! —le grita él en respuesta.

Ella frunce el ceño, duda y luego corre detrás de él.

La llanura cubierta de nieve, que alguna vez fue un lugar tranquilo, ahora está manchada de sangre, aceite, metralla y basura espacial. En el cielo, donde antes se oía el silbido del viento, ahora sólo se oyen los silbidos de los cañones láser y las naves estrellándose.

Ladeas tu speeder en un intento de derribar a otro caminante.

—¿Rojo Dos, estás bien?

—Afirmativo, Rojo Líder, sigo contigo.

—Usaremos tu arpón esta vez. Yo te cubro con mis blásteres manuales.

—¡Es como cazar tiburones ballena en Uthura! ¡Voy a entrar! —exclama el piloto del Rojo Dos.

Te ríes.

—Bien, no te adelantes demasiado.

Pero Rojo Dos no te escucha. Impulsado por la adrenalina y el miedo, ya se ha lanzado hacia la helada extensión que hay entre el caminante y tú.

—¡Espera! —le dices.

—¡Rojo Dos, al ataque!

Y entonces… explota.

Desde su posición, el rojo y brillante disparo de un láser le da a su speeder directamente en el sistema de propulsión.

Tú observas horrorizado. Y es en este momento, mientras ves al valiente piloto con un tonto sentido del humor sonriendo en medio de los restos de su speeder y a su artillero tratando desesperadamente de salir de la parte trasera del mismo, cuando te dan.

El panel de control parece una tormenta de luces. Tus controles giran sin sentido: las lecturas se han vuelto pequeños espectáculos de luces eléctricas. Tratas de mantener la nave elevada, pero la gravedad está luchando contra tu speeder, y, de pronto, empieza a ganar la batalla. La fuerza de gravedad es muy fuerte, cada vez más, y tus intentos por mantener el curso de la nave son inútiles. La velocidad te aplasta la cabeza contra el asiento. Aprietas la mandíbula y cierras los ojos.

La nave se estrella contra el hielo.

No puedes respirar.

¿Estás familiarizado con la sensación? ¿Cuando sientes que te sacan el aire directamente de los pulmones?

Intentas respirar, pero el aire se niega a entrar por tu boca. Arqueas la espalda, te sientes desesperado, vacío, literalmente sin aire. Gritas en silencio por la falta de aire, el mismo aire que hace unos momentos aún tenías y por el cual nunca te habías tenido que preocupar.

Entonces, el viento entra de golpe en tus pulmones y le agradeces a la Fuerza, o a cualquier fuerza superior en la que creas. Respiras.

Respiras justo en el momento en que el pie metálico de un caminante aparece sobre tu pequeño speeder.

Lo miras, incapaz de moverte. El pie metálico desciende. Va a aplastarte. Va a aplastarte y morirás.

Y entonces, la cabina se abre y caes por la borda de metal. Ruedas, ruedas, ruedas y ruedas (como si se tratase de un juego infantil que de pronto se ha vuelto muy serio) por la helada nieve. El gran pie aplasta el speeder, y el caminante prosigue con su inexorable marcha en dirección a la base rebelde.

Te pones de pie. No sabes de dónde sacaste la energía para hacer eso, pero sientes cómo te recorre todo el cuerpo, igual que el aliento, que acabas de recuperar. Empiezas a correr.

Corres a toda velocidad, tratando de seguirle el paso a la máquina de combate. Volteas a ver el arruinado campo de nieve. El sol luce brillante y distante en medio del vacío cielo azul. Los rebeldes de la trinchera dejaron de disparar casi por completo. Deben estar emprendiendo la retirada, volviendo a sus transportes. Se acabó. La única esperanza que les queda es tratar de salir antes de que destruyan el generador de energía. Al destruirlo, quedarán desactivados los escudos y esto le permitirá a la poderosa armada de destructores estelares que sobrevuela la órbita pulverizar todo con sus cañones, destruyendo así al planeta junto con todos sus habitantes. La única pregunta que queda es: ¿cuánto tiempo tardarán en destruir esos generadores? Entre más pronto lo hagan, más rebeldes morirán.

Sin dejar de correr, observas el vientre de acero que se mueve sobre ti. De tu cinturón cuelga un arma de arpón. «Ideal para cazar elephoths», piensas. Parece ridículo cargar algo así durante una batalla, pero forma parte del equipamiento rebelde estándar, por suerte para ti.

Apuntas hacia arriba y disparas. Le da a un mecanismo que se encuentra en la parte inferior del caminante. El cable de acero va desde tu mano hasta la gran bestia de metal. Te echas a correr al lado del caminante, aseguras el cable a tu cinturón y oprimes el botón del arma que dice «retraer». De repente, te elevas por el aire en dirección al vientre del caminante. Tus brazos y piernas se sacuden; el cinturón trata de separarse de tu cuerpo, y el viento se siente tan frío en tu cuello que te duelen hasta los dientes. Te acercas cada vez más al vientre. Sacas tu sable de luz. Llegas hasta él. Te sacudes como una araña. Una araña letal.

De un solo golpe, cortas las bisagras de la escotilla de escape, que se encuentra en el vientre de la bestia. La puerta de la escotilla cae vertiginosamente sobre la nieve.

En un morral que cuelga de la parte trasera de tu cinturón, traes una granada. No te gustan las granadas. «Si vas a cometer el desesperado e irreparable acto de tomar una vida», piensas, «al menos deberías mirar a la persona a la cara antes de hacerlo». Es por eso que los jedi prefieren usar sables de luz. Además, es más difícil matar a alguien accidentalmente con un sable de luz. Las granadas, así como las armas, tienen la perturbadora tendencia de tomar la vida de la persona equivocada.

Pero no eres un Caballero Jedi. Aún no. Sólo eres un chico con un sable de luz. Tal vez ya serías un jedi si Darth Vader no hubiera asesinado al viejo Ben. La ira te toma de los hombros e invade tu pecho. Hace que te sientas tenso y lleno de un intenso calor. Te preguntas si Vader se encuentra en alguno de esos destructores estelares imperiales, esperando para matarte a ti también.

El viejo Ben… ¿Qué dijo cuando estabas tirado en la nieve, inconsciente? ¿Dagobah? ¿Yoda? ¿El Maestro Yoda?

El caminante lanza un disparo dirigido justo a la antena parabólica que se encuentra sobre el generador, y esta explota. «¡Concéntrate!», te dices a ti mismo. Das inicio a la secuencia de detonación de la granada y la avientas por la escotilla. Luego, sueltas el cable que está sujeto a tu cinturón.

Mientras caes sobre la nieve, te preguntas si el caminante no te aplastará al explotar.

LECCIÓN KAPPA:
¡RELÁJATE! ¡HAY GENTE DISPARÁNDOTE!

Busca a alguien que te ayude.

Vas a pararte sobre un pie, o a equilibrar el libro en tu cabeza. Pídele a alguien que, mientras tanto, te arroje objetos con mucho cuidado y delicadeza. Cuida que sean objetos muy suaves. Te recomiendo calcetines hechos bola o pedazos de papel arrugado. Recuérdale a la persona que debe arrojarlos con cuidado y delicadeza. Tú tratarás de repelerlos con las manos sin perder el equilibrio.

Prepárate: párate sobre un pie o pon el libro sobre tu cabeza. Haz el ejercicio de meditación instantánea por un segundo. Cierra los ojos, sonríe, inhala, exhala y abre los ojos. Ahora, pídele a la persona que te esté ayudando que empiece a lanzarte, cuidadosa y delicadamente, los objetos.

Intenta mantener el equilibrio y defenderte al mismo tiempo. ¿Puedes hacerlo?

Adelante, joven discípulo. Veamos de qué estás hecho.

CAPÍTULO ONCE



—¡AAAARRAAARAAGH! —canturrea de forma enternecedora un gigantesco perro cantante de ópera, al lado del *Halcón Milenario*.

No, espera… Es Chewbacca. Olvídalo.

—*¡Aaaarraaaraagh!* —aúlla lastimeramente Chewbacca. Sus pequeños ojos se mueven del *Halcón Milenario* a las puertas del hangar, y de regreso. Sólo seguirán abiertas un par de minutos más. A lo mucho. Después de eso, el *Halcón* no podrá volar, sin importar si el suelo de peluquería andante logra reparar los elevadores o no.

—¡*Araararararargh!* —exclama otra vez. No es que al wookiee le importe morir, no en realidad. Si algo caracteriza a los wookiees es que son muy valientes. Pero también extremadamente leales. Chewbacca no está preocupado por su bienestar, sino por el de Han y el de Leia.

Justo en ese momento, ambos llegan corriendo por un pasillo.

—*¡Aararararararargh!*

Este fue un grito de alegría de Chewbacca; en caso de que no lograran diferenciarlo.

—¡Enciéndela, Chewie! ¡Enciéndela! —grita Han.

Chewie sube por la rampa de desembarco, seguido por Han y Leia. En una esquina distante, C-3PO aparece tambaleándose.

—¡Oh, esperen! ¡Espérenme!

Debería apresurarse. Definitivamente no lo esperarán.

Bueno, tal vez Leia lo esperaría.

En la cabina de mando, Han enciende todos los interruptores que encuentra en su camino. Chewbacca lee las indicaciones en las pantallas con escepticismo. Han dirige una mirada a su primer oficial, quien gruñe negativamente.

—¿Ayudaría si me bajo y empujo? —dice Leia mientras se inclina sobre el hombro de Han.

—Tal vez.

—Señor —dice C-3PO—, ¿puedo sugerir que…?

Han voltea a ver al droide y levanta una ceja.

—Ah…, olvídelo —dice avergonzado C-3PO.

El capitán salta de su asiento y corre al panel de control, al puerto mecánico y de nuevo al panel de control.

—Esta chatarra jamás logrará pasar el bloqueo —dice Leia con las manos en la cadera.

—Oh, aún te esperan algunas sorpresas, cariño.

—No me llames así.

—Le estaba hablando a la nave.

Afuera del *Halcón*, una junta de potencia explota.

—*¡Aaaarraaaraagh!* —ruge Chewbacca, y no alegremente.

—¡Estoy intentando! —grita Han—. ¡Estoy intentando!

De repente, en la puerta del hangar, aparecen stormtroopers.

—¡Ahora sí tenemos fiesta! —grita Leia.

Un stormtrooper se coloca un lanzamisiles sobre el hombro.

Mientras Han manipula algunos cables bajo el tablero principal de la cabina, Leia se desliza hasta el asiento del capitán y les dispara a los stormtroopers, que salen volando por el aire en seis distintas direcciones. La princesa se levanta del asiento. Han la mira desde abajo. Por un momento, duda si se ha movido o no, y luego continúa manipulando furiosamente los cables.

—¡Ahora! —le grita a Chewbacca.

El wookiee activa un propulsor, y entonces el *Halcón* se enciende haciendo rugir su motor.

—¡Sí! —exclama Han, saltando al asiento del capitán.

—Un día —le dice Leia—, vas a equivocarte respecto a algo. Sólo espero estar ahí para verlo.

Han Solo esboza una sonrisa. Las puertas del hangar empiezan a cerrarse.

—¡Vamos! —grita Han.

Chewbacca activa un interruptor, y el Halcón Milenario sale disparado de la base rebelde hacia el nevado cielo de Hoth y la oscuridad del espacio.

Caes sobre la nieve. Todo explota a tu alrededor. El caminante se mueve con pesadez tres, cuatro, cinco pasos. Mientras lo observas alejarse, sientes que te cuesta respirar. Las tropas rebeldes huyeron de la trinchera. La batalla terminó. El caminante les dispara a los generadores y uno de ellos se incendia.

Y entonces, la ves: la desvencijada nave de Han, que supuestamente sigue siendo «la más rápida de la galaxia». Sale disparada del hangar sur de la base y se eleva hacia la atmósfera. Sonríes. Al menos Han logró escapar. Con algo de suerte, la princesa también… Sí. La princesa va a bordo de esa nave. Estás seguro.

De pronto, una explosión te arroja al suelo. Una onda de calor te recorre el cuerpo. Estás tirado de espaldas y la nieve se derrite rápidamente a tu alrededor; sientes como si tu pecho se incendiara. Luego, el ardor disminuye. Levantas el oscurecido visor de tu casco. El caminante cuelga de sus propias piernas, chamuscado.

Te levantas y corres.

En alguna parte remota del campo de hielo, lejos de la batalla y la recién destruida base rebelde, te arrastras por la nieve. Tu X-Wing, una nave equipada para transportar a un piloto y un droide, está unos pasos más adelante. R2 está en su lugar. Fue él quien la piloteó hasta ese remoto lugar, para esperarte. El último de los pilotos restantes está

despegando, y deja tras sí una visión curiosa: una pequeña y solitaria nave en medio de esta tierra helada. Los sonidos de la batalla se escuchan muy lejanos desde aquí.

Tomas tu lugar en la cabina de mando.

—*¡Bip bup bup bip!*

—Hola, R2. ¿Todo bien? —dices con una sonrisa.

—*Bup bip bip, bip bup bup.*

—Oh, qué tierno. Estoy bien, sólo espero que los demás también lo estén.

Introduces algunos números en el sistema de navegación de la X-Wing.

—*¡Bip bup bup bup bup!* —objeta R2.

—Lo sé. No los veremos en el punto de reunión.

—*¿Bup bip bip bip?*

—No, vamos a otro lugar.

—*¿Bup bip bip?*

—Se llama Dagobah.

—*Bup bip bup.*

—A mí tampoco me suena, pero hay alguien ahí que necesito ver.

—*¿Bip?*

—Se llama Yoda —dices mientras enciendes el motor.

—*Bip bup bup bup.*

—Bueno, muchos podrían decir que R2-D2 también es un nombre raro —respondes.

—*¿Bip bip bip bip? Bip bup bup bup, bip bip.*

—Es algo que tengo que hacer, R2, nada más. Es algo que tengo que hacer… Nada más.


PLANETAS
EXTRAÑOS
PARTE I

CAPÍTULO DOCE



TU X-WING SOBREVUELA un planeta color esmeralda. Su brillante órbita verde, con enormes manchas de color azul, indica la posibilidad de que haya grandes lagos interiores. Nubes y niebla forman remolinos sobre la superficie del planeta, como vapor que saliera de un caldero.

—No detecto señal alguna de ciudades o tecnología, R2 —dices—. Aunque sí fuertes señales de vida. Hay algo vivo allá abajo. Mucha vida, de hecho.

—*Bup bip bip bup bup.*

—No, no voy a cambiar de opinión. Encontraré a Yoda.

—*Bup bip bip bip.*

—¡R2! ¡Cuida tu lenguaje!

La nave desciende a través de la atmósfera, sumergiéndose en las profundidades de los remolinos de niebla y nubes. No logras ver nada. De pronto, una alarma empieza a sonar dentro de la cabina de mando. R2 emite *bips* desesperados.

—¡Lo sé! —gritas.

Tus ojos escanean frenéticamente los radares y medidores. No funcionan.

De pronto, te entra una sensación de lo más extraña. Es como si te sumergieras en alguna especie de sueño, en un lugar donde la tecnología no funciona, donde la ciencia y la lógica fallan. Tratas de quitarte esa idea de la cabeza, y luego la nave te sacude. Con fuerza. Te hundes en el asiento. Hay ruido de golpes y cosas quebrándose dentro de la cabina, pero la niebla es tan densa y profunda que no puedes distinguir si lo que se rompe es la nave o aquello que está afuera.

La X-Wing continúa fallando, y se hunde cada vez más y más en este mundo de ensueño.

Tu cuello se inclina hacia delante en cuanto la nave se detiene de golpe.

Tu corazón late a toda velocidad. Atontado, intentas checar las pantallas… No hay indicaciones. La nave ya no funciona. En absoluto.

Cualquiera que sea el sitio donde acabas de aterrizar, queda claro que no podrás irte pronto.

Te encuentras en el umbral de tu entrenamiento.

Has llegado al lugar que se halla en medio de la realidad y los sueños, entre lo físico y lo místico.

Bienvenido a Dagobah.

LECCIÓN LAMBDA:
LUGARES EXTRAÑOS, MUNDOS NUEVOS

Quiero que hagas algo peligroso. No demasiado peligroso, chico, no quiero que te mueras. Pero algo que esté fuera de tu zona de confort. Algo que te provoque un cosquilleo en la piel, sólo un poco.

Piensa en un lugar al que nunca hayas ido. Puede ser un lugar cercano. Tal vez la bodega del conserje en tu escuela. Tal vez el sótano de la biblioteca. (Revisa; debes tener alguno). Tal vez tu propio ático, en la noche, mientras todos duermen. Un lugar que sea un poco extraño y un poco terrorífico.

Cuando tengas la oportunidad, ve allá. Solo. No le cuentes a nadie tus planes. Entra a ese lugar extraño, cierra la puerta tras de ti (pero no te quedes encerrado: tampoco quiero que te mueras de hambre) y siéntate ahí. Tal vez esté oscuro. Tal vez no. Explora el lugar con la mente, con las manos. Quédate solo por un momento.

¿Estás asustado?

Bien. Deberías estarlo.

CAPÍTULO TRECE



ESTÁS PARADO EN el fuselaje de tu X-Wing, que permanece medio sumergida en un pantano. El ambiente es tan oscuro y denso que apenas alcanzas a ver; la niebla envuelve todo en un tibio capullo de rocío. Sientes miedo. En definitiva, hay vida en este planeta: el lugar está lleno de ella. Vida que puede ser venenosa. O tener colmillos afilados. O ser lenta y fuerte y estar hambrienta. Y tú no logras ver nada de esa vida.

Escuchas algo que salpica.

—¿Qué fue eso? —susurras—. ¿R2?

Nadie responde.

—¿R2?

La única respuesta es el burbujeante y humeante silencio de la oscuridad que te rodea.

—¡R2!

Corres al lado de tu nave. De pronto, el X-Wing se mueve abruptamente debajo de ti. Sacas los brazos, te balanceas y tratas de recuperar el equilibrio. R2 no está. Ves ondas que radian sobre la superficie del pantano.

En una búsqueda frenética, recorres la ciénaga con la mirada y entrecierras los ojos para intentar ver algo en la nebulosa penumbra.

—¡R2! ¡R2-D2!

Si acaso hay criaturas hambrientas en los alrededores, ahora ya saben que estás aquí. En caso de que el sonido de la nave al estrellarse no hubiera sido suficiente para alertarlas, tus gritos sin duda lo han logrado. Esas criaturas saben exactamente dónde estás. Desafortunadamente, tú no.

De pronto, el periscopio de R2 emerge de la superficie del pantano. Suspiras, aliviado.

—Ven a tierra —le dices—. Es imposible saber qué pueda haber en ese pantano contigo…

Dejas de hablar y ves cómo el lomo negro de una enorme criatura rompe la superficie del pantano. Justo detrás de R2-D2. Luego se sumerge y desaparece.

Te quedas clavado, tan decidido como una veleta en medio de un ciclón. El periscopio de R2 avanza lentamente hasta la orilla más cercana. «Seguramente a la misteriosa criatura no le interesa echarse un montón de circuitos y metal». Es lo que te repites. Pero tus manos no dejan de sudar.

R2 llega a la orilla. Su cabeza redonda en forma de domo sale del agua, seguida por su cilíndrico cuerpo. Empiezas a exhalar.

Y justo en este momento la criatura se lo lleva.

—¡R2! —gritas.

Ya no está. Se lo llevaron adentro del pantano. El agua turbia se agita por la lucha que se lleva a cabo bajo la superficie.

—¡R2! ¡Pelea! ¡Vamos, R2!

Te olvidas por completo de los otros depredadores que pueden estar acechando en las cercanías. Claro que seguirás gritando por R2. Puede que sea un droide, pero es tu amigo. Piensas disparar con tu bláster, pero podrías darle al pequeño droide. Y tu sable de luz no alcanza a llegar hasta allá, está demasiado lejos. Así que sólo puedes gritar.

—¡Pelea!

De pronto el agua se queda quieta. Observas. Una gota de sudor escurre por tu nariz.

—¿R2? —murmuras.

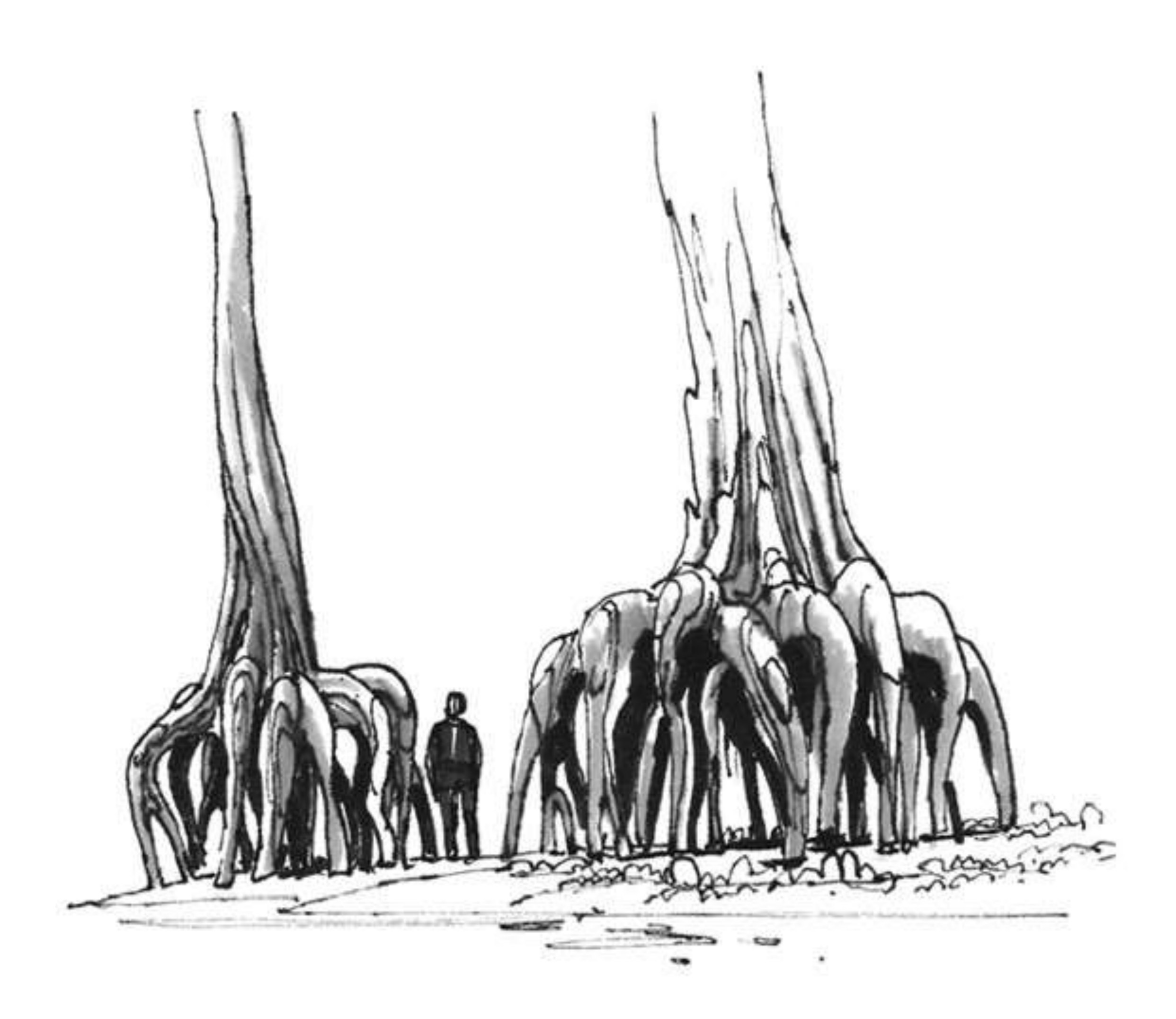
Y entonces R2-D2 sale volando del pantano, emitiendo una estridente combinación de grito y silbido. Se estrella contra unos árboles, a unos treinta metros de la orilla.

Saltas sobre el casco de la X-Wing para llegar a tierra firme y corres hacia él. Lo encuentras tirado sobre su espalda, enredado en una maraña de ramas, enredaderas y raíces, y cubierto de la suciedad del pantano. Tratas de sacudirlo. Huele horrible. Pero no puedes evitar sonreír.

—Qué suerte que sepas tan feo —le dices.

Su respuesta no es educada.

Estás sentado en medio de un montón de cajas a la orilla del pantano. Acabas de conectar a R2 a su regenerador de energía. Lograste rescatar tu refugio prefabricado del interior de la X-Wing y colocaste la mayoría de los componentes en su lugar. También abriste la caja de raciones. Mientras masticas una barra de proteína, ves cómo tu nave se va hundiendo poco a poco en el pantano, y piensas en lo inútil e indeciso que fuiste mientras aquella criatura intentaba merendarse a R2. Sientes náuseas. Luego piensas en Leia, Han y Chewie, e incluso piensas en C-3PO, ese desesperante montón de tornillos. La última vez que los viste, se dirigían hacia la flota imperial. No los ayudaste. Así como tampoco ayudaste a R2. Volaste hasta este planeta para encontrar un nombre que te suena de alguna alucinación. ¿Yoda? No existe ningún Yoda. Agarras una rama y empiezas a romperla.



—¿Qué estamos haciendo aquí, R2?

—*Bip bip bip bup bup bip. Bip bip bip.*

—Sí, tal vez debí haberte hecho caso. Ben me dijo que aquí encontraría al Maestro Yoda.

Observas la turbera sobrecrecida que te rodea. Todo el lugar huele a podrido.

—¿Qué clase de Maestro Jedi querría vivir aquí? Ni siquiera hay un puerto espacial…

—¿«Puerto espacial»? ¿Qué es puerto espacial?

Te paras de un salto y te das la vuelta al mismo tiempo, con las manos levantadas por si tuvieras que defenderte.

Aproximadamente a medio metro de ti, se encuentra una de las criaturas más extrañas que jamás hayas visto. Su piel es de un color verde-azulado, tiene orejas largas y ojos saltones. Lentamente, tratas de alcanzar tu sable de luz.

—¿Quién eres? —preguntas.

—¡Hacerte pregunta yo primero! —dice la criatura, riendo. Su voz es áspera y aguda, como si una rana hubiese aprendido a hablar. Tal vez en realidad se trata de una especie de rana. «No, sus orejas son demasiado grandes», piensas después.

Antes de que hayas terminado de procesar todo esto, ya está revisando tus provisiones de comida.

—¿Comida es esto? —croa—. ¡Hambre tengo!

—¡Vete de aquí! ¡Eso es mío!

—¿Qué es tuyo? —pregunta, mientras mastica una de tus barras de verdura deshidratadas, y luego la arroja.

—¡Eso!

—¿Qué es mío? —continúa, como si lo hubieses interrumpido—. Tuyo y mío no es; sólo es.

—¿Qué? ¡Deja de decir tonterías! ¡Vete de aquí!

R2-D2, que no ha dejado de hacer *bip* como loco desde que el pequeño gnomo apareció, estira el largo brazo retráctil para tomar una barra de proteína que la criatura está mordisqueando. La sujeta. La criatura se niega a soltarla. Y empiezan una lucha de jalones para obtener la barra de proteína.

—¿Dónde estoy? —balbuceas, mientras observas aquella escena surrealista.

La criatura agarró una rama torcida y está golpeando a R2-D2 en la cabeza, mientras jala desesperadamente la barra de comida con su otra mano.

—Oh, déjalo, R2-D2. ¡Que se la lleve!

R2 la suelta y cae hacia atrás.

La criatura se sienta y, con una sonrisa de satisfacción, le da una mordida a la barra. De pronto, su cara se transforma en una aún más extraña y lanza la barra por encima del hombro.

—¿Cómo fue que creciste tanto comiendo esta clase de alimentos?

—No está hecha para pequeñas ranas de pantano —contestas—. Está hecha para humanos.

La criatura voltea a verte.

—¿Qué haces aquí tú? Me pregunto yo.

—Busco a un gran guerrero —dices con un suspiro.

—¿Gran guerrero, dices tú? Las guerras a nadie engrandecen.

Sacudes la cabeza. Casi no logras entender nada de lo que dice.

—De acuerdo. Entonces estoy buscando a un gran Maestro Jedi.

—¿Maestro Jedi? ¡A Yoda buscas tú! —la mención del nombre te espabila—. A Yoda conozco yo. Llevarte con él puedo. Pero, primero, ¡comer debemos! ¡Ven!

La pequeña criatura toma su rama torcida, la que usó para golpear a R2, y la usa como bastón. Aunque no la necesita, pues salta sobre ramas dos veces más grandes que él con poco esfuerzo, aparentemente. Tú avanzas con dificultad detrás de él. El sudor te escurre por el pelo y se te mete a los ojos; el olor penetrante y fétido del pantano te tapa la nariz. R2 rueda y se tambalea detrás de ti, a veces. El resto del tiempo tienes que cargarlo.

Sientes la camisa empapada y te duele la espalda. De pronto, la pequeña criatura en forma de rana se detiene. Bajas a R2 con un gruñido. Te encuentras frente a algo que parece un montón de raíces al que alguien le puso una puerta y una ventana.

—¿Aquí es donde vive Yoda?

—¡Mi hogar es este! ¡Comer debemos!

La puerta está tan baja que tienes que arrastrarte para entrar. Ni siquiera R2 cabe, así que le dices que espere afuera. Se asoma por la pequeña ventana y emite *bips* y silbidos agudos. Esperas que la criatura no entienda lo que está diciendo. Has conocido piratas espaciales que no se atreverían a usar el lenguaje que R2 está usando ahora.

Una vez dentro de la casa, la criatura se pone a cocinar de inmediato. Cuelga una olla sobre una pequeña fogata y dos pequeños calderos sobre un montón de carbón. Luego, corre de un lado a otro arrojando raíces y algas del pantano tanto a la olla como al caldero. Mientras cocina, el olor que invade la habitación te recuerda al olor que despide un depósito de basura en Tatooine durante la temporada de calor.



Luego, lo sientes. Hay algo moviéndose detrás de ti. Volteas y te agachas. Es una gran serpiente. O tal vez no sea una serpiente. Podría ser una babosa. O una serbosa, tal vez. Quizás una babiente. Sea lo que sea, es asquerosa. Volteas a ver a la babiente y enseguida a la criatura verde-azulada. Esta no le presta atención alguna. Encuentras otro asiento. El pequeño hombre-rana está muy ajetreado preparando la pútrida comida, tarareando para sí mismo, mientras que afuera R2 balbucea una serie de groserías electrónicas, tan desagradables que te sonrojan. Finalmente, no puedes soportarlo más.

—¿Cuándo podré ver a Yoda? —preguntas abruptamente.

—¡Después! ¡Después! ¡Ahora, comemos! ¡Incluso para el Maestro Jedi también la hora de comer es!

La criatura te mete una cucharada de su guisado de raíces y hojas en la boca; tiene la consistencia de un cerebro cocido. Estás a punto de escupirlo, pero te detienes. De hecho, no sabe tan mal. Masticas y tragas.

—¿Bueno? ¡Bueno! —exclama la pequeña criatura.

—Sí —dices, sorprendido—. Bueno… ¿Ya puedo ver a Yoda?

—Primero —dice la criatura—, ¡una historia te contaré!

—¿Qué? ¡No!

—Corta historia. Buena historia. Tú siéntate. Tú escucha. Tal vez algo tú aprendas. Sobre Yoda.

Suspiras. Si en verdad aprenderás algo del Maestro Jedi, tal vez valga la pena escuchar la historia. Te acomodas entre las raíces, el carbón y las ollas humeantes, pero no sin antes asegurarte de que no haya más serpientes que quieran compartir tu asiento. El techo sobre tu cabeza es bajo y está lleno de humo. El olor a algas hervidas del pantano invade la pequeña casa. La luz es tenue y rojiza.

Entonces, la criatura empieza su historia.

Ahora, te contaré la historia de la criatura como yo la he escuchado, como ha sido pasada de generación en generación a través de los años. No trataré de imitar su extraña forma de hablar. No entenderías de qué estoy hablando. Ni siquiera yo entendería de qué estoy hablando. Simplemente te la contaré a mi modo. Esta es la historia:

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana, había un hombre muy pobre que vivía con sus tres hijos.

El hijo mayor era fuerte y apuesto. Todos pensaban que era un ser maravilloso. Y él estaba de acuerdo.

El segundo hijo era sabio e inteligente. Y todos pensaban que él también era maravilloso. Y él también estaba de acuerdo.

El hijo menor era callado y atento. Y todos pensaban que era un idiota. Él no estaba de acuerdo, pero a nadie le importaba su opinión.

Un día, el hijo mayor anunció que saldría a recorrer el mundo entero para buscar fortuna. Su padre le suplicó que no fuera.

—¡Quédate y ayuda a tu pobre padre con la granja! Si te vas, ¿quién ordeñará a la vaca y alimentará a las gallinas? ¡Nos moriremos de hambre!

Pero el hijo mayor le respondió:

—¡Mis hermanos pueden ordeñar a la vaca y alimentar a las gallinas! ¡Yo me voy a buscar fortuna!

Así que empacó una bolsa con suficiente comida para su viaje, y se marchó.

Pronto, llegó a un bosque tenebroso y aterrador. Al llegar más allá de las sombras del bosque, dudó. Entonces, vio un sapo sentado al lado del camino.

—¡Hambre tengo! Comparte tu comida conmigo, ¿sí? —croó el sapo.

(Sí, me doy cuenta de que el sapo habla del mismo modo que la criatura de Dagobah. No sé por qué. Así es como cuentan siempre la historia).

Pero el hermano se negó.

—¡Largo de aquí, sapo asqueroso! ¡Yo me voy a buscar mi fortuna! Intentó patear al sapo y luego se adentró más en el bosque oscuro.

Pronto llegó a un gran palacio. Los muros eran tan altos y fuertes como los troncos de los árboles, y de todas las torres colgaban estandartes y banderas. El chico quería saber quién vivía en aquel majestuoso castillo, así que le preguntó a uno de los guardias. El guardia dijo que el habitante del castillo era un gran rey.

—¡Tal vez este rey me nombre comandante de su ejército! —exclamó el hijo mayor—. ¡Llévame con él!

Así que fue llevado ante el rey, quien estaba sentado en un trono sencillo y no usaba corona. Al ver al rey, el chico proclamó:

—¡Vine a buscar mi fortuna!

—¿Tu fortuna buscas tú? —respondió el rey—. ¡Entonces tu fortuna tendrás!

Y habiendo dicho esas palabras, el hermano mayor se transformó instantáneamente en una mosca. De la boca del rey salió disparada una larga lengua que atrapó al hijo mayor y lo jaló hasta su garganta.

La criatura te observa detenidamente, como si esperara que dijeras algo.

—Fue una buena historia —le dices. En realidad sólo tratas de ser amable. Comienzas a levantarte—. ¿Ya puedo ver a Yoda?

—¡Terminada no está la historia! —gruñe la criatura—. Escuchar debes. Interrumpir no debes, ¡o no te llevaré con Yoda!

Frunces el ceño y haces un esfuerzo por seguir escuchando. La criatura con forma de sapo continúa su extraño cuento.

En la casa del hombre pobre, el segundo hermano y el hermano menor trabajaban con el doble de esfuerzo para ordeñar a la vaca, alimentar a las gallinas y cuidar a su pobre padre.

Pero, después de un tiempo, el segundo hijo anunció que saldría a recorrer el mundo entero para buscar fortuna, tal como había hecho su hermano.

Su padre le suplicó que no fuera.

—¡Quédate y ayuda a tu pobre padre con la granja! Si te vas, ¿quién ordeñará a la vaca y alimentará a las gallinas? ¡Nos moriremos de hambre!

Pero el segundo hijo respondió:

—¡Mi hermano puede ordeñar a la vaca y alimentar a las gallinas! ¡Yo me voy a buscar fortuna!

Así que empacó una bolsa con suficiente comida para su viaje, y se marchó.

Siguió el mismo camino que el hermano mayor, y pronto llegó al mismo bosque tenebroso. Él, al igual que su hermano, dudó al llegar a las sombras del bosque. Y luego vio, sentado junto al camino, a un gato.

—Hambre tengo —dijo el gato—. Comparte tu comida conmigo, ¿sí?

(Sí, el gato también habla como la criatura. De nuevo, no tengo idea del motivo).

Pero el segundo hermano también se negó.

—¡Lárgate, gato sarnoso! ¡Yo me voy a buscar mi fortuna!

Intentó patear al gato y luego se adentró más en el bosque oscuro.

Pronto llegó al mismo gran palacio, y él también preguntó quién vivía ahí. El guardia le dijo que se trataba de un gran rey.

—¡Tal vez el rey me nombre su consejero de confianza! —exclamó el hermano—. ¡Llévame con él!

Así que fue llevado ante el rey. Al verlo, el chico proclamó:

—¡Vine a buscar mi fortuna!

—¿Tu fortuna buscas tú? —preguntó el rey—. ¡Entonces tu fortuna tendrás!

Y habiendo dicho estas palabras, el segundo hermano se transformó en un ratón. El rey saltó sobre él y, con su gran garra, aplastó al hermano. Luego, lo devoró.

Observas cómo la pequeña criatura relata su cuento y notas algo en ella, algo que no habías notado. Intensidad. Edad. Y una especie de fuerza feroz oculta.

No sabes cómo identificarla bien.

Pero te asusta.

En la casa del pobre hombre, el hermano menor trabajaba con el triple de esfuerzo para ordeñar a la vaca, alimentar a las gallinas y cuidar a su pobre padre.

Pero un día, el hermano menor se acercó a su padre y le dijo:

—Padre, quisiera ir a recorrer el mundo y averiguar qué les ocurrió a mis dos hermanos.

Su padre le suplicó que no fuera.

—Apenas eres un niño. Te perderás…, o algo peor. Quédate aquí para ordeñar a la vaca, alimentar a las gallinas y cuidar a tu pobre y viejo padre.

Pero el hijo menor respondió:

—Ya he apartado diez baldes de leche para que bebas y cien huevos para que comas, ya que mis hermanos se han ido y ahora hay comida de sobra. Come lo que he dejado para ti, y prometo que volveré antes de que se termine.

Cuando el padre vio lo que el hijo menor había hecho, accedió a dejarlo partir.

Así que el chico empacó una bolsa con algo de comida y siguió el mismo camino que habían tomado los hermanos. Pronto, llegó al mismo bosque tenebroso. Al igual que sus hermanos, dudó al pasar las sombras del bosque. Y vio, sentada al lado del camino, una gallina.

—Hambre tengo —dijo la gallina—. Comparte tu comida conmigo, ¿sí?

Así que el hermano menor se sentó, abrió su bolsa y colocó en el suelo toda la comida que había traído para su viaje. Él y la gallina se sentaron a comer. La gallina tenía un gran apetito y, pronto, toda la comida se terminó.

Luego, el hermano recogió su bolsa y se adentró más en el bosque oscuro. Su estómago empezó a rugir, pero su bolsa estaba vacía. Recorrió kilómetros y kilómetros, hasta que las piernas comenzaron a temblarle y estuvo a punto de colapsar por el hambre.

Justo cuando pensó que no podría seguir adelante, llegó al castillo del bosque. Le preguntó al guardia quién vivía ahí, y este le respondió que se trataba de un gran rey.

—¡Tal vez el rey sepa dónde están mis hermanos! —dijo—. ¿Podría verlo?

Estaba tan debilitado por el hambre, que tuvieron que cargarlo hasta la habitación del trono.

Cuando vio al rey, el chico cayó de rodillas.

—Por favor, su majestad, ayúdeme. Estoy buscando a mis hermanos, quienes se aventuraron en este bosque y desaparecieron. Además —agregó—, tengo mucha hambre.

El rey se rio, y su risa sonó así: ¡Clo-Clo-Clo!

Luego, el rey le dijo:

—A tus hermanos no verás. Muertos ellos están. Pero este alimento para gallina has de llevarte. A las gallinas de tu padre se lo darás. Y hambre nunca más tendrán ustedes.

Así que el chico volvió a casa, sin sus hermanos pero con el alimento para las gallinas. Su padre lloró de alegría al ver que su hijo menor había vuelto a casa. Luego, les dieron el alimento del rey a las gallinas. Y de ahí en adelante, cada vez que ponían huevos, estos eran de oro macizo.

Y el chico y su padre vivieron felices para siempre.

La criatura deja de hablar, pero sigue observándote. Sin embargo, ahora tiene una expresión de satisfacción en su extraña cara verde.

—¿Eso es todo? —preguntas.

Él asiente felizmente.

Te quedas mirando a la pequeña criatura. De pronto, la magia que sentías mientras hablaba ya no está. Sólo es un extraño, solitario y pequeño sapo de pantano. Nada más.

—¡Eso no tuvo nada que ver con Yoda! —dices con una voz fuerte y molesta, mientras te levantas y te golpeas fuertemente la cabeza con el techo—. ¿Por qué me haces perder el tiempo?

La criatura se ve decaída. Te da la espalda.

Tú te sientas de nuevo y suspiras.

—Nunca seré un jedi a este paso.

—¿Por qué deseas convertirte en jedi tú, eh?

Volteas a ver el fuego titilante que se encuentra debajo del guisado de raíces y hojas.

—No lo sé. Para salvar a la galaxia del Imperio. Para ayudar a mis amigos.

La criatura sigue observándote, como si supiera que hay algo más.

—Y… —continúas— y… pues…, por mi padre, supongo.

—Ah —dice la criatura, mientras trepa a su pequeña cama y se sienta ahí, con sus pequeñas piernas extendidas, que mueve de atrás hacia delante como un niño pequeño.

—Tu padre un poderoso jedi fue. Mmm.

Pones los ojos en blanco.

—¿Cómo lo sabes? ¡Ni siquiera sabes quién soy! ¡Esto es ridículo!

Te levantas y te golpeas la cabeza otra vez. Maldices y te diriges hacia la puerta. Justo afuera de la ventana, R2 salta de arriba hacia abajo, tratando de llamar tu atención.

—*¡Bip bip bip bup bup!*

—Sí, R2, nos vamos.

Te mueves apartando raíces, sillas y bancos de tu camino para llegar a la puerta. Detrás de ti, la criatura cierra sus grandes ojos verdes con negro. Entonces, su voz no es más que un murmullo.

—No puedo enseñarle. El muchacho no tiene paciencia.

Dudas al llegar a la puerta.

Una voz tan vasta y calmada como los desiertos de Tatooine le responde a la criatura:

—Aprenderá a ser paciente.

Te das la vuelta. No hay nadie más en la habitación.

—No está listo… —continúa la criatura.

—¡Yoda! —exclamas, volteando a ver a la extraña y pequeña criatura—. ¡Tú eres Yoda!

La voz de Obi-Wan Kenobi invade la pequeña casa:

—¿Acaso era yo mejor cuando me enseñaste?

—Demasiado viejo es —responde la criatura, Yoda—. Demasiado viejo para el entrenamiento iniciar.

Te mueves rápidamente al pie de su cama y te hincas; miras su extraña piel verde-azulada, marchita como una pasa, con algunos mechones de cabello blanco que salen en todas direcciones de su cuero cabelludo. Estaría completamente calvo de no ser por estos cuantos pelos. Es espantoso. Es ridículo.

Es Yoda.

—Yoda, por favor —le dices—. Ya aprendí tanto…

Te detienes, antes de decir:



—Ya…, ya entiendo la historia. La historia era sobre Yoda.

La criatura voltea a verte con sus luminosos ojos.

—Tú eras el sapo, el gato, la gallina y el rey. Y yo era cada uno de los tres hermanos.

—Los dos primeros hermanos tú eras —dice Yoda, apuntando uno de sus nudosos dedos a tu cara.

—Lo fui —dices, y agachas la cabeza—. Pero no lo seré más. Seré como el hermano menor. Confiaré en ti. Te escucharé. Aprenderé… No tengo miedo —agregas al final.

Los ojos de Yoda se oscurecen. Se levanta, más y más alto, hasta que parece llenar la habitación, hasta que parece ser la más grandiosa, poderosa y enorme criatura que jamás hayas conocido.

—Lo tendrás —te dice, volteando a verte; viendo a través de ti, a las profundidades de tu alma—. Oh, lo tendrás.

LECCIÓN MU:
LA FUERZA NO ES DE OPCIÓN MÚLTIPLE

Así que…, ¿quién eres tú, joven padawan? ¿Uno de los hermanos mayores? ¿O el más joven?

Sé lo que te gustaría decir. Todos quisiéramos decir que somos como el hermano menor. Pero, ¿en realidad lo eres?

Averigüémoslo.

¿Conoces esas revistas para adolescentes que tienen cuestionarios de opción múltiple? Respondes un montón de preguntas; si elegiste «A» en su mayoría, eres cierto tipo de persona; si elegiste «B», eres otro tipo de persona.

Una sola pregunta. Tres opciones.

Tal vez quieras meditar un poco antes de empezar.

En serio.

Bueno, ¿ya meditaste? Entonces, ¡aquí vamos!

Es la hora del almuerzo en la cafetería de tu escuela. Sales de la fila con una charola de comida y miras a tu alrededor.

A la derecha, ves a tus amigos. La mesa está llena, excepto por una silla junto a tu mejor amigo. Sabes que él ha tenido un día difícil.

Frente a ti, hay un chico nuevo. Un grupo de chicos malos está sentado a su alrededor. Parece que lo están molestando mucho.

A tu izquierda, está uno de tus compañeros de salón que siempre se sienta solo. Todos los días. Obviamente, le gustaría sentarse con alguien, pero nadie le da la oportunidad.

Así que tú:

Te sientas junto a tu amigo. Él o ella es tu mejor amigo(a), y necesita tu apoyo en un día difícil. Los otros chicos pueden esperar.

Te sientas con el chico nuevo. Si los chicos malos lo siguen molestando, tú lo defenderás. O al menos el chico nuevo sabrá que estás de su lado.

Te sientas con la persona solitaria. Lleva mucho tiempo sufriendo, y es momento de brindarle tu apoyo.

Bien, ¿listo para responder?

Es una pregunta capciosa. Los jedi no actúan de manera hipotética. Actúan en la vida real. La próxima vez que estés una situación similar a «A», «B» o «C», haz algo al respecto. En verdad.

Eso es lo que haría un jedi.

CAPÍTULO CATORCE



ESTÁS SENTADO, CON LAS PIERNAS CRUZADAS, frente a la pequeña casa de Yoda. Tus ojos están cerrados. Intentas escuchar. Intentas sentir.

Yoda está cerca de ti. Puedes sentir ligeramente el calor que emana de él. Yoda tiene un objeto en la mano. Este es como el ejercicio que hiciste con Ben alguna vez, cuando era tu maestro. Cuando aún vivía.

—¿Una rama? —dices, y Yoda gruñe enojado—. ¿Una roca?

—Adivinando estás —te dice—. Adivinar no debes. *Siente*.

Tratas de relajar la mente. Oyes que algo se mueve muy, muy silenciosamente. Movimientos rápidos y pequeños. No son movimientos que se dirijan a algún lado. Es más como… algo o alguien que se retuerce. Hay calor que emana de Yoda…, pero también hay más calor, sólo un poco más, que emana de su mano.

—Está vivo… —murmuras.

—Mmm…

—¡Una rana! —dices emocionado.

—¡No! —exclama Yoda.

Abres los ojos. Es un ratón.

—No —dice Yoda otra vez, sacudiendo su cabeza con forma de rana.

—¡Adivinas tú! ¡Impaciente eres! En la Fuerza no confías.

Aparta la mirada.

—Ochocientos años jedis llevo entrenando. Un jedi debe tener el compromiso más profundo. La mente más seria.

Gruñe y suelta al ratón, el cual se escabulle de vuelta al espeso verdor de Dagobah.



—A ti, durante un largo tiempo te he estado observando —dice—. Siempre mirando hacia otro lado estás, hacia el futuro, hacia el horizonte. ¡Aventuras! ¡Emociones! Nunca tu mente en *donde estás* ni en *lo que haces* —Yoda enfatiza estas palabras señalando tu pecho con su bastón—. Un jedi hacia otros tiempos no ve, ni hacia otros lugares. *El ahora* un jedi ve, y siente.

Asientes. De verdad intentas entender. Intentas, Pero no lo logras.

—Otra vez tus ojos cerrar debes.

Lo haces.

—¿Qué hay a tu alrededor? Cada árbol, roca, ser vivo y no vivo debes tú identificar.

Aprietas los ojos y tratas de recordar exactamente lo que hay a tu alrededor.

De pronto, el bastón de Yoda te golpea en un lado de la cabeza.

—¡Recordar no debes! —ordena Yoda, como si pudiera leer tus pensamientos—. *Siente.*

Corres por la jungla, saltando y corriendo sobre piedras y troncos mojados, tratando de sentir los puntos resbaladizos y los puntos podridos antes de caer en ellos. Yoda va agarrado de tu cuello. Es pequeño, pero sus juicios sobre ti y su decepción se sienten más pesados que su cuerpo.

—Concéntrate —te dice.

Saltas sobre un tronco que ha caído a un arroyo. Mientras tu pie aterriza sobre él, te relajas. Inhalas. Escuchas el sonido hueco que produce; sientes su peso debajo de ti, su densidad. Das dos pasos grandes y luego, uno corto. Saltas sobre un punto pálido y deslizas tus pies, hasta que saltas a la orilla más lejana y sigues corriendo.

—Bien —dice Yoda—. La madera sentiste tú. Supiste cuál estaba buena y cuál podrida.

Hay una pendiente pronunciada que lleva hasta un húmedo barranco. De un árbol cercano cuelgan un montón de lianas. Tomas una, y dudas.

—*Siente* —murmura Yoda. Cierras los ojos y *sientes* sin tocar. Hay una liana fuerte entre el montón. Una liana buena y resistente, lista y dispuesta a soportar tu peso y el de Yoda. Abres los ojos. Es obvio: se ve igual que las otras. Pero es distinta. Lo sabes. La tomas y te balanceas sobre el barranco. Aterrizas suavemente del otro lado.

—¡Bien! ¡Bien!

Corres, corres y corres. Tus piernas se cansan. Pero la Fuerza es buena, y te relajas dejando que te llene; tus piernas se siguen moviendo como si supieran que esto es lo que tienen que hacer. Es lo que tienen que hacer. Te duelen los brazos y los hombros por balancearte y escalar y cargar a Yoda. Pero, respiras profundamente, y sonríes. Esto es lo que tienen que hacer tus hombros, al igual que tus piernas. Es su función. El dolor sólo quiere decir que están trabajando a su máximo potencial. No es un dolor malo. Simplemente es el lenguaje de tu cuerpo. Tu cuerpo te está hablando. Y tú lo estás escuchando, por fin.

De pronto, te detienes. Yoda se pone de pie, como un bulto marchito y atrofiado, mirando hacia el horizonte. Te sientas con las piernas cruzadas, sintiendo cómo entra el aire por tu nariz, cómo baja por tu garganta hasta llegar a tu pecho y salir otra vez.

—La fortaleza de un jedi fluye de la Fuerza —dice Yoda—. Pero cuídate del Lado oscuro. Ira…, temor…, agresión… De la Fuerza, el lado oscuro son. Fácil fluyen rápidos a unirse en el combate. Si una vez el sendero del Lado Oscuro tomas, para siempre dominará tu destino. Te consumirá, al igual que lo hizo con el alumno de Obi-Wan.

Pierdes el ritmo de tu respiración.

—¿Vader? —preguntas. Yoda asiente. Y tienes otra pregunta—: Yoda, ¿el Lado Oscuro es más fuerte?

—No…, no… Más rápido, sí. Más fácil, sí. Más seductor. Como un gran pastel de caña del pantano. Comerlo todo querrás, y dulce sabrá. Lleno te sentirás. Y energizado. Pero, la energía se desvanecerá, y enfermo pronto estarás. Mejor comer fruta, pescado, cosas buenas. No tan dulces. Pero mucho durarán.

Frunces el ceño.

—Sé reconocer un pastel cuando lo veo. ¿Pero cómo reconocer el Lado Oscuro? ¿Cómo puedes diferenciar el lado oscuro de la Fuerza?

—Buscar en tus sentimientos debes, y entonces tú sabrás. Como la madera en el tronco. Cuando calmado estés. En paz. No enfadado. No mezquino. Tú sabrás.

—Pero dime por qué…

De pronto, Yoda pierde la paciencia.

—¡No! ¡No! No hay porqué. Sólo *hay*, y *no hay*. Nada más te enseñaré hoy.

No sabes qué fue lo que dijiste que haya estado tan mal. Decepcionado y aún con hambre de conocimiento, te levantas. Te estiras.

Y entonces la ves.

Acecha oscura y siniestra entre las ramas enredadas de la jungla. Es una cueva. Incluso desde esta distancia, cien metros o más, puedes sentirla, como una repentina ráfaga de viento helado.

—¿Qué…, qué es ese lugar? —preguntas—. Siento… frío…, muerte…

Yoda te mira, le brillan los ojos.

—Ese lugar… está lleno del lado oscuro de la Fuerza. Un dominio del mal es. Y entrar debes.

—¿Qué…, qué hay adentro?

No puedes apartar tus ojos de su oscuridad. Es como un espacio negativo, un vacío en medio del vibrante y vívido follaje que cubre el resto del planeta.

La voz de Yoda es silenciosa pero clara.

—Sólo lo que lleves contigo.

Tomas tu sable de luz.

—Tus armas —dice Yoda— no necesitarás.

Te detienes y ves a Yoda. Luego, ves la cueva.

Mantienes tu sable de luz a la mano.

La oscuridad es profunda y el lugar huele a humedad y podredumbre. Pero no es ese olor a podredumbre que abunda en Dagobah, ese olor lleno de vida, cuantioso, como algo que se transforma en algo nuevo. Este es un olor a muerte.

Algo se mueve detrás de ti. Te das la vuelta. Una serpiente larga, gruesa y negra se enrosca alrededor de una rama que sale de las paredes de arcilla. La serpiente está cubierta de manchas blancas, una de las cuales se asemeja a una calavera. Tiemblas.

Sigues adentrándote en la cueva. En tu camino encuentras enredaderas que cuelgan por todas partes. El aire está frío aquí adentro. Una ráfaga de viento saca volando algo pegajoso hasta tu cara. Te lo quitas y descubres que es una telaraña repleta de pequeños arácnidos. Tratas de mantener la calma y no entrar en pánico, mientras intentas quitarlas rápidamente de tu piel, tus orejas y tu cabello.

Tu corazón late con fuerza. Tu respiración es poco profunda.

Y enojada. Enojada con Yoda por haberte mandado aquí. Por haberte aplicado todas estas tontas pruebas y nunca estar satisfecho. Por no reconocer el hecho de que lo hiciste muy bien y de que llegaste muy lejos.

Te das cuenta de que también estás enojado contigo mismo. Enojado por estar tan asustado.

Y entonces, escuchas algo que respira en la oscuridad.

Suena… «metálico».

Das un paso adelante. Otro más. Y otro.

En ese momento, él emerge de entre las sombras.

¡Darth Vader!

Darth Vader está aquí.

Te encontró. Te siguió hasta aquí. De algún modo. Tomas tu sable de luz y enciendes la espada azul.



Él alza su sable de luz también, que tiene un vibrante color rojo, el cual se refleja en su casco negro y en sus ojos sintéticos, también negros.

En medio de la oscuridad, las espadas se ven extrañamente complementarias. Como si, de algún modo, se pertenecieran la una a la otra. Vader avanza.

El miedo y el odio se combinan y te inundan el corazón.

Él alza su sable de luz. Tú levantas el tuyo hacia un costado, y el suyo choca contra el tuyo. Repeles el ataque y tu fuerza te sostiene.

Das un paso hacia atrás. Él avanza blandiendo su espada. Eludes el ataque haciéndote a un lado. Él gira, viniendo hacia ti rápidamente con su sable de luz, pero es demasiado tarde.

Con un veloz ataque, la hoja láser de tu sable rebana el cuello de Darth Vader.

Su cabeza rueda hasta una de las paredes de la cueva. Su cuerpo se desploma.

Tú estás parado a horcajadas sobre él, agitado y victorioso.

Está muerto. ¡Por fin está muerto!

Miras su cabeza. Su máscara se parte por la mitad en medio de una repentina explosión revelando su cara sin vida, pero no es su cara…

Es tu cara la que ves tirada en el suelo, con los ojos bien abiertos, al igual que la boca.

Tu cara, en el casco de Vader.

Te das la vuelta y sales corriendo.

LECCIÓN NU:
PACIENCIA MÁS COMPASIÓN ES IGUAL A FUERZA

Piensa en alguien que no te cae bien. Alguien que sabes que te trató mal en el pasado, o alguien a quien le tienes miedo, o alguien con quien, tal vez, no fuiste muy amable.

Piensa en todo lo que sabes sobre esa persona. Piensa en sus padres, su familia, su casa, cómo es en la escuela, en sus amigos. Piensa en sus habilidades y en sus debilidades.

Ahora, finge que eres esa persona. Cierra los ojos y camina todo un día en sus zapatos. Debes imaginarte a ti mismo con sus alegrías y sus tristezas. ¿Consigues identificar esas tristezas? Deberías intentarlo. En serio, inténtalo.

Intenta entender a esa persona. Lo mejor que puedas.

Esto te brindará paciencia y compasión la próxima vez que te topes con ella. Lo cual es bueno.

La paciencia y la compasión, juntas, generan fortaleza.

CAPÍTULO QUINCE



EN EL NEGRO CORAZÓN del destructor estelar más grande del Imperio, hay una habitación oscura. En esa habitación hay un enorme y oscuro huevo. Es un cuarto de meditación. Adentro de ese enorme y oscuro huevo, se encuentra la que es posiblemente el alma más oscura de la galaxia.

—Lord Vader —murmura el Almirante Piett. Viene corriendo desde el puente. El destructor está atravesando un campo de asteroides particularmente peligroso. Le tiemblan las manos. Por muchas razones.

El huevo oscuro se abre despacio. Vader está sentado de espaldas al almirante. No lleva el casco. Piett desvía la mirada. Incluso la parte posterior de la cabeza de Vader resulta difícil de mirar: piel blanca como la harina, marcada por cicatrices y quemaduras entrecruzadas.

Baja el casco. Entonces la piel queda oculta por el brillante casco negro de Vader. Este se da la vuelta.

—¿Sí, almirante?

La voz de Vader provoca escalofríos incontrolables de terror, sin importar cuántas veces la escuches. Sin embargo, el mensaje que lleva el almirante es aun más aterrador. Traga saliva antes de hablar.

—El Emperador le ordena que lo contacte.

Vader no tarda en reaccionar.

—Aleje la nave del campo de asteroides para que podamos tener una transmisión clara.

—Sí, mi lord.

El almirante se marcha corriendo. Vader sale de su celda de meditación y avanza hasta una pequeña plataforma: la plataforma de transmisión. Se sube a la plataforma. Se arrodilla y agacha la cabeza.

Ver a Vader hacer reverencias es suficiente para llenar el corazón de cualquier persona de miedo, ya que significa que existe alguien más poderoso y más malvado que él. Y ese ser poderoso y malvado está aquí.

Una proyección llena la habitación desde el suelo hasta el techo. Muestra una imagen cubierta con una túnica negra y una capucha, similar a la que usan los jedi. Debajo de la capucha, apenas visible, se encuentra una cara espantosa cubierta de arrugas, tan profundas y regulares como el foso de un castillo, que recorren en líneas concéntricas todo el rostro, desde la sien hasta la barbilla. Los ojos hundidos son de un color amarillo intenso con penetrantes pupilas negras. Vader no observa nada de esto. Su cabeza sigue agachada.

—¿Cuáles son sus órdenes, Maestro?

La voz del emperador es profunda, como la de Vader. Pero también es rasposa. Parece más un croar que una voz.

—Hay grandes disturbios en la Fuerza.

Vader asiente sin levantar la cabeza.

—Lo sentí.

El Emperador inhala, como si estuviera intentando respirar por una caña mientras se hunde en un pantano.

—Tenemos un nuevo enemigo: Luke Skywalker.

Vader no se mueve, pero aparece cierta tensión en sus hombros encorvados y su cuello agachado.

—Sí, mi señor.

—Podría destruirnos —croa el Emperador.

Por un momento, Vader no habla. Cuando por fin lo hace, su voz profunda es lenta y el tono, reflexivo.

—Es sólo un muchacho. Obi-Wan ya no puede ayudarlo.

—La Fuerza está en él, muy potente —dice el Emperador—. El hijo de Skywalker jamás debe convertirse en un jedi.

Vader levanta la cabeza para ver a su maestro. Parece que se le ha ocurrido una nueva idea.

—Si pudiéramos convertirlo, sería un poderoso aliado.

Una pausa. La mirada del Emperador analiza a su pupilo más prometedor, penetrando el casco oscuro, la máscara negra, la piel cubierta de quemaduras y cicatrices de su aprendiz, hasta llegar al fondo de su tenebroso corazón. Ahí, en el centro de la maldad, el Emperador detecta… algo… No sabe qué es.

—Sí —croa finalmente—. Sí, sería de gran valor para nosotros. ¿Es posible hacerlo? —pregunta.

—Se unirá a nosotros o morirá, Maestro.

CAPÍTULO DIECISÉIS



ESTÁS PARADO DE manos. Yoda hace equilibrio sobre las plantas de tus pies. La sangre se te ha ido a la cara. Ríos de sudor recorren tus brazos y cuello, y te dejan un sabor salado en la boca. El aire a tu alrededor se siente denso y húmedo.

—Relajarte debes —murmura Yoda—. Usa la Fuerza. Pensar no debes. Violentarte no debes. Respira. Anclado debes estar. Como un árbol.

Hay dos piedras frente a ti. Cada una de ellas es aproximadamente del tamaño de una toronja.

—Ahora —sigue murmurando Yoda—, la roca. Siéntela.

Te concentras en la más pequeña. Lentamente, empieza a levantarse. No la tocas con nada más que con tu mente, y con la Fuerza. La levantas y la mueves hasta que aterriza sobre la otra piedra.

Estás de vuelta en el pantano donde se estrelló tu X-Wing. Continuó hundiéndose más y más en el fango cada día. Tus provisiones siguen apiladas en la orilla del pantano. Mientras, permaneces de cabeza, y te concentras en mantener la piedra pequeña en equilibrio sobre la otra. De pronto, R2-D2 empieza a emitir *bips* frenéticamente.

—Concéntrate… —ronronea Yoda.

Sin dejar de concentrarte en las piedras, volteas a ver a R2-D2. Está de pie cerca del X-Wing.

La nave sigue hundiéndose en el pantano, rápidamente. A este ritmo desaparecerá en cuestión de minutos.

—¡Concéntrate! —exclama Yoda. Demasiado tarde. Ya te derrumbaste, tirando al pequeño jedi al suelo, al igual que las piedras.

Te pones de pie y corres hacia la orilla del pantano. Observas. La única parte del X-Wing que sigue siendo visible es la punta de un ala. R2 sigue emitiendo *bips* frenéticos.

—¡Ya nunca podremos sacarla ahora!

Yoda aparece junto a ti, sacudiéndose después de la caída.

—¿Tanta certeza tienes? Tú siempre dices que no se puede. ¿Nada de lo que te digo escuchas? ¿Nada entiendes?

Sacudes la cabeza, mientras observas cómo se hunde en el fango el único medio de escape que tienes para salir de este fétido y apestoso planeta pantanoso.

Yoda hace un gesto señalando la nave. Sabes lo que ese gesto significa.

Volteas a verlo, y luego a la X-Wing. Sacudes la cabeza.

—¡Maestro! Mover rocas es una cosa, pero esto es totalmente diferente.

—No, diferente no es. Sólo en tu mente diferente es. Tienes que desaprender lo que has aprendido.

Sacudes la cabeza.

—Está bien, lo intentaré.

—No. No intentes. *Hazlo* o *no lo hagas*. Pero no hay intentos.

Inhalas profundamente. Te concentras en la nave. Estiras la mano y la agarras con la mente. Es enorme.

Envuelves tu mente alrededor de cada esquina, fijas tus pensamientos en cada borde.

Tu mente sondea el pantano alrededor de la nave.

Empiezas a levantarla.

Se levanta.

Y se levanta.

Sientes su peso. Su enormidad. Es diez veces más pesada que tú. Veinte veces… Cincuenta veces… Luchas contra el peso.

«No decepciones a Yoda», te dices.

Empiezas a perder tu concentración.

Haces un gran esfuerzo. Pero la nave empieza a hundirse.

No lo decepciones.

Se hunde por completo.

—No puedo —dices, agachando la cabeza. Estás exhausto—. Es demasiado grande.

Yoda voltea a verte.

—No importa el tamaño. Mírame a mí. Por mi pequeña estatura me juzgas, ¿no?

Sacudes la cabeza.

—Los hijos mayores no seas; juzgarme no debes como un sapo. O como un gato. O como un rey. O como un hombre. Los cuatro soy. Todo soy.

De pronto, Yoda te pellizca.

—¡Auch!

—Esta piel te engaña. Sí, hoy como un hombre te ves, y la nave como una nave se ve. Pero no lo eres, y no lo es. Formas de la Fuerza son. Una misma. Alcanzarla con tus sentimientos debes; parte de todas las cosas eres tú. Partículas somos, ondas, todos uno somos.

Te mira fijamente a los ojos.

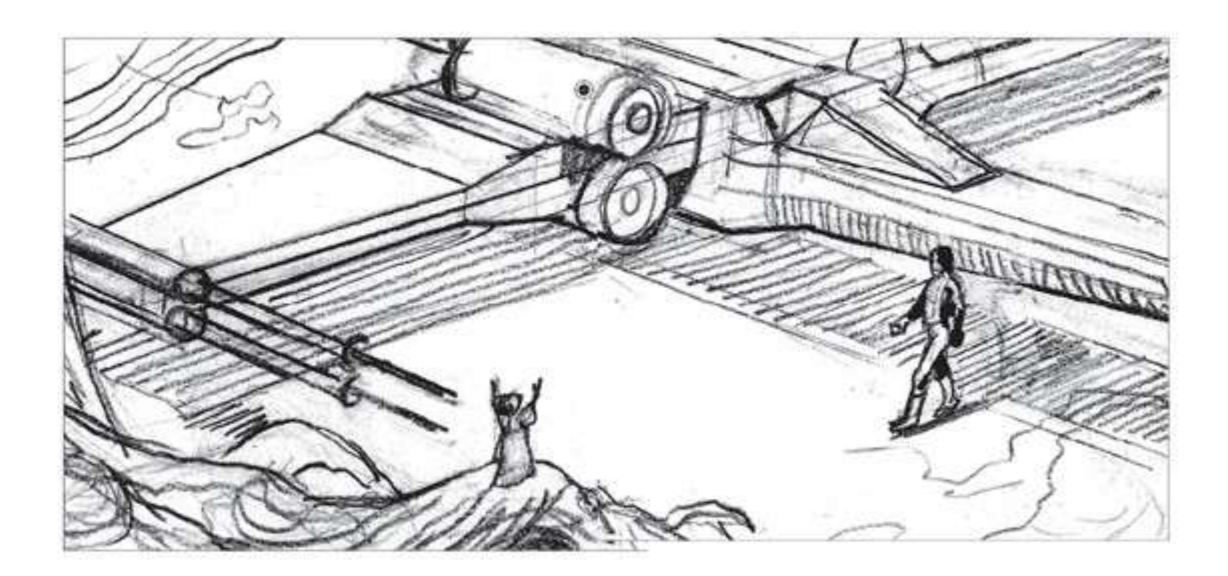
—La luz de una vela ves. La vela que escondo entre mis manos. La vela revelo yo. ¿Diferente es la luz? No. Una luz. Separada por mi mano.

Voltea a ver el pantano.

—Lo mismo contigo y la nave. Uno son. Sólo separados están.

Tus hombros están débiles. Estás tan confundido, tan cansado.

—No lo sé —dices—. Creo que estás describiendo algo imposible.



Yoda sacude la cabeza. Cierra los ojos y estira su pequeña y atrofiada mano. Unos pájaros cantan en los viejos árboles. El bosque es espeso y está en calma. Tranquilamente, con una expresión relajada y pacífica, el pequeño Yoda levanta la mano.

La X-Wing empieza a levantarse, más y más y más… hasta salir del pantano. Diez toneladas métricas de acero y circuitos flotan sobre la superficie del agua, y luego se transportan lenta y firmemente hasta la orilla. Yoda, con sus trece kilogramos de peso, baja la mano, y la nave queda aposentada sobre la orilla, cubierta de musgo y raíces.

—Yo… —tartamudeas—. No puedo creerlo…

Yoda asiente.

—Por eso no lo consigues.

LECCIÓN XI:
NO TE PARES DE MANOS NI INTENTES LEVANTAR PIEDRAS

No te preocupes, joven discípulo. No te pediré que te pares de manos e intentes levantar piedras, o que levantes una nave con tu mente.

Digo, sería genial. Si puedes hacerlo, adelante.

Pero no espero que lo hagas.

En lugar de eso, intenta esto: primero, medita por diez segundos. Luego, párate sobre un pie. O pon un libro sobre tu cabeza.

Cuenta hasta diez.

¿De acuerdo? Ahora, sin perder el equilibrio, repite tu número telefónico, al revés.

¿Puedes hacerlo? Si es así, mantén el equilibrio, o el libro, y ahora deletrea tu nombre al revés.

Enseguida, si estás en un lugar con suficiente espacio, párate en un pie y pon un libro sobre tu cabeza al mismo tiempo, mientras deletreas tu nombre *completo* al revés.

No te dejes dominar por la frustración. Respira. Utiliza la meditación instantánea para mantener la calma.

Si esto te resulta difícil, no te preocupes. Sólo sigue haciéndolo. Recuerda, no *intentes* hacerlo; sólo *hazlo* una, y otra y otra vez, hasta que deje de ser tan difícil. Hasta que puedas balancearte sobre un pie, equilibrar un libro sobre tu cabeza y deletrear tu nombre completo al revés, todo con una sonrisa.

Tal vez entonces estés listo para mover piedras y naves espaciales con tu mente.

Tal vez.

CAPÍTULO DIECISIETE



TUS OJOS ESTÁN CERRADOS. Tu respiración entra y sale de tu cuerpo, silbando. Como agua que corre a través de una tubería muy delgada. Las comisuras de tu boca se levantan. Se siente bien estar en paz.

Los sonidos y los olores de Dagobah estallan en tu rededor. Un pájaro te anuncia con el eco de su rasposo graznido que el árbol que está veinte pasos adelante de ti y cuarenta pasos a la izquierda es *su* árbol. Y que no se te olvide. Desde luego, no puedes ver al pájaro, ni el árbol, porque tus ojos están cerrados. Pero puedes escucharlo y sentirlo, e intentas decirle: «De acuerdo, es tu árbol. Disfrútalo».

Llovió anoche, y el olor de la tierra es muy intenso, lleno de todas las plantas y gusanos y milpiés a los que les encanta la tierra húmeda. Se agitan sin parar para sanear el terreno de sus pequeñas granjas subterráneas. Puedes sentir a cada uno de ellos.

—Bien —dice Yoda—. Bien. *Siente*. Percibe. Huele. Oye. Mmm. Tus ojos cerrados debes mantener. Una prueba te haré ahora. Calmado debes permanecer. Quieto debes estar. Sosteniendo algo estoy. Siéntelo y dime.

Exhalas por la nariz, dejando escapar tu respiración fluida y plateada. Inhalas otra vez.

Sus manos están estiradas. Hay algo sobre su mano. Puedes escuchar su veloz palpitar. Así que está vivo. Y es pequeño. La última vez fue un ratón, así que tal vez esta vez… no, no lo *pienses*. Sólo *siéntelo*. La criatura está acostada, su vientre…

—¡Luke! —exclama Yoda.

Sonríes. Está intentando distraerte.

—¡Abrir los ojos debes!

Sacudes la cabeza y te obligas a concentrarte en la mano estirada de Yoda. ¿Dónde está su mano estirada? ¿La movió? Tu sonrisa se desvanece. Estás intentando concentrarte.

—¡Luke!

Sientes cómo te mueven de atrás hacia delante. Yoda te está jalando de la camisa y sacudiéndote.

Te ríes en silencio.

—Oh, no, Maestro. Me dijo que mantuviera los ojos cerrados. Aunque fue un buen intento. Tiene un animal pequeño en la mano y voy a sentir cuál es.

—¡Sentir lo que viene de la jungla deberías!

Tu sonrisa desaparece otra vez. Pero tus ojos siguen cerrados. Diriges tu atención al bosque. Un estampido a lo lejos, seguido del ruido de ramas que se rompen y arbustos siendo aplastados. De nuevo. Y de nuevo.

—Es un… —dices—. Es un…

—¡Mantén los ojos cerrados si quieres! —vocifera Yoda—. ¡Yo correré!

Se te abren las pupilas.

Quedas boquiabierto.

De entre los árboles, dirigiéndose hacia ti, sale un enorme elephoth.

Tiene la piel verde y tan gruesa como una armadura. De su boca salen dos gruesos colmillos, como los blásteres de un caminante; son verdosos y están cubiertos de musgo y lianas, como árboles caídos. Tiene dos trompas que le sobresalen de la cara y se retuercen como serpientes furiosas.

El elephoth es tan alto como un árbol pequeño, y probablemente pesa lo mismo que tu X-Wing. Sus patas son gruesas y redondas como los troncos de un carpe. Sus pequeños ojos rojos miran furiosos a todas partes.

Volteas hacia atrás y ves cómo Yoda se aleja dando saltos sobre troncos caídos lo más rápido que puede. Es bastante ágil.

Volteas a ver al elephoth de nuevo.

Y entonces piensas en R2. Le está haciendo una especie de mantenimiento a su memoria central. Te das la vuelta. Hay luces intermitentes por todo su cuerpo, pero sus procesadores de audio e imagen deben estar temporalmente desactivados, de otro modo ya habría empezado a gritarte groserías. Si hubiera visto al elephoth, habría inventado nuevas groserías que gritar.

Volteas de nuevo hacia la bestia enfurecida. Avanza con fuertes pisotones y está el doble de cerca que antes. ¿Podrías correr más rápido que él? Tal vez, pero no si tienes que cargar a R2.

Así que buscas tu sable de luz. Lo enciendes.

La luz azul se refleja en los pequeños ojos rojos del elephoth. Retrocede como un árbol que recoge sus raíces, y emite dos chillidos: uno de cada trompa, en perfecta armonía. El sonido hace eco por la jungla.

Respiras. Te enderezas. Sonríes. Escuchas. Sientes. Percibes. Levantas la hoja vibrante de tu sable.

Y luego oyes otro estruendo, con la misma armonía distintiva de las trompas del elephoth. Pero este sonido es más agudo y está más alejado.

El chillido enfurece al elephoth frente a ti. Retrocede de nuevo y luego avanza con todas sus fuerzas.

—*¡Biiiiiiiiip! ¡Biiiiiiiip bip bip bup bip bup!*

R2 despertó. Genial.

—*¡Bip bip buuuuuup!*

Tratas de enfocarte en el elephoth de nuevo, y no en las innombrables cosas que R2 emite desde sus bocinas.

El elephoth viene hacia ti. Tomas tu sable de luz. Está a diez metros de ti.

Ocho.

Seis.

Cuatro.

Casi lo suficientemente cerca como para ser alcanzado por la hoja de láser.

Dos metros.

Saltas hacia la derecha, blandiendo el sable de luz sobre tu cabeza.

El enfurecido elephoth te sigue.

Saltas sobre un tronco caído y plantas los pies sobre una piedra plana. Después, saltas sobre un área sucia, cubierta de musgo muy espeso, y empiezas a correr sin dejar de blandir el sable de luz sobre tu cabeza.

No hace falta voltear hacia atrás. Sientes al elephoth siguiéndote. Y lo oyes. Es bastante escandaloso.

Frente a ti hay unas zarzas enredadas. Las rebanas con tu espada y las atraviesas corriendo. El elephoth ruge otra vez con las dos trompas. En algún lado frente a ti, alguien responde al rugido. El sonido de los enormes pasos de la bestia empiezan a quedarse atrás, poco a poco.

Cuatro metros.

Seis metros.

Ocho.

Desaceleras.

Ocho metros.

Seis.

De acuerdo, eso es bastante cerca.

Hay un barranco frente a ti. Puedes verlo, cubierto de helechos, lianas y árboles medio podridos que, de algún modo, siguen en pie.

Rodeas un tronco caído. No tienes ningún problema para determinar cuál es el tronco bueno. Tan pronto como saltas del tronco, el elephoth lo pisa y lo despedaza. Las astillas salen volando por el aire. Mueves tu cabeza a la izquierda para esquivar un gran pedazo de madera que pasa volando junto a tu oreja. Desde atrás. Lo sentiste antes de que pasara. Tratas de no sonreír.

Llegas a la orilla del barranco. Las lianas cuelgan como un carcaj de flechas. Hay una liana fuerte entre el montón. Una liana buena y resistente, lista y dispuesta a soportar tu peso. La ignoras. Apagas tu sable de luz, lo envainas y te deslizas por el borde del barranco.

El elephoth desacelera. No le gustan las pendientes pronunciadas. No habías considerado eso. Detienes la caída con tus pies, descendiendo por la pendiente. Sacas tu sable de luz.

Lo enciendes y lo blandes por encima de tu cabeza. La respuesta es el mismo llamado frenético en dos tonos del elephoth, y proviene desde abajo del barranco. Por encima de ti, responden al llamado.

Y luego, un estruendo. La gran bestia con colmillos como troncos de árbol baja por la pendiente detrás de ti.

Doce metros.

Seis.

Dos.

Plantas bien los pies y te impulsas lejos de la pared del barranco, precipitándote sobre el espacio del mismo. Agitas los brazos, pataleas, y tu cabello vuela en el viento, antes de estrellarte contra la pared de enfrente, la cual está a unos diez metros de distancia. No sabías que podías saltar diez metros de distancia. Resulta que sí puedes.

Tu mejilla golpea la tierra cubierta de raíces y ramas entretejidas. De pronto, tu rededor explota. Te agarras de la tierra y te das la vuelta.

El elephoth se ha tambaleado hasta el fondo del barranco. Sus colmillos están cubiertos con la mitad del bosque que tú recorriste para escapar de él. Pero está más tranquilo porque a su lado hay un elephoth mucho más pequeño. El elephoth pequeño frota su cabeza en forma de domo contra el costado de su madre. Y ella le examina la cara con sus enormes trompas.

Sonríes, te pones de pie y escalas por el costado del barranco.

Al llegar a la cima de la pendiente, Yoda está sentado en un tocón, observando a los dos elephoths.

Lo ves, esperando a que diga algo.

—La próxima vez que te diga que abras los ojos, escucharme tal vez debas —dice. Luego se baja del tocón y se aleja cojeando hacia su casa.

Va riendo en silencio.

LECCIÓN ÓMICRON:
ESTAR ATENTO A TODO NO ES FÁCIL

Necesitarás que alguien te ayude para esto.

Quiero que te pares sobre un pie, o que equilibres un libro en la cabeza. Respira. Medita por diez segundos.

Ahora, mientras mantienes el equilibrio, tu asistente te leerá la siguiente adivinanza. No debes leerla antes de empezar. El punto de este ejercicio es que te concentres, te relajes y pienses con claridad, mientras mantienes el equilibrio en un pie o equilibras el libro en la cabeza.

De acuerdo. Ponte en posición.

Medita.

Hola, asistente. Esta es la adivinanza. Léela en voz alta.

Un autobús sigue su ruta habitual. En la primera parada, recoge a diez pasajeros.

En la segunda parada, el gran autobús blanco se detiene con un rechinido, abre las puertas, deja a dos pasajeros y recoge a cuatro más.

En la tercera parada, sus frenos rechinan, deja a dos pasajeros más y recoge a seis.

En su cuarta parada, sisea al detenerse. Las puertas se abren de golpe. Nadie se baja, y suben cuatro personas.

En su quinta parada, con el sol reflejado en su parabrisas, cinco personas suben y seis personas bajan.

¿De acuerdo? ¿Registraste todo?

¿De qué color era el autobús?

¿No sabes? Mantén el equilibrio y pide a tu asistente que te lea la adivinanza otra vez.

¿Ya lo hizo?

De acuerdo, esta vez la pregunta es: ¿cuántas personas se bajaron del autobús en la cuarta parada?

¿No sabes? Última oportunidad. Pide que te lean la adivinanza una vez más.

Ahora: ¿cuántas personas quedan en el autobús después de la quinta parada?

Sé que esta prueba parece cruel. ¡Tienes que estar atento a muchas cosas! Pero, cuando te persigue un elephoth furioso o, peor, cuando estás peleando contra un Lord Sith, tienes que estar atento a muchas cosas al mismo tiempo. Y mantenerte tranquilo, sensible y paciente en todo momento.

Te lo advertí. Ser un jedi no es fácil.

CAPÍTULO DIECIOCHO



—BIEN, BIEN —murmura Yoda—. Siente la Fuerza fluyendo dentro y fuera de ti, como tu respiración. Calmado. Sí. A través de la Fuerza, cosas podrás ver. Otros lugares. El futuro…, el pasado…, viejos amigos… ya desaparecidos…

Tus piernas están cruzadas y tus ojos, cerrados. Estás afuera de su pequeña casa. El aire es cálido y húmedo. Respiras. Sólo escuchas a Yoda y tu respiración.

—Pero cuidado con estas visiones debes tener —sigue—. Controlar el futuro no puedes. Se mueve. Podemos tratar de cambiarlo, pero pequeños somos; y algunas veces empujamos hacia un lado, mientras el futuro hacia otro lado va —la jungla se siente silenciosa. No *suena* el silencio; se *siente* en silencio—. Nunca esto entendió Vader.

Abres los ojos de golpe.

—Calma… —te advierte Yoda—. Respirar debes, y escuchar.

Cierras los ojos de nuevo.

—El futuro vio Vader —continúa—, pero controlarlo él intentó. Ira sintió, y miedo. Lo llevó al Lado Oscuro. Camino rápido. Camino fácil. Pero no un buen camino.

Yoda se ríe. No sabes por qué. Abres los ojos y volteas a ver su cuerpo retorcido y marchito. Su sonrisa es tan serena como la puesta de sol doble en Tatooine.

—Una historia escuché una vez —continúa—, de mi maestro. Cierta o no, no lo sé. Pero buena historia es. Escucharla debes.

Yoda cierra los ojos, inhala lentamente y empieza:

—Hubo una vez un jedi llamado K’ungfu. Sabio era K’ungfu, y fuerte. Pero, en esos tiempos, ninguno era más sabio ni más fuerte que el gran Maestro Jedi Chuang.

Un día, se enteró K’ungfu de que el aprendiz del Maestro Chuang había muerto. Así que el Maestro K’ungfu envió un mensajero a Chuang, para sus condolencias dar.

Pero, cuando llegó, el mensajero encontró al Gran Maestro Jedi ¡riendo! Con sus amigos él estaba. Tocando música, cantando, bromeando. Ahí, el cuerpo del aprendiz de Chuang yacía, ¡y Chuang reía!

Molesto el mensajero estaba.

«¿Es así —preguntó— como se comporta un gran jedi cuando su aprendiz muere?».

Al mensajero, el Gran Maestro Jedi respondió:

«¿Golpear mi cabeza debería? ¿Rasgar mi ropa debería? ¿Llorar y lamentarme en las calles debería? La Fuerza se ha movido. Tenía antes la forma de mi aprendiz. Ahora, diferente mi aprendiz se ve. Quieto. Callado. Pronto, parte de la tierra será. ¿Enojado debería estar? ¿Menos complacido está mi aprendiz al ser una parte distinta de la Fuerza? ¿Siendo árboles que crecen, o las olas del mar que danzan y el rugir del viento? Si él está complacido, ¿por qué debería yo llorar? Y si yo he de cambiar», siguió diciendo el Gran Maestro Jedi, «… si se me encorvara la espalda, si se me cayera el pelo, si se me colgara

la piel como una bolsa o, peor, si mi codo se transformara en un gallo y mi rodilla en un gato, ¿debería llorar entonces? No. Debería admirarme por los milagrosos cambios que la Fuerza ha forjado. Elegir no debo yo lo que me pasa, o a mi aprendiz. Así que llorar no debo. Mejor cantar».

Regresó el mensajero con el Maestro K'ungfu.

Después de que el mensajero relató lo que el Gran Maestro Jedi dijo, K'ungfu cerró los ojos.

«Desde luego», dijo, sonriendo y asintiendo. «Mucho que aprender tengo».

Yoda deja de hablar.

En este momento, te viene algo a la mente. Una visión. Una horrible visión. Abres los ojos de golpe. Yoda te está observando con curiosidad.

—¡Han! —exclamas—. ¡Leia!

La expresión en la cara de Yoda se cae.

—¡Los veo! —continúas.

Y así es; los ves y están sufriendo.

Los están torturando. Leia grita. Sus ojos saltan de su cabeza por el dolor. Han también sufre: su espalda está arqueada, su cuello está a punto de quebrarse.

—Es el futuro lo que ves —murmura Yoda—. Un futuro.

—¡Tengo que ayudarlos! —exclamas.

Yoda sacude la cabeza.

—No me oyes.

—¡Tengo que ir a buscarlos! ¡Tengo que salvarlos!

Yoda hace una pausa.

—Decidir debes cómo servirles mejor. Si te marchas ahora, ayudarlos podrías. Pero probable es que destruyas todo el trabajo que hicimos; todo por lo que ellos lucharon y sufrieron. La causa. La Rebelión. Su batalla contra el Emperador. Todo estará perdido. Aunque a salvo podrían estar.

Te quedas mirando al pequeño Maestro Jedi. Tienes los ojos enrojecidos.

De pronto, el silencio de la jungla muere y es reemplazado por un desorden de sonidos.

LECCIÓN PI:
DECISIONES DIFÍCILES

Cuando te hice el cuestionario de opción múltiple, unas cuantas lecciones atrás, te dije que los jedi no actúan de manera hipotética. Te dije que no podías elegir entre sentarte con tu amigo, ayudar al chico nuevo o sentarte con la persona solitaria. Tenías que hacerlo todo.

Lo cual era cierto.

Pero hay momentos, momentos escasos, en los que no puedes hacerlo todo; cuando tienes que elegir entre dos opciones malas. Opciones malas como:

1) dejar que tus amigos sufran y tal vez mueran.

2) tratar de salvarlos, pero no tener la suficiente habilidad para enfrentarte a Vader y no ser lo suficientemente fuerte como para resistir el Lado Oscuro. Lo cual podría resultar en la perdición de la galaxia; condenarla a la esclavitud durante cientos de años. Es una decisión difícil.

Pero hay situaciones más triviales que representan el mismo problema. Por ejemplo, vas de vacaciones con tu mejor amigo o amiga. Van a algún lugar genial, como un parque de diversiones o una montaña. Será el mejor viaje de sus vidas.

Pero también estás intentando cambiar de escuela para ir a un lugar con mejor nivel académico y profesores más interesantes. Y el examen de admisión está programado para una fecha que cae en medio del viaje.

¿Qué harías?

¿Decepcionarías a tu amigo y tomarías el examen?

¿O harías a un lado tu sueño de ir a esta nueva escuela y te irías de vacaciones con tu amigo?

No hay respuesta correcta.

Pero las decisiones que tomas te definen.

Y también pueden definir la historia.

CAPÍTULO DIECINUEVE



ES DE NOCHE. Las luces de la X-Wing brillan con una luz tenue, que contrasta con la penumbra del pantano. R2-D2 revisa las indicaciones en varias pantallas, mientras emite *bips* y chirridos. No le gusta nada Dagobah. Mientras tanto, estás empacando tus pertenencias en la bodega de carga.

La cara arrugada de Yoda se ve incómoda.

—¡Luke, por favor! ¡Completar el entrenamiento debes!

Sacudes la cabeza. La visión se niega a salir de tu mente.

Son tus mejores amigos sufriendo terriblemente. Sollozando. Gritando.

—¡Irte aún no debes! —insiste Yoda. La profunda sombra de la noche envuelve su pequeña figura.

—Morirán si no voy.

De pronto, otra voz te contesta. Una voz profunda, amable y comprensiva.

Es la voz de Ben.

—Eso no lo sabes, Luke.

Te das la vuelta y lo ves. Está parado junto a Yoda y resplandece.

—¡Ben! —exclamas—. ¿Estás…, no estás…?

Obi-Wan Kenobi sonríe.

—Sigo siendo parte de la Fuerza. Aprendiste, mediante tu entrenamiento, a verme.

Lo miras fijamente, absorto en la visión de tu primer maestro, tu amigo.

—Por favor, Luke —te dice—. Por favor escucha a Yoda.

Tus hombros se encorvan. No lo entiende. Es igual a Yoda.

—¡Puedo ayudarlos! ¡Puedo sentir la Fuerza!

—Pero no puedes controlarla. Y lo que es más importante, no puedes controlar tus sentimientos.

Los ojos de Ben están ansiosos; puedes verlo, incluso a través de su brillo extraterrenal.

—Este es un momento peligroso para ti —continúa—. Te sentirás tentado por el lado oscuro de la Fuerza.

—¡Sí! —concuerda Yoda—. ¡A Obi-Wan escucha! ¡Recuerda tu fracaso en la cueva!

—Pero he aprendido mucho desde entonces.

—Luke, eres *tú* lo que el Emperador quiere. Por eso está torturando a tus amigos —dice Ben. Su voz es áspera y grave.

Te detienes para pensar en eso. ¿El Emperador te quiere a ti? Una extraña mezcla de miedo y algo más se mueve dentro de ti, tomando forma en tu corazón.

Yoda y Obi-Wan te observan.

—Luke —dice Ben—, no quiero perderte del mismo modo en que perdí a Vader.

Miras sus ojos viejos y tristes. Sientes cómo lo que se formaba en tu corazón empieza a desvanecerse. Y lo sustituye el amor que sientes por el hombre mayor que te entrenó y dio su vida por la tuya. Miras a Yoda. Yoda, para quien no existe distinción entre un ratón y una nave espacial; quien dedicó su vida a entrenar jedis para que se ayudaran los unos a los otros. Yoda, quien tiene demasiada paciencia, mientras que tú no tienes nada de paciencia.

—No me perderán —les dices—. Lo prometo.

—Deben ser detenidos —dice Yoda—. De esto todo depende. Si eliges el sendero rápido y fácil, como lo hizo Vader, caerás bajo su control y del mal un agente serás.

—Si eliges enfrentar a Vader —dice Ben—, deberás hacerlo solo. Yo no puedo ayudarte.

—Lo entiendo —dices, mientras asientes con la cabeza—. R2, enciende los convertidores.

El pequeño droide silba felizmente.

—¡Luke! —dice Ben, lleno de desesperación—. ¡No te dejes vencer por el orgullo, el miedo o el odio! ¡Esos sentimientos conducen al Lado Oscuro!

Subes al ala de tu nave e introduces una pierna en la cabina de mando.

—Fuerte es Vader —dice Yoda—. Recuerda lo que aprendiste; salvarte podrá.

—Lo recordaré —dices, mientras te acomodas en el asiento del piloto—. Y regresaré a completar mi entrenamiento. Lo prometo.

Pero, en realidad, ya tienes otra cosa en mente. Piensas en Han y en Leia. En el Emperador. En Vader.

Enciendes un interruptor. La escotilla de la cabina empieza a cerrarse.

Afuera de la nave, Yoda le dice algo a Ben en voz baja:

—Te lo dije: imprudente es él. Ahora, las cosas están peor.

—El chico es nuestra última esperanza —responde Ben.

Mientras la nave se eleva rumbo al cielo, Yoda la sigue con su mirada.

—No… —dice por fin—. Queda otra.


PLANETAS
EXTRAÑOS
PARTE II

CAPÍTULO VEINTE



EL *HALCÓN MILENARIO* sale disparado de la atmósfera de Hoth y se dirige en línea recta al destructor estelar imperial.

Esto no es tanto como si un ratón corriese hacia un tigre, es más bien como un conejo tonto y tuerto corriendo hacia un tigre.

—Eh, ¿Han…? —murmura Leia, agachada sobre el hombro de Han Solo.

Han la ignora.

—Chewie, prepárate para dar el salto a la velocidad de la luz.

C-3PO, que ha intentado llamar la atención de Han desde que salieron del hangar de la base rebelde, lo vuelve a intentar.

—¡Pero, señor!

Dos disparos láser salen del destructor y pasan volando junto al casco del *Halcón Milenario.* Cuatro cazas imperiales más pequeños, TIE, se desprenden de una formación cercana y se dirigen de inmediato hacia la nave de Solo.

El tigre viene con amigos. Eso no parece muy justo que digamos.

—Ya vienen… —murmura Leia.

Han sólo sonríe.

—¿Ah sí? ¡Mira esto!

Enciende el hiperimpulsor y se da la vuelta para ver cómo pasan centellando las estrellas mientras la nave sale disparada hacia el hiperespacio.

Pero las estrellas no pasan centellando. Sólo se quedan ahí, brillantes y estáticas.

—¿Mirar qué?

Han enciende el propulsor de nuevo. Nada.

—Creo que estamos en problemas —dice en voz baja.

—Si me permite decirlo —interviene C3-PO—, me percaté antes de que el motivador del hiperimpulsor fue dañado. ¡Es imposible entrar a la velocidad de la luz!

—¡Estamos en problemas! —grita Han.

Varias explosiones sacuden la nave, mientras las cuatro naves TIE se acercan. Han toma la columna de dirección, gira el *Halcón* rápidamente y dispara.

Pero los cazas TIE les pisan los talones.

Detrás de estas naves, el destructor estelar imperial se mueve con pesadez, siguiéndolos y alistando sus cañones.

Han salta del asiento del capitán.

—¡Toma el mando! —le grita a Leia.

—¿Qué?

Él la ignora y corre hacia el puerto mecánico, donde Chewbacca ya se encuentra jalando cables y llorando de confusión. (Eso suena algo así: «¡arrrrraaaaragh!»).

Leia observa cómo la columna de dirección vira hacia la izquierda.

—¡Ay! —exclama Han.

Así que la princesa se desliza en el asiento y empuja hacia la izquierda, dando un giro exagerado.

—¡Ay! —vuelve a exclamar Han, mientras choca con Chewbacca y le cae una lluvia de chispas en la cabeza desaliñada.

Las naves TIE se reacomodan y siguen el curso de Leia, mientras sus blásteres no dejan de disparar a la nave pirata.

Leia baja en picada.

—¡Ay! —repite Han, mientras su cabeza choca contra el techo.

Las naves la siguen. Leia se eleva.

—¡Ay! —vuelve a repetir Han, mientras cae al suelo.

Leia sonríe.

El *Halcón* se eleva, se eleva y se eleva, y… luego se impacta violentamente.

—*¡Arrrarraaraaragh!*

—¡Eso no fue un láser! —grita Han—. Algo nos golpeó.

Balbucea algo sobre «mujeres piloto» y regresa corriendo a la cabina de mando.

—¿Qué rayos haces, prince…? —se detiene a la mitad de la oración. Y entonces, lo ve.

—¡Campo de asteroides! —exclama Leia con severidad.

Y así es, justo frente a la nave, tan lejos como cualquiera de ellos alcanza a ver, hay millones de rocas espaciales. Algunas son grandes; otras, chicas. Y otras, del tamaño de una luna pequeña. Aproximadamente dos tercios de ellas son lo suficientemente grandes como para destruir una nave como el *Halcón Mile*nario de un solo impacto.

—Oh no… —murmura Han.

Se desliza al asiento del piloto, relevando a Leia de su deber, el cual, hay que decirlo, ejecutó de manera admirable, considerando que las naves TIE quedaron bastante atrás. Han observa la trampa mortal que se desenvuelve frente a ellos.

Las rocas flotan por ahí, mortíferas y silenciosas.

Y las naves TIE se están acercando.

Han empuja la columna de dirección hacia delante.

—¡Espera! —dice Leia—. No estarás pensando entrar al campo de asteroides, ¿o sí?

Han sonríe.

—Estarían locos si intentaran seguirnos, ¿verdad?

Chewie aparece en la entrada de la cabina. Y, al ver el curso que piensa seguir el capitán, aúlla.

Leia acerca su cabeza a la de Han y susurra furiosamente en su oído:

—¡No tienes que hacer esto para impresionarme!

—¡Señor! —exclama frenéticamente C-3PO—. ¡Las probabilidades de cruzar exitosamente un campo de asteroides son alrededor de 3,720 a 1!

Como si quisiera corroborar la observación que acaba de hacer el droide, la primera de las naves TIE que los venían siguiendo se estrella de frente contra un asteroide y explota.

Han aprieta la mandíbula.

—Nunca me hables de probabilidades…

Los asteroides giran y bailan alrededor como si formaran un ballet cósmico muy caótico. Alguien que apreciara la belleza de la Fuerza probablemente disfrutaría al observar cómo pasan girando y volando las rocas especiales junto al *Halcón Milenario*. Por otro lado, Han, Leia, Chewie y C-3PO hacen un gran esfuerzo por no ensuciar sus pantalones. Excepto, claro, por el hecho de que Chewie y C-3PO no llevan pantalones.

Detrás de ellos, otra de las naves se estrella contra otro asteroide y se convierte en una tumba ardiente y efímera.

—Bueno, princesa —suspira Han—, dijiste que te gustaría estar cerca cuando cometiera un error. Esta podría ser tu oportunidad.

—¡Retiro lo dicho! —exclama Leia, mientras un pequeño asteroide rebota en el casco de la nave con un crujido espantoso—. ¡Retiro lo dicho!

Debajo de ellos, pasa flotando uno de los asteroides enormes, silencioso e inexorable como la mismísima muerte. Han voltea a verlo.

—Voy a acercar la nave a uno de los grandes.

—¡¿Acercarla?! —exclaman Leia, C-3PO y Chewie al mismo tiempo. Claro que el «¡¿Acercarla?!» de Chewie se escucha más bien como: «*¡¿Aaarararararagh?!*».

El *Halcón Milenario* baja en picada, y las TIE lo siguen. Pronto, la nave de Solo se encuentra volando sobre la rocosa superficie de uno de los asteroides tamaño luna, con las naves TIE detrás. El *Halcón* pasa volando sobre la orilla de un precipicio azulado, y luego baja en picada por un cañón. Las naves lanzan disparos ocasionales al azar, mientras tratan de emular el peligroso curso de Han.

—¡Oh, esto es suicidio! —grita C-3PO.

Y luego…, se acabó.

El cañón, claro; sólo queda frente a ellos una pared de piedra azul.

—¡Agárrense! —grita Han, demasiado tarde.

El *Halcón* da una violenta voltereta. Los pasajeros rebotan. El vientre de la nave pasa raspando la pared azul del asteroide. Han lucha con los controles, tratando de elevar la nave más y más, hasta alcanzar el cielo oscuro que se encuentra sobre ellos.

Debajo, las naves TIE se impactan contra la pared y… explotan.

C-3PO y Leia se levantan y se agarran firmemente de las paredes de la nave. El *Halcón* empieza a dar una voltereta lenta. Ambos se deslizan por las paredes hasta quedar embarrados en el techo, y luego vuelven a deslizarse hasta el suelo.

—Me encanta cuando conduces —dice Leia de rodillas.

—Sí —dice Han—. Esa se ve bastante bien.

—¿Qué es lo que se ve bastante bien?

C-3PO, sentado, dice:

—No he registrado ni una cosa buena respecto a esta situación, señor. Del número total de situaciones que me tocó vivir, que es ocho millones trescientas mil…

—*¡Aaarararagh!* —dice Chewbacca. Eso, traducido, significa algo como: «¡Cállate!».

Ahora, el *Halcón* regresa al asteroide. En la superficie hay una pequeña cueva oscura.

Han se dirige de inmediato a ella.

—¡No! —dice Leia.

—¡Sí! —dice Han.

—Espero que sepas lo que haces —murmura ella.

—Sí… —responde Han—. También yo.

Un instante después, el *Halcón Milenario* desaparece en el interior de la cueva, sobre la superficie del asteroide.

LECCIÓN RO:
NAVEGANDO A TRAVÉS DE UN CAMPO DE ASTEROIDES

Esta prueba tienes que hacerla en una habitación propia, porque tendrás que desordenarla. Pon todos los objetos que encuentres sobre el suelo. Juguetes, libros, almohadas, lo que sea. Si estás afuera, puedes usar piedras, ramas y mochilas.

Ahora, párate sobre un pie. Respira. Siente cómo pasa la respiración por tu nariz, entra por tu garganta, llega a tu estómago, luego hasta la pierna que tienes plantada sobre el suelo y finalmente hasta la tierra.

Cuando te sientas bien anclado, empieza a saltar. Salta de un lado de la habitación al otro sin tocar nada, incluyendo los objetos que están esparcidos sobre el suelo.

Ya sea que estés en medio de un campo de asteroides o en la jungla de Dagobah, como jedi debes sentir todo lo que tienes a tu alrededor; debes procesarlo en tu mente y responder a dichos estímulos como si fueran parte de tu propio cuerpo. Después de todo, según Yoda, lo son.

Si esta prueba te parece demasiado fácil, intenta hacerla con los ojos cerrados.

CAPÍTULO VEINTIUNO



EN EL ASTEROIDE, todo está oscuro como el interior de un tauntaun. Aunque no huele tan mal.

Un túnel, apenas lo suficientemente grande para el *Halcón Milenario*, lleva hasta el centro de la roca espacial azul.

Han lo sigue lentamente.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —susurra Leia.

—*Ararrraaaragh* —dice Chewie, que significa lo mismo.

—Necesitamos un lugar seguro para hacer algunas reparaciones. No podemos enfrentar a esos destructores estelares de nuevo sin el motivador de hiperimpulso.

La nave se interna más y más en la profundidad del asteroide. Es como entrar a un mundo nuevo. Un mundo nuevo donde no hay luz, ni sonido, ni sensación alguna.

C-3PO le informa a la tripulación que no existen registros oficiales sobre una exploración del centro de asteroides. Eso significa que esto podría ser peligroso.

A todos les parece un comentario de lo más revelador.

Han hace un aterrizaje brusco de la nave en medio de la oscuridad de la cueva.

—Oye, Chewie —dice, mientras se levanta del asiento del piloto—, ven a echarme una mano.

La nave espacial pirata se queda horas en la oscuridad, mientras Han y Chewbacca juntan cables y atornillan y desatornillan pernos que en realidad no reconocen. C-3PO intenta supervisarlos y no deja de dar consejos que no sirven para nada. Leia se queda en la cabina de mando y lee las indicaciones en las pantallas.

Después de un rato, Han regresa con ella a la cabina. C-3PO lo sigue, sin dejar de parlotear.

—Me pregunto, señor, si unir el cable de cobalto al cable carmesí fue una buena idea. No es que cuestione su autoridad, señor. Tal vez sólo su experiencia. Pero nunca su autoridad.

—De acuerdo —dice Han ignorando al droide y dirigiéndose a Leia—, voy a apagar el…

De pronto, la nave se sacude violentamente hacia la derecha. Los tres residentes de la cabina caen contra los parpadeantes paneles de control. El *Halcón* se estabiliza. Se levantan casi sin poder moverse ni respirar.

—Señor —informa C-3PO—, existen altas posibilidades de que el asteroide no sea del todo estable.

—¿No *del todo* estable? —responde Han—. Que gusto que estés aquí para decirnos estas cosas. ¡No del todo estable! Profesor, ¿por qué no va a ayudar a Chewie con el hiperimpulsor? Tal vez él aprecie su análisis.

C-3PO sale a tropiezos de la cabina, mientras balbucea algo sobre entender seis millones de idiomas, pero no haber logrado dominar del todo aquel que llaman «sarcasmo».

La nave se sacude de nuevo, esta vez más con más violencia. Han choca de nuevo contra el panel de control, y Leia acaba en sus brazos.

La nave se estabiliza. Él le sonríe.

—¡Suéltame! —espeta ella.

—No te emociones, princesa —responde él sin soltarla.

Ella lo empuja.

—Capitán, estar entre sus brazos no es suficiente motivo para emocionarme.

Lo que sigue parece ser coqueteo disfrazado de una pelea, o tal vez es una pelea disfrazada de coqueteo. Nunca fui muy bueno para diferenciarlos. En fin, esta parte es irrelevante para tu entrenamiento, así que me la saltaré. Basta decir que Han y Leia terminan besándose. Si ese tipo de cosas te interesan, puedes imaginártelo por ti mismo.

Y entonces, C-3PO interrumpe el beso con el anuncio de que Chewbacca ha logrado un avance en la reparación del motivador de hiperimpulso. Han casi desactiva al droide dorado y lo adhiere a la parte exterior del *Halcón Milenario* como una especie de adorno del toldo. Pero, en lugar de eso, decide seguir al droide hasta la bodega de máquinas de la nave para ver lo que Chewie ha hecho.

No pasan ni cinco minutos, cuando Leia grita desde la cabina. Han y Chewbacca llegan corriendo. La princesa está señalando algo en la oscuridad. Su cara está tan blanca como su túnica real.

—Hay algo… algo allá afuera…

Justo cuando acaba de decirlo, un objeto aterriza sobre alguna parte del *Halcón*. Han escucha.

Un sonido sale de la oscuridad.

Regular. Persistente. Se escucha como si algo estuviera mordisqueando la nave. Un panel de luces en la cabina parpadea y se apaga.

—Iré afuera —dice Han.

—¿Hablas en serio?

—Apenas logramos arreglar este montón de tornillos. No voy a dejar que algo lo despedace.

—O se lo coma… —murmura Leia.

Han sale de la cabina.

—¡Espera! —grita la princesa—. Voy contigo.

—*¡Aaarararararagh!* —dice Chewbacca, que significa: «¡Yo también!».

El desaliñado pirata espacial, la princesa y el trapeador andante se ponen máscaras de oxígeno, que les permiten respirar en la atmósfera casi inexistente del asteroide. Han baja la plancha, y él, Leia y Chewbacca descienden lentamente. Han lleva un bláster. Chewbacca trae su arc, que es como una ballesta que usa imanes para disparar rayos de

energía. (No cabe duda que deberías pedir uno de esos para tu próximo cumpleaños. Sé que yo lo haré).

Mientras el pequeño grupo se baja de la plancha de metal y pisa el suelo del asteroide, Leia dice:

—El ambiente está húmedo aquí afuera, y más cálido de lo que esperaba.

Han intenta ver algo en medio de la oscuridad, pero no distingue mucho. En la distancia, suena agua que corre.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto —susurra la princesa.

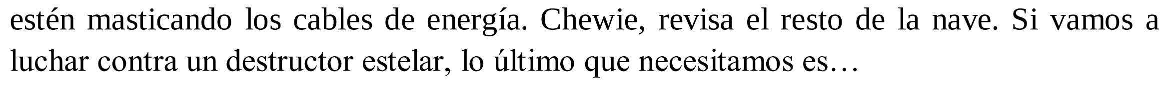
—No me imagino por qué —responde Han.



Chewbacca aúlla y señala la cabina de la nave. Una silueta de dos metros de largo se desliza por la parte superior del *Halcón*, como una barracuda nadando en las oscuras aguas de un arrecife.

Han se da la vuelta y lanza accidentalmente un disparo láser. La criatura emite un chillido, mientras bate sus curtidas alas en la oscuridad. El pirata espacial dispara otra vez. Entonces la criatura cae al suelo de la cueva. Solo, seguido por los otros, corre rápidamente hacia la arrugada figura; la patea con la bota, apartando una de sus enormes alas de su también enorme y retorcida cara de murciélago. Leia tiembla, al igual que Chewie.

—Justo lo que pensé —dice Han—. Mynocks. Probablemente estén masticando los cables de energía. Chewie, revisa el resto de la nave. Si vamos a luchar contra un destructor estelar, lo último que necesitamos es…



—¡Cuidado! —grita Leia.

Desde la oscuridad, sale toda una manada de ellos, chillando y enseñando los dientes, con sus narices chatas siseando y sus horribles ojos bien abiertos.

—¡Corran! —exclama Han disparando al enjambre de parásitos de sangre fría y alas curtidas.

Chewie y Leia corren hacia la rampa del *Halcón Milenario*. Han dispara otra vez, y esta vez su disparo le da al suelo de la cueva.

De pronto, el asteroide empieza a deslizarse nuevamente y a inclinarse hacia la derecha. Mientras la pequeña tripulación del *Halcón* trata de ponerse de pie, el enjambre

de mynocks comienza a atacarlos. Sus garras y succionadoras bocas arremeten contra ellos, jalándolos del cabello y la ropa, y arañándoles la piel.

Desesperado, Han mira a todas partes. Con un brazo, se cubre la cabeza. Con el otro, apunta su bláster hacia el suelo frente a él, que está duro, pero no duro como roca, según se percata Han. Dispara, y el asteroide vuelve a sacudirse.

—¡Hora de irse! —exclama.

Se las arreglan para llegar a tropezones hasta la rampa, batiendo frenéticamente los brazos y codos, así como sus blásteres y ballestas, para ahuyentar a los mynocks. Chewbacca se da la vuelta y pulveriza a un último mynock mientras la escotilla de la nave comienza a cerrarse.

Una vez que la escotilla está cerrada, Han corre como loco hacia la cabina de mando.

—¡Hay que salir de aquí!

—¡Las naves imperiales estarán esperándonos! —objeta Leia, corriendo detrás de él—. Es una verdadera…

—¡No hay tiempo para discutirlo en un comité, princesa! —responde Han—. ¡Chewie, enciende los motores!

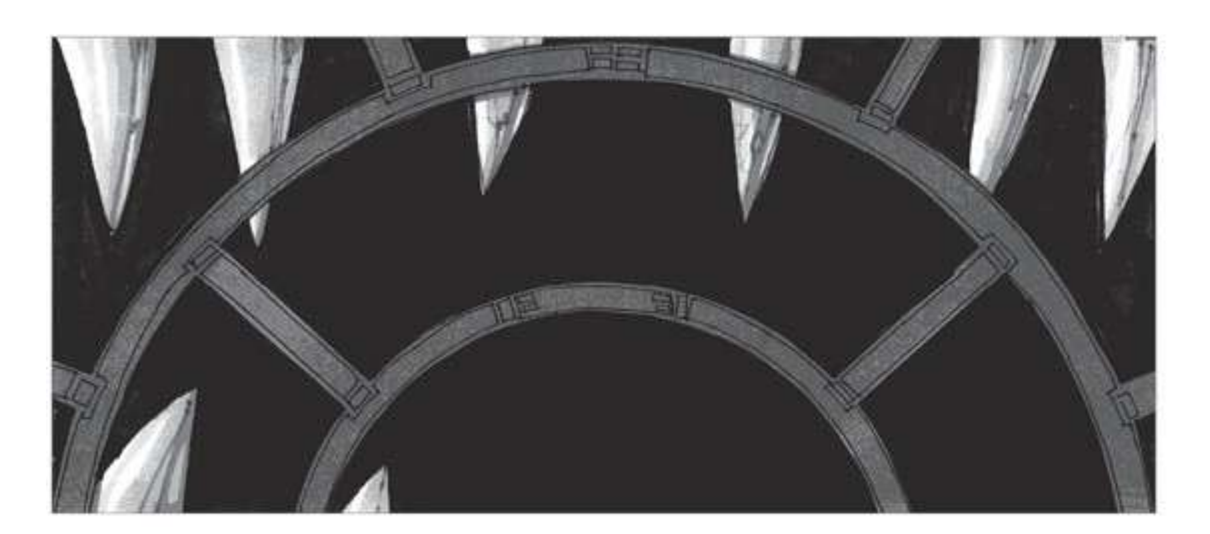
—¡Yo no soy un comité! —le grita Leia.

—Señor, en verdad creo que es momento de que consideremos emprender una retirada —dice C-3PO mientras entra tambaleándose a la cabina.

—¿Sabes, cubeta de tuercas?, creo que esta es la primera vez que estamos de acuerdo en algo. ¡Me alegra tanto!

—¡Oh! ¡A mí también, señor! ¡A mí también!

Han pone los ojos en blanco y activa los elevadores, entonces la nave se eleva desde el suelo de roca. Han presiona el acelerador, y el *Halcón* avanza a alta velocidad. Los lleva por las curvas del túnel, apretando la columna de dirección con tanta fuerza que sus dedos dejan marcas.



Chewbacca aúlla y apunta con el dedo. Ya alcanzan a ver estrellas de nuevo, que resaltan en el terciopelo negro del cielo nocturno. C-3PO se agita aún más.

—Mire, señor, es…

—¡Lo veo! —grita Han.

Una colección de estalactitas y estalagmitas que parecen dientes afilados empieza a cerrarse sobre la nave. Más allá, la vista del espacio empieza a menguar; las parpadeantes estrellas comienzan a quedar ocultas detrás de las rocas.

—¡La cueva se está derrumbando! —exclama Leia.

—¡Esto no es una cueva! —grita Han.

Es verdad. Lo que ven no son estalactitas y estalagmitas.

Son dientes.

La cueva no es una cueva. Es una boca. El túnel no era un túnel. Era una garganta. La garganta de algo. Algo enorme.

Mientras la enorme boca está a punto de cerrarse, el *Halcón*, no más grande que uno de los gigantescos dientes, sale disparado desde la oscuridad de la supuesta cueva hacia la oscuridad aún más profunda del espacio.

Detrás de ellos, una criatura monstruosa en forma de gusano, blanca, sin ojos y casi del tamaño del mismísimo destructor estelar, sale de un agujero del asteroide y trata de tragarse la nave.

El *Halcón* sale volando a toda velocidad. El zumbido que emite se escucha como un grito, igual que los gritos de todos los tripulantes.

Por suerte, la nave es lo suficientemente rápida para huir de las hambrientas mandíbulas del gusano (apenas).

El gusano, decepcionado, se desliza de regreso al interior del asteroide.

Mientras tanto, la nave va de vuelta al espacio.

Dentro de esta, bañado en sudor y sin aliento, Han lleva la nave y a su tripulación hasta la orilla del campo de asteroides.

Donde los esperan los destructores estelares.

LECCIÓN SIGMA:
EN LA OSCURIDAD

Vas a pedirle a alguien que vuelva a arrojarte objetos, e intentarás bloquearlos. Pero, esta vez, tendrás que hacerlo con los ojos cerrados.

Párate frente a la persona, cierra los ojos y respira. Escucha la habitación. Siéntela.

Cuando se lo indiques, la persona empezará a lanzar los objetos, con gentileza, hacia tu cara y tu pecho. Intentarás bloquearlos con las manos.

Escucha los objetos. Siéntelos.

No adivines. Siente.

No lo conseguirás; es posible que fracases más veces de las que acertarás. Está bien. No te sientas frustrado. Recuerda, la ira te lleva al Lado Oscuro.

Si logras mantener la calma durante esta actividad, eso tiene más valor que si logras evadir los objetos.

Claro que…, si logras hacer ambas cosas, vas por muy buen camino.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



LOS TRIPULANTES DEL *Halcón* se quedaron boquiabiertos al ver las enormes naves imperiales, así que sus corazones laten a toda velocidad. Todos, menos C-3PO, desde luego, quien, por cierto, considera que tanto la respiración como la circulación son acciones superfluas. Aun así, está más asustado que todos los demás juntos.

—De acuerdo —dice Han—, ¿listos para entrar a la velocidad luz?

—Cuando gustes… —murmura Leia.

Entonces, desde la oscuridad del espacio, un disparo láser sacude al *Halcón*: los vieron.

—¡Esperen! —grita Han—. Uno… dos…

Leia observa con preocupación, mientras otro disparo los alcanza.

—¡Tres!

Los cuatro viajeros espaciales observan expectantes las estrellas.

Nada. Otra vez.

—¡No es justo! —se queja Han.

El disparo sacude la nave, junto con todos los engranes, pernos y cilindros.

C-3PO se pone como loco.

—¡Señor, los escudos están a 40 por ciento! ¡Otro disparo como ese y estamos perdidos!

Han observa las indicaciones de su medidor.

—De acuerdo, Chewie. Dame toda la energía en el deflector delantero. Iremos hacia delante.

—¿Quieres *atacarlos?* —exclama Leia.

El *Halcón Milenario* se empuja contra el destructor estelar más cercano. Disparos de color verde brillante iluminan el espacio a su alrededor.

—¡Señor! Las probabilidades de sobrevivir a un ataque directo a un destructor estelar son…

—¡Cierra la boca! —grita Leia.

Pero, en caso de que quieras saberlo, las probabilidades de que el *Halcón* sobreviva a un ataque en contra del destructor estelar imperial son básicamente las mismas de que un conejito baboso y medio ciego sobreviva el ataque de un tigre hambriento. Más o menos.

La nave embiste al destructor y dispara sus láseres.

Este es un conejito muy valiente.

Desde el puente del destructor estelar imperial, el Capitán Needa, comandante del navío, sonríe.

—Ya los tenemos.

El *Halcón* vuela a toda velocidad por el espacio dirigiéndose, aparentemente, a la cubierta del puente. Se acerca más, y más y más…

—¡Fuego! —grita el capitán.

Disparan, pero el láser color rojo falla. El *Halcón* vuela demasiado rápido y demasiado bajo.

La cara de Needa palidece.

El *Halcón* se encuentra a cien metros de distancia. Ochenta. Sesenta. Cuarenta. Veinte.

—¡Agáchense! —grita el capitán, mientras se arroja al suelo. Como si eso sirviera de algo.

Aplasta la cara contra el frío y duro acero mientras aguarda el impacto.

Nada.

Cuando al fin levanta la mirada, el cielo está vacío. Lo único que hay es un millón de estrellas cristalinas.

—¿Dónde están? —grita Needa. Detrás de él, desesperados, sus tenientes revisan las indicaciones en la pantalla.

—¡No conseguimos encontrarlos, señor! Simplemente… ¡desaparecieron!

—¿Qué? ¡Tonterías! ¿Dónde están?

Pero la revisión de las indicaciones no arroja resultado alguno. El *Halcón* ya no está.



Una hora después, el valiente capitán Needa toma un transbordador que lo lleva desde su destructor estelar hasta la nave emblemática de la flota. Mientras desembarca, siente cómo el estómago se le hace un nudo. A continuación, escucha el eco de sus propios pasos sobre el brillante suelo de la nave imperial. Ha sido un buen capitán, según piensa de sí mismo. Todo estará bien.

Cuando llega al puente, se topa con Darth Vader, quien da órdenes a un variado grupo de criaturas espaciales. Hay un t-doshok, un gand y un ciborg corelliano, entre otros. Puede que no sepas cómo

lucen, pero, créeme, son muy extraños. Sólo imagínate a unos tipos raros, todos parados juntos y escuchando a Vader. Ah, sí…, también llevan armas. Muchas armas.

Además son cazadores de recompensas. Se especializan en rastrear a pilotos difíciles de encontrar, así como a sus naves.

En una esquina, separado del resto, se ve a un hombre en un maltratado y sucio traje espacial. Su nombre es Boba Fett. Conoce el *Halcón Milenario* desde sus días en Tatooine. Y sabe que el Imperio no es el único que quiere encontrarlo. Sabe que puede obtener una recompensa doble por encontrar esta nave. También conoce al capitán del *Halcón*, y cómo piensa.

Darth Vader detecta la presencia del capitán Needa. Entonces, deja de hablar.

—Lord Vader —empieza a decir el capitán. De repente, siente cómo su cuello empieza a apretarse.

«Cálmate», piensa.

Cuando el Lord Oscuro se da la vuelta, su capa se arrastra detrás de él, como una nube tormentosa que cubre al sol.

—¿Qué sucede, capitán?

—Los… —dice el capitán, tratando de no temblar—. Los perdimos.

El agarre que siente en la garganta no es menos doloroso por el hecho de ser invisible. El aire deja de fluir hacia sus pulmones. La sangre deja de circular en su cerebro. Su mirada se pone blanca hasta desvanecerse por completo…

—Disculpa aceptada —murmura Vader, y se da la vuelta para seguir hablando con los cazadores de recompensas. Enseguida, llegan los stormtroopers para deshacerse del cuerpo del Capitán Needa.

El *Halcón Milenario* se posa en la parte trasera del destructor estelar, la misma del excapitán Needa, justo tras la principal torre de radar, demasiado cerca como para que los vean. Hay un refrán que dice: «Mantén a tus amigos cerca, y a tus enemigos aún más». Han Solo está demostrando que ese proverbio es completamente verdadero.

—Bueno —admite Leia a regañadientes, mientras observa el cañón que estaría apuntando directamente hacia ellos si tan sólo su operador supiera dónde se encuentran ahora—, ese fue un truco genial.

—No sé de qué está hablando —se queja C-3PO—. Capitán Solo, ¡esta vez ha ido demasiado lejos!

—*¡Arararararrragh!*

—No, Chewbacca, ¡no guardaré silencio! Rendirse es una alternativa perfectamente aceptable en circunstancias extremas. Puede que el Imperio sea lo suficientemente benévolo como para…

Leia estira el brazo y apaga los altavoces de C-3PO. Este agita sus brazos furiosamente.

Han sonríe y se reclina en el asiento, con las manos detrás de la cabeza.

—Ahora —continúa la princesa—, ¿cómo salimos de aquí?

—A estos cruceros les gusta desechar basura espacial antes de dar el salto al hiperespacio. Esperaremos a que lo hagan y nos alejaremos flotando entre la basura.

—Una opción muy adecuada para esta nave… —murmura Leia.

—¡Oye!

—¿Y luego qué haremos? Asumiendo, claro, que tu camuflaje de basura funcione.

Han se inclina hacia delante.

—Después tenemos que encontrar un puerto seguro y cercano donde podamos terminar de hacer las reparaciones. ¿Alguna idea?

Chewbacca activa un mapa electrónico en el panel de control central de la nave. La pequeña tripulación lo observa. Han gruñe.

—El sistema Anoat. No hay nada por aquí más que colonias mineras y… —hace una pausa. De pronto, parece estar interesado en algo—. Y Lando.

—¿El Sistema Lando? —interviene Leia—. No me suena para nada.

—Lando no es un sistema. Es un hombre —responde Han, cada vez más convencido de la idea—. Lando Calrissian. Es un jugador de cartas, un apostador y un canalla. Te caerá bien.

—No me agradan los canallas.

—Yo te agrado.

—No, no es así.

Han la ignora.

—Se encuentra en Bespin, a cargo de una colonia minera de gas. La ganó en un juego de cartas. Lando y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—*Araaaaaragh*.

—Eso fue hace mucho tiempo, Chewie.

—¿Qué fue hace mucho tiempo?

—Nada.

—Entonces, ¿se puede confiar en él?

—¿Confiar en él? No. Pero tampoco ama al Imperio, al menos eso te puedo asegurar.

Chewbacca emite un ladrido de emergencia mientras lee los sensores de la nave.

Todos se preparan. En medio de una lenta avalancha, una montaña de basura flota hacia el espacio: maquinaria rota, metal dañado y aguas residuales. El *Halcón* se desprende de la superficie del destructor estelar y se aleja.

La pequeña tripulación observa la gran nave de combate. Apenas pueden respirar.

El destructor estelar imperial enciende sus motores y entonces, *bum*, despega hacia el hiperespacio. Han sonríe.

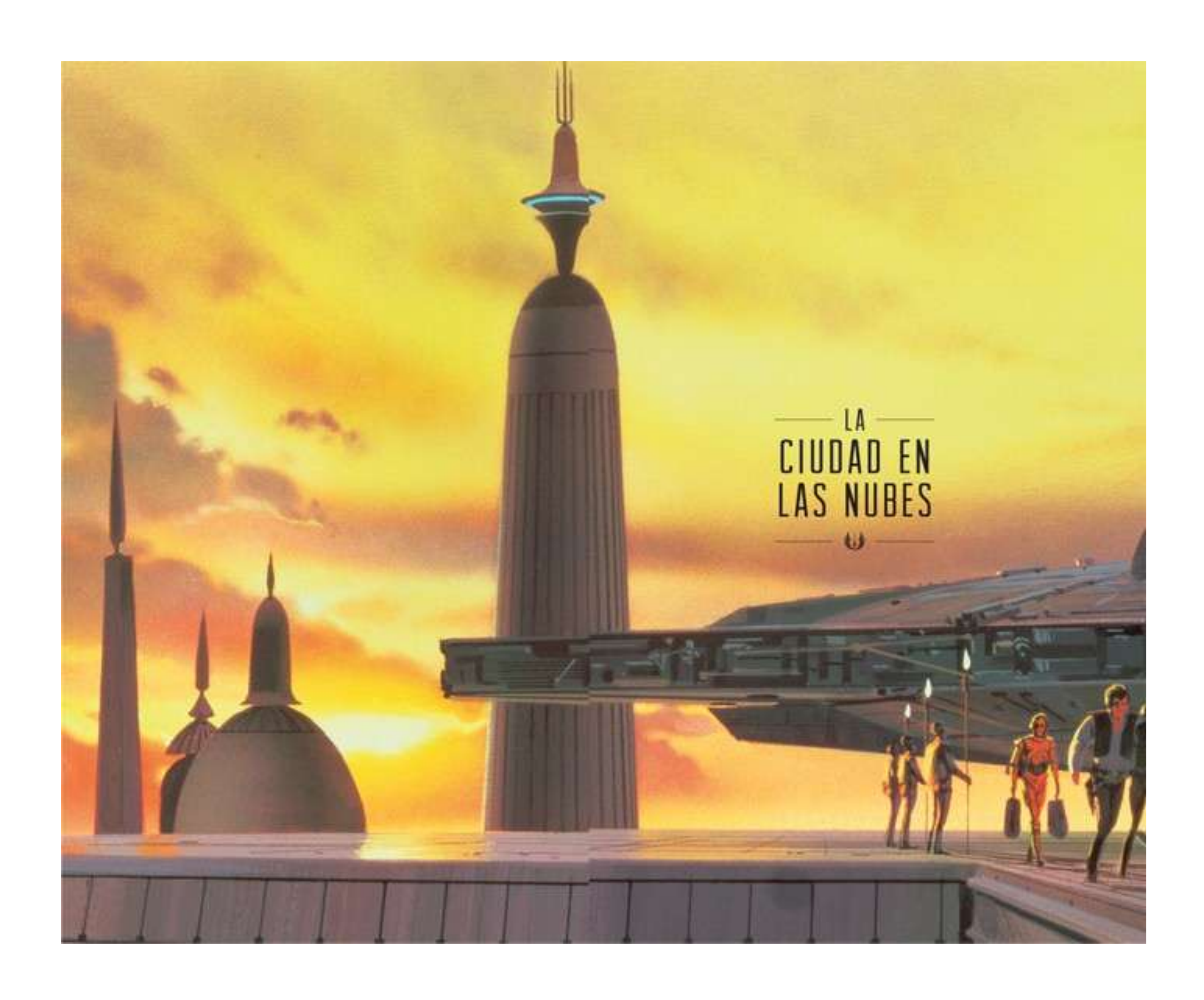
Leia le pone una mano en el hombro.

—No puedo negar que tienes buenos momentos —le dice—. No muchos, claro, pero los tienes.

Han siempre presume de mantener la compostura en todo momento. Pero, con la mano de Leia en el hombro y ese cumplido zumbando en sus oídos, su corazón «relajado» empieza a latir un poquito más rápido.

Una vez que la flota de naves imperiales ha desaparecido por completo, el *Halcón* enciende sus motores y deja atrás el campo de desechos espaciales, trazando el curso hacia la colonia de Lando en Bespin.

Y unos pocos minutos después, una pequeña nave llamada el *Esclavo I*, que se encuentra enclavada entre la basura espacial y cubierta con la arena de un planeta lejano llamado Tatooine, se enciende, se abre paso entre los residuos y sigue sigilosamente al *Halcón Milenario*.


LA
CIUDAD EN
LAS NUBES

CAPÍTULO VEINTITRÉS



BESPIN ES UN planeta iridiscente color rosa, cubierto de gases y nubes que parecen espuma. Yace en la tela del espacio, del mismo modo en que una canica rosada luciría sobre una frazada negra: hermoso y totalmente fuera de lugar. Flotando en su atmósfera baja, se encuentra la Ciudad de las Nubes, cristalina y brillante como una estatua de platino; es el centro de las operaciones mineras en el lado norte del planeta. Debajo, un delgado hilo plateado, que pende de ella, yace sobre el espacio gaseoso.

El *Halcón Milenario* empieza a descender, ajustando su ruta hacia la ciudad flotante.

—Es una comunidad minera de gas —explica Han—. Lando está a cargo de todo. Es difícil de creer porque, desde que lo conozco, nunca pensé que pudiera manejar nada más grande que una mesa de juego. Pero lleva años aquí.

Dos disparos láser golpean cada lado de la nave y la sacuden, primero a la derecha, luego a la izquierda.

Chewie ruge. Han voltea a ver el puerto de aterrizaje. Dos naves patrulleras vuelan detrás de ellos. A través del intercomunicador del *Halcón* se oyen las palabras:

—No se les ha concedido el permiso para aterrizar.

—¡Lo sé! ¡Estoy buscando a Lando! ¡Lando Calrissian!

—Él identificó su nave —dice la voz del intercomunicador—. Deben seguirnos ahora. No se desvíen de su ruta.

La pequeña tripulación del *Halcón Milenario* voltea a verse entre sí.

—Son muy susceptibles, ¿verdad? —comenta C-3PO.

Leia no deja de mirar a Han.

—Creí que eras amigo de este sujeto.

—No hay nada de qué preocuparse —asegura Han, apretando la mandíbula.

Leia suspira.

—¿Quién está preocupado?

La pista de aterrizaje está vacía. Las nubes rosadas pasan flotando, empujadas por un viento que tiene un olor ligeramente dulce, como si alguien estuviera preparando panqueques y bañándolos con jarabe. De hecho, se trata del predominante olor a gas en la atmósfera de Bespin: retheno. No es tóxico para los humanos. O al menos no muy tóxico.

Han, Leia, C-3PO y Chewbacca caminan por la rampa del *Halcón Milenario*. Tratándose de la tripulación de una nave pirata, es la más variada y menos amenazante de

este lado de la galaxia. Miran en todas direcciones esperando encontrar alguna especie de comité de bienvenida.

—¡Hmmm! —resopla C-3PO—. ¡No hay nadie aquí para recibirnos! ¡Qué groseros!

Leia sacude la cabeza.

—No me gusta esto…

—Por otro lado, al menos nos dejaron aterrizar —comenta el droide.

Han les dice a todos que no se preocupen. Pero su voz y su cara no son muy reconfortantes.

Y entonces, una puerta que se encuentra al fondo de la plataforma se abre y un hombre galante sale de ella. Lleva una larga capa danzando detrás de él, mientras avanza, y tiene un delgado bigote que cuelga como un adorno sobre sus labios. Detrás suyo, viene marchando una docena de guardias de seguridad, encabezados por un asistente de aspecto oficial, calvo y con un comunicador en la oreja.

El hombre de la capa se ve furioso.

—¿Lo ven? —murmura Han a los demás—. ¡Mi amigo! ¡Lando! —Luego, voltea a ver a Chewbacca y añade—: Tal vez deberías ir por el arc.

La voz del hombre va en aumento mientras se aproxima.

—¡Tú, eres un maldito cerdo, falso, traidor y estafador bueno para nada! ¡Vaya que tienes muchas agallas para atreverte a venir aquí, después de lo que me hiciste la última vez!

Se acerca a Han Solo cada vez más rápido y enojado. Han planta los pies firmemente sobre el suelo y coloca las manos en forma de puño.

Cuando está cerca de él, Lando le lanza un derechazo. El pirata espacial se agacha, y enseguida Han lo abraza.

Todos los presentes se limitan a observar la escena, confundidos. Pero ahora Lando está riendo.

—¿Cómo te va, viejo pirata?

Lando, que bien podría ser uno de los hombres más elegantes y apuestos que hayas visto en tu vida, suelta a Han, lo observa y sacude la cabeza.

—¡Te ves terrible!

—Y tú te ves como un hombre de negocios —responde Han.

Lando ríe aún más. Los dos hombres se dan la vuelta y, cada uno con el brazo sobre el hombro del otro, se dirigen hacia la puerta. El asistente con el auricular les indica a los guardias que se retiren. Estos entran en formación hasta desaparecer de la vista de todos.

—Bueno, parece que es muy amistoso —dice C-3PO, mientras sigue a los viejos amigos.

—Sí —murmura Leia—. «Encantador».

Mientras pasan por las delgadas y plateadas puertas corredizas, Lando dice:



—¿Y, qué están haciendo aquí?

—Reparaciones —responde Han, señalando el *Halcón*—. Creí que podrías ayudarme.

Lando se ve preocupado.

—¿Qué le hiciste a mi nave?

—¿*Tu* nave?

Han se detiene, y el grupo que los sigue lo imita. Él apunta a su pecho con el pulgar.

—La perdiste contra mí, ¡en una apuesta justa!

—¿Justa? ¡Nunca has jugado un juego de cartas justo en tu vida!

—¿Me estás acusando de hacer trampa?

—¿Lo estás negando?

Por un segundo, los dos hombres se quedan mirando con el ceño fruncido. Tres segundos. Cinco.

Leia mira a Chewbacca para ver si tiene un bláster.

Y luego los dos hombres se echan a reír.

La princesa exhala y pone los ojos en blanco.

«Hombres. Tan egocéntricos como gallos de pelea. E igual de inteligentes».

Los pasillos de la colonia minera son amplios y brillantes. Los pisos están cubiertos de una piedra muy cara que se asemeja al marfil, y las múltiples ventanas tienen una vista asombrosa de la atmósfera baja.

—Bueno —dice Han—, ¿y cómo va el negocio minero?

Lando suspira con decepción.

—Oh, ya sabes. Nunca tienes tantas ganancias como quisieras. Hay problemas de oferta, disputas laborales… Ya que te has enterado de todo eso…

Han empieza a reír otra vez.

—¿Qué es tan gracioso?

—¡Tú! ¡Escúchate! —responde Han, sonriendo—. ¿Desde cuándo te convertiste en un responsable hombre de negocios?

Lando sacude la cabeza con remordimiento.

—Sí, supongo que soy responsable ahora. Es el precio que hay que pagar por ser exitoso.

Leia lo observa. Lo escucha. Repentinamente, nota algo en su voz que no había escuchado. «Tal vez sea arrepentimiento», se dice a sí misma.

El grupo sigue caminando. C-3PO, tambaleándose detrás como siempre, se percata de la presencia de otro droide de protocolo. Una unidad 3PO que sale de una de las habitaciones.

—Oh, ¿qué tal? —le dice.

—*¡E chu ta!* —responde el droide.

C-3PO se detiene, estupefacto.

—¡Qué grosero!

(«*E chu ta*» es, desde luego, del idioma huttés. Y sería totalmente inapropiado que lo tradujera. Tal vez cuando seas más grande).

Luego, desde la habitación de donde salió el 3PO grosero, C-3PO escucha el característico *bip* de una unidad R2.

—Eso suena igual a… —exclama C-3PO—. ¡Me pregunto si…!

Mientras Lando da la vuelta en una esquina y entra por un pasillo, C-3PO sigue el sonido, pensando que tal vez, sólo tal vez, pudiera encontrar a su amigo.

Pero no lo encuentra.

En lugar de eso, sus ojos brillan con gran intensidad.

Y luego le disparan justo en el pecho.

Y explota.

LECCIÓN TAU:
PREPÁRATE PARA LA OSCURIDAD

Esparce varios objetos sobre el suelo. Consigue a alguien que te lance objetos. Párate sobre un pie. Mantén los ojos abiertos. Respira.

Salta por el piso en un pie, esquivando los objetos que se encuentran en el suelo. Tu asistente deberá lanzarte, gentilmente, objetos. Evádelos mientras saltas.

Mantén la calma. Esto debe ser divertido.

Las cosas difíciles se vuelven divertidas cuando tu mente no está invadida por el miedo, la ira o el orgullo.

Respira.

La oscuridad ya viene.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



LEIA ESTÁ EN un lujoso apartamento, caminando de un lado a otro de la habitación. Las ventanas parecen pinturas que son demasiado monótonas y hermosas para estar en un museo. Los muebles están fabricados de tal manera que se vean caros, pero probablemente fueron hechos en masa, en alguna luna del sistema Betthanie. La alfombra hace que el lugar quede maravillosamente insonorizado. Es muy inquietante.

De pronto, las puertas se abren en silencio y entra Han.

—Las reparaciones están casi terminadas —anuncia—. Dos o tres detalles más y habrán concluido.

Leia lo mira. Se le nota la preocupación en el rostro por las líneas encima de la nariz y por las cejas arqueadas.

—Cuanto más pronto nos vayamos, mejor. Algo no está bien aquí. ¿Dónde está C-3PO? No lo he visto en horas, y nadie me dice nada.

Han toma a Leia de los hombros y esboza su mejor sonrisa traviesa.

—Tranquila. Hablaré con Lando y veré qué puedo averiguar.

Leia sacude la cabeza.

—No confío en él.



—¡Yo tampoco! —dice Han riendo—. Pero es mi amigo. Además, nos iremos pronto.

La puerta del apartamento se abre otra vez. Entonces, Chewbacca entra cargando una caja llena de partes doradas. Un brazo cuelga tristemente de entre los deshechos. El wookiee ruge.

—¿Qué pasó? —exclama Leia corriendo hacia él.

—*¡Aaaaraarragh!*

—¿Qué? —exclama Han—. ¿Lo encontraste entre la basura?

—*¡Aaarararararragh!*

—¿Iban a incinerarlo?

Leia revisa desesperadamente las piezas rotas del droide dorado.

—¿Puede repararse?

—Los hombres de Lando…

Leia y Chewie exclaman, exactamente al mismo tiempo:

—¡No!

—*¡Araragh!*

—¡Está bien! —dice Han, alzando los brazos—. ¡Háganlo ustedes mismos, entonces!

Chewbacca se sienta en un banco y deja la caja que contiene las partes del droide frente a él. Se queda observándola tristemente.

Las puertas se abren de nuevo. Esta vez, el que entra es el sofisticado y sonriente Lando Calrissian. Entra a la habitación, con su capa arrastrándose detrás de él, como si fuera una especie de superhéroe adinerado y confiado.

—¡Princesa! —exclama, mientras se acerca, toma la mano de Leia y la besa—. ¡Te ves radiante! ¡En verdad perteneces a aquí, a nosotros, a las nubes!

Han pone los ojos en blanco.

—¿Te gustaría acompañarme a tomar un pequeño refrigerio? —continúa Lando, mirando a Leia fijamente a la cara.

Ella le devuelve una mirada fría, y luego voltea hacia Han.

—¡Oh, todos están invitados, claro! —añade Lando.

Han asiente y Leia recupera la mano.

Justo entonces, Lando se percata de la presencia de Chewbacca, quien sostiene la cabeza de C-3PO sobre sus patas.

—Creo que tienen algunos problemitas con su droide, ¿verdad?

—No —responde Han—. Ningún problema. ¿Por qué?

Lando se encoge de hombros y sigue a Han hacia el pasillo.

Mientras caminan por los brillantes pasillos, Lando empieza a hablar de negocios.

—Verás, hemos sido un negocio lo suficientemente pequeño hasta ahora como para no caer en la…, eh…, jurisdicción del Imperio, se podría decir.

Leia lo ignora. Escanea cada puerta y andador en búsqueda de alguna señal de problemas. Todo parece normal. Pero incluso esto le preocupa.

Han Solo escucha a medias a su viejo amigo.

—¿No temes que el Imperio se dé cuenta?

—Pues… ya no más —dice, mientras se acercan al comedor—. Verás, acabamos de hacer un trato que nos permitirá seguir operando por un buen tiempo y alejará al Imperio para siempre.

Han asiente. Lando abre la puerta formal y elegante, de color blanco reluciente, que lleva al comedor.

Han y Leia entran, y se detienen de golpe.

De pie en la cabecera de una larga y elegante mesa, se encuentra Darth Vader.

LECCIÓN YPSILON:
EL PRINCIPIO DEL FIN

Ahora, mi joven pupilo, hemos llegado a las pruebas más difíciles. Las pruebas finales. Si tienes éxito, no te convertirás en un jedi (aún), pero sabrás que *puedes* llegar a serlo. Que en verdad vas por el camino correcto.

Piensa en alguien o algo que te enfurezca. No en algo que te moleste sólo un poco; por ejemplo, alguien que orina sobre la taza del escusado (aunque es verdad que eso me hace querer sacar un sable de luz cada vez que voy al baño). Trata de recordar un momento en el que te hayas sentido verdaderamente herido por algo que alguien hizo o dijo. O piensa en algo que te parezca tan profundamente injusto que casi no lo soportas.

Deja que tu mente explore estos sentimientos. Tu enojo. Tu ira. Tu humillación.

Luego, cuando te lo indique, quiero que te pares y te pongas un libro en la cabeza. Cierra los ojos. Pídele a alguien que te vuelva a arrojar cosas. Mientras lo hace, levanta las manos. Si puedes bloquear los objetos, está bien. Si no, no importa.

Mientras equilibras el libro y percibes los objetos, quiero que deletrees tu nombre al revés. Y la ciudad en la que vives. Y el estado. Y luego el país. No dejes de bloquear los objetos.

Mientras haces todo esto, permite que el enojo y la ira que sientes pasen. Deja ir todos estos sentimientos para que puedas pararte derecho, erguido y calmado. Si estás haciéndolo bien, puede ser que incluso empieces a sonreír. A pesar de los objetos que te están lanzando, del libro sobre tu cabeza y de los pensamientos de ira que explotaban a través de tus sinapsis momentos atrás.

¿Por qué sonríes? Porque es agradable estar en paz.

¿Listo?

Ahora.

CAPÍTULO VEINTICINCO



HAN NUNCA HABÍA sentido tanto dolor.

Le recorre el cuerpo como olas, le quema las pantorrillas, le lacera los muslos, hace que se le revuelva el estómago como una licuadora, le daña la columna y el cuello hasta que siente que van a quebrarse, y, luego, le llena la cabeza con mucha presión, una presión terrible que aumenta más y más cada segundo, que lo hace pensar, con el poco conocimiento que le queda, que todo lo demás fue sólo un preludio y que la verdadera intención de todo esto fue lograr que su cabeza explotara desde un principio.

De pronto, ya no hay dolor. Han intenta recuperar el aliento. Cada milímetro cúbico de su cuerpo palpita, palpita y palpita.

«Ahora vienen las preguntas», piensa. Espera… Puede escuchar la respiración de Vader en alguna parte de la habitación. Debió haber estado gritando porque le zumban los oídos y su garganta se siente como si la hubiesen desgarrado. «Hablaré», quiere decir Han. «Sólo pregúntenme y les diré lo que quieran». Nunca creyó que sería capaz de hablar sobre los secretos de la Rebelión. Pero tampoco había experimentado un dolor así.

No hay preguntas. De pronto, el dolor en sus pantorrillas empieza otra vez, y poco a poco se eleva hasta sus muslos.

—¡No! —grita—. ¡Por favor!

Lando está esperando fuera de la puerta cuando Vader sale de la habitación.

—¡Dijiste que no lo lastimarían!

Vader hace a un lado al viejo tahúr para acercarse a Boba Fett, el cazador de recompensas, que lo está esperando.

—Una vez que yo tenga a Skywalker —dice Vader. Su voz suena como un leve golpeteo en el *gong* más grande y profundo de la galaxia—, pueden entregarlo a Jabba el Hutt.

—¡Oiga! —interviene Lando—. ¡Eso no fue lo que acordamos!

Vader se da la vuelta lentamente, y su capa cruje al hacerlo.

—¿Tal vez —dice— te gustaría renegociar el acuerdo?

De pronto la piel de Lando se pone fría, y su estómago se siente como si colgara de un puente.

—No… —logra tartamudear.

—Bien —dice Vader, mientras se dirige a la puerta—. Búscame en la cámara de congelación de carbono en media hora.

Boba Fett lo sigue por el pasillo.

—Este trato empeora a cada momento —murmura Lando.

Sigue a Vader por el pasillo, pero luego da vuelta a la izquierda, mientras que Vader sigue derecho. Lando corre por los relucientes andadores, maldiciendo cada una de las innecesarias piezas de plata en cada una de las innecesarias ventanas.

«Todo es innecesario», piensa Lando. «Inútil. Sin Valor. ¿Qué hice?».

Llega a una puerta al final de un pasillo y digita un código de seguridad en un teclado que está en la pared.

Cuando la puerta se abre, Lando ve a Leia, agachada junto a Han, quien parece un muñeco roto. Mientras tanto, Chewbacca trata de ensamblar a C-3PO.

—Ni siquiera me hicieron una pregunta… —gimotea Han.

Se ve peor que medio muerto, y Leia no se ve mucho mejor que él.

Cuando se percatan de la presencia de Lando, Han intenta levantarse.

—Eres un…

—Ahórratelo —interrumpe Lando—. No tenemos tiempo. Escuchen, Vader accedió a entregarme a Chewie y a Leia. Tendrán que quedarse aquí, pero al menos estarán a salvo.

—¿Y Han? —pregunta Leia, mirando fijamente a Lando.

—Vader piensa entregarlo al cazador de recompensas.

—Entonces estoy muerto —gime Han.

—Vader nos quiere muertos a todos —añade Leia.

Pero Lando sacude la cabeza.

—No quiere a ninguno de ustedes. Busca a alguien más. Alguien llamado Skywalker.

Leia cierra los ojos, como si, de algún modo, lo hubiese sabido todo el tiempo.

—Vader le tendió una trampa.

—Claro —se queja Leia—. Y nosotros somos la carnada.

—Aparentemente el tal Skywalker ya está en camino.

Han se para con dificultad, apoyándose en Leia y Lando.

—Bueno, vaya que fuiste de gran ayuda, amigo.

—¡Lo sien…!

Antes de poder completar la frase, Lando recibe un fuerte gancho de izquierda en la quijada, y cae al suelo. Han cae sobre él, aún temblando. Lando golpea a Han en la boca, con el codo.

—¡Deténganse! —exclama C-3PO. Le han vuelto a poner la cabeza. Aunque al revés—. ¡Oh, ya basta de eso! ¡No resolverán nada de ese modo!

Chewie suelta al droide y ayuda a Leia a separarlos. Los examigos se quedan viendo cara a cara, jadeando.

—Hice todo lo posible… —resopla Lando—. Lo siento. Tengo mis propios problemas.

Han se limpia la sangre de la boca.

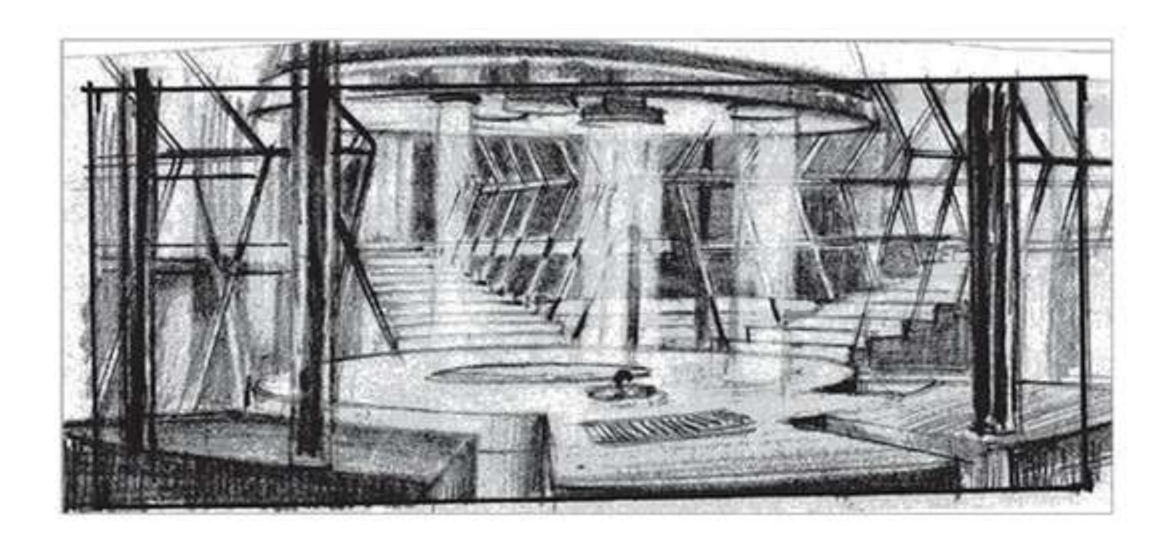
—Sí, eres un gran héroe, hombre de negocios.

La palabra le duele a Lando como si lo picara un enjambre de avispas de Rattatakian. Se levanta y cojea fuera de la celda como un perro apaleado.

Han se sienta con cuidado en una plataforma. Leia se acerca a él, con una sonrisa a medias.

—Bueno —dice—, debo admitirlo. Tú sí que eres bastante bueno para tratar con la gente.

La cámara está oscura, como una gran cueva. En algún lugar, una enorme máquina zumba incesantemente. En las paredes de la habitación parpadean luces rojas, mientras que el suelo está iluminado con una irradiación pulsante color azul real. En el centro de la cámara hay un agujero. De él, emana un gas de carbono frío que se cuela por las esquinas y las grietas de la descomunal maquinaria industrial.



Darth Vader examina el agujero. Boba Fett está parado a su izquierda. Lando, detrás de ellos.

—Quiero a Skywalker aquí —dice Vader. De algún modo su voz parece aún más intimidante y siniestra en la cavernosa habitación de metal—. Lo congelaremos para llevárselo al Emperador.

—Lord Vader —dice Lando—, sólo usamos esto para congelar carbón. Si pone a Skywalker ahí, podría matarlo.

Vader exhala. Está pensando. Finalmente, dice:

—No quiero que el premio del Emperador sufra daños. La probaremos… con el capitán Solo.

Vader levanta una mano, y cuatro stormtroopers salen corriendo para traerle al pirata espacial.

Los dedos de Vader empiezan a examinar los controles de la unidad de congelamiento, como un cirujano que acomoda sus cuchillos y escalpelos. El gas de carbono se filtra en la habitación. Lando tiembla.

Un momento después, los stormtroopers reaparecen junto con Han, Leia, Chewbacca y el parcialmente armado C-3PO, asegurado a la espalda del wookiee.

—¡Date la vuelta, pedazo de trapeador crecido! —grita C-3PO—. ¡No puedo ver nada! ¿Cómo puedo ayudar si no puedo ver?

Cuando Han ve a Lando, dice con desdén:

—Oye, «amigo», ¿para quién es la fiesta?

El grupo de prisioneros es escoltado hasta la orilla del agujero.

Lando se ve triste.

—Te pondrán en la cámara congeladora.

—¿Y si no sobrevive? Vale mucho dinero para mí —señala Boba Fett.

A Vader no le interesa.

—El Imperio te compensará si muere. Métanlo.

Ahora, los dedos van de un control a otro en la unidad de congelación de carbono.

—*¡Aaaarararraaagh!*

Chewbacca sacude los grandes brazos y derriba a dos de los stormtroopers. Otros dos le caen encima, mientras uno más apunta su bláster al pecho del wookiee.

—¡Ay, deténganse! ¡Deténganse! —grita C-3PO.

—¡Alto, Chewie! ¡Escúchame! —grita Han mientras coloca un brazo sobre su enorme y peludo primer oficial—. Escucha, necesito que mantengas la calma. Tienes que cuidar a Leia, ¿entiendes? No dejes que te maten.

—*¿Ararararaaaaaghhhh?*

—Estaré bien —dice Han. Aunque no suena del todo convencido.

—*Aaaraararaagh* —aúlla Chewie nuevamente. No sé lo que eso signifique.

Han voltea a ver a Leia. Y antes de que él pueda reaccionar, ella lo besa.

Luego murmura:

—Te amo.

Él esboza su sonrisa torcida y guiña un ojo.

—Lo sé.

De pronto, dos stormtroopers se llevan a Han. Chewbacca sigue aullando. Leia trata de contener las lágrimas. C-3PO está explicando las probabilidades de que Han sobreviva. Nadie le presta atención a C-3PO.

Los stormtroopers lanzan al débil y agotado pirata espacial a la plataforma, la cual comienza a descender lentamente. Leia siente náuseas.

No puede soportarlo. Siente como si sus entrañas fueran destrozadas por una manada de lobos y tigres alderaanianos. Corre a la orilla de la cámara de congelación, pero una humarada del gas de carbono sale del agujero y la empuja hacia atrás. Es el propio Vader quien opera los controles.

Chewie vuelve a rugir y Leia se tapa los ojos.

—¡No se preocupen! —dice C-3PO—. ¡Si no me equivoco, debería quedar bastante bien protegido por el carbono! Eso, claro, si sobrevive el proceso de congelamiento. He concluido que las probabilidades son de 453 a…

Más vapor. Luego, una cascada de carbón líquido, iluminado por un millón de chispas. Las chispas se reflejan en la impasible máscara negra de Vader.

El proceso termina.

Con un crujido estremecedor, una gran pinza desciende por el agujero. Y desde la penumbra, extrae un rectángulo de metal: carbonita congelada. La cara de Han Solo sobresale en la superficie del bloque, congelada en medio de un grito de agonía. Leia lo ve y vuelve a cubrirse los ojos. Chewbacca empieza a correr hacia Han, pero el bláster que apunta a su pecho le recuerda que debe permanecer quieto.

Lando se encuentra ahora junto a Han, y junto a una pequeña pantalla que muestra una lectura electrónica.

—¡Está bien! —anuncia Lando—. Está… hibernando. Está bien.

—Todo tuyo, cazador de recompensas —dice Vader—. Preparen la cámara para Skywalker. Y usted, lleve a la princesa y al wookiee a mi nave —le ordena al comandante de la tropa de soldados.

Lando protesta.

—¡Dijo que se quedarían conmigo!

—Cambié el trato —responde Vader—. Ruegue para que no lo modifique aún más. Ahora déjenme solo. Llegó Skywalker. Lo presiento.

LECCIÓN FI:
EL MIEDO EN SÍ

¿A qué le temes? No lo digas en voz alta.

Tengo una regla sobre esto. Si le dices a alguien a qué le temes, algún día, eso podría ser usado en tu contra. Sólo piensa. ¿Qué es lo que verdaderamente te aterra?

Cierra los ojos. Pide a alguien que te tome el tiempo, o programa un cronómetro, por treinta segundos.

Imagina eso que te aterra lo mejor que puedas. Intenta verlo frente a ti. Convéncete de que en realidad está ahí.

Cuando se acabe el tiempo empieza otra vez. Cierra los ojos, respira y sonríe. El miedo está en tu mente; no puede hacerte daño. Alguien dijo una vez: «A lo único que debemos temer es al miedo en sí». Esto es verdad.

Tú eres parte de la Fuerza. ¿Qué es lo peor que te puede pasar? ¿Lastimarte? ¿Enfermarte? ¿Fallecer?

Cuando esas cosas suceden, simplemente estás cambiando de forma. Transformándote en algo nuevo.

La Fuerza está contigo y tú estás con la Fuerza.

Tú y la Fuerza son uno mismo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



DIRIGES TU X-WING por las tranquilas nubes rosas de Bespin.

R2-D2 te pregunta algo (en forma de *bip*).

Apenas consigues oírlo. Ante tus ojos están tus mejores amigos. Gritan de dolor. Se retuercen bajo agujas y espadas; aúllan de miedo y sollozan de horror.

R2 te vuelve a formular la pregunta.

—C-3PO está con ellos —le contestas—. Puedo sentirlo.

Tu X-Wing baja a una pista de aterrizaje totalmente abandonada. Después de revisar y asegurarte de que no habrá sorpresas desagradables, le ayudas a R2 a descender de su lugar en la parte trasera de la nave. Consideras la posibilidad de dejarlo atrás, por su propia seguridad. Pero es un pequeño droide muy valiente y podría ayudarte.

Y, sí, apenas avanzaste unos tres metros cuando llegas a la puerta de la pista de aterrizaje y te encuentras con que no se puede abrir. R2 extiende su brazo de interfaz y lo inserta en el puerto de comunicación universal de la computadora.

Esperas. Los gritos de Han y Leia desaparecieron de tu cabeza. Enmudecieron. Hay un silencio inquietante y aterrador. Te sudan las palmas de las manos y te tiemblan las piernas. Intentas calmarte. El miedo, como bien sabes, es tu peor enemigo. El miedo te lleva al Lado Oscuro. Aun así, no logras controlar el sudor frío que escurre en la parte trasera de tu cuello.

La puerta se abre con un silbido. Entras por el vestíbulo cristalino. Al avanzar, el suelo brilla bajo tus pies. Mientras te mueves, mantienes la espalda pegada a la pared blanca. Tu sable de luz cuelga de un lado de tu cinturón. Pero lo guardarás para Vader. Sacas tu bláster.

«Alguien está aquí». Lo *sientes* de pronto. Se siente como si alguien hubiese entrado a una habitación en la que estás durmiendo; como si sintieras su presencia y te despertaras.

Su presencia es como lo fue alguna vez la de Ben, pero… invertida. Todos los sentimientos que tenías por tu maestro, tu mentor, la figura más cercana a un padre que has tenido, se invierten. El amor se vuelve odio. La paz se vuelve miedo.

El sudor frío se ha extendido por tu cuerpo, se desliza por tu espalda y tu cuero cabelludo.

Vader, el que mató a Ben. Vader, el que mató a tu padre antes de matar a tu maestro… Vader está aquí. Esperándote.

Y entonces, al dar la vuelta en una esquina, los ves. Leia y Chewbacca, con los pedazos de C-3PO atados a la espalda de Chewie. Los lleva un hombre de aspecto poderoso que tiene un bigote delgado como un lápiz y una capa. Y están rodeados de

stormtroopers. Detrás de los stormtroopers, hay un pelotón de guardias de seguridad que pertenecen a la colonia minera. Todos están armados.

Chewie debe haberte olfateado. Mira hacia ti y aúlla.

No es el mejor plan. Una lluvia de disparos láser explota a tu alrededor. Te agachas y te ocultas detrás de una pared. R2, oculto también, detrás de tu sombra, no deja de emitir *bips* y zumbidos. Te inclinas sobre la pared y lanzas algunos disparos antes de volver a esconderte.

Tu respiración se acelera, pero te sorprende darte cuenta de que nada de esto te asusta.

Aun así, debes ser cuidadoso; no quieres darle a la princesa.

—¡Luke! ¡Luke! —grita Leia.

Sales de detrás de la pared de nuevo. Ahora, apuntar con un bláster te resulta diferente. No tienes que apuntar tanto. Puedes sentir la posición de los stormtroopers. Es como si, con los ojos vendados, metieras la mano en una caja y trataras de distinguir entre calcetines y cuchillos. Les disparas a los cuchillos. Y empiezan a caer.

—¡Luke! —grita Leia de nuevo—. ¡Es una trampa! ¡Una trampa!

Tan pronto como dice estas palabras, la arrastran y la sacan del pasillo, pero insiste:

—¡Tienes que irte! Es una…

Las puertas se cierran. Ella, Chewbacca y C-3PO se han ido.

Sabes que es una trampa. Lo sabías desde que saliste de Dagobah. Y ahora que estás aquí, sabes que no viniste a salvar a Leia y a Han. Salvarlos no será más que un efecto secundario. Viniste porque Vader está aquí. Ahora te das cuenta. Él te llamó. Para enfrentarlo.

Y lo harás.

Lando aleja a los stormtroopers de su altercado con Skywalker y se adelanta. Oprime algunos botones en su muñequera sin desacelerar el paso.

En otra sección de la colonia, el comunicador de su asistente calvo se ilumina. Los ojos del hombre se abren de golpe y entonces oprime un botón que tiene a la altura de la sien. En un gesto rápido y mudo, teclea un código.

De pronto, los stormtroopers dejan de seguir a Lando. Este puede sentirlo. Así que se da la vuelta y sonríe.

Las manos de los soldados están en el aire, y el pelotón que protege la Ciudad de las Nubes les apunta a la cabeza con sus blásteres.

—Llévenselos —ordena Lando a sus guardias. Los stormtroopers son escoltados a una celda de detención cercana.

Lando voltea a ver a Leia.

—Vamos, princesa —le dice—. Tenemos que llegar hasta la Plataforma Este. No es demasiado tarde para…

Las palabras de Lando se ven asfixiadas por dos enormes patas.

—¡Chewbacca! —exclama C-3PO, intentando ver lo que sucede desde la espalda del wookiee—. ¿Qué estás haciendo?

El gran Chewbacca está ahorcando a Lando, eso es lo que hace. Empuja al apostador hasta ponerlo de rodillas, impidiendo que el aire pase por su tráquea.

—No… tuve… opción —jadea Lando.

Chewbacca aprieta con más fuerza.

—Oh, lo entendemos —dice Leia, irónicamente, inclinándose junto a él—. No tuviste opción.

—Ha… a… a…

—¡Chewbacca, confía en él! ¡Confía en él! —exclama C-3PO.

—Ha… a… a…

De pronto, Leia pone su mano sobre el brazo de Chewie.

—Espera, creo que trata de decir algo de Han.

Chewbacca afloja su agarre. Un poco.

Lando jadea aliviado.

—No es… demasiado tarde… para salvar a Han. Cazador de recompensas… Plataforma Este…

Chewbacca lo deja caer. Lando trata de recuperar la respiración.

—¡Por allá! —les indica.

Chewbacca y Leia se agachan para recoger los blásteres que tiraron los stormtroopers, y salen corriendo por el deslumbrante pasillo.

—¡Lamento mucho esto! Después de todo, sólo es un wookiee, ¿sabe? —grita C-3PO mientras se alejan.

Lando se levanta con mucho esfuerzo, toma un bláster para él y los sigue, cojeando y resoplando.

No han avanzado mucho cuando C-3PO ve cómo una silueta conocida sale de una puerta.

—¡R2! ¡R2! —exclama.

Leia se detiene, se da la vuelta y corre hacia el pequeño droide de servicio. Chewbacca la sigue.

—¡Oh, date la vuelta! —le grita C-3PO—. ¡Por favor! ¡Oh, ridículo y torpe tapete!

Leia se agacha para hablar con R2-D2.

—¿Dónde está Luke? —pregunta.

R2 emite sonidos como loco. Lando acaba de alcanzarlos, jadeando.

—¡Fue a la cámara de congelación! —traduce C-3PO, aún agitado y viendo en la dirección opuesta—. ¡Oh, R2, cómo pudiste dejarlo solo!

—Si vamos a salvar a Han, el tal Skywalker tendrá que arreglárselas solo —dice Lando. Y voltea a ver a la princesa.

Leia duda. Aprieta los nudillos con los dedos hasta que sus manos quedan blancas. Tiene que elegir entre una pila de diamantes y una pila de oro. Y no consigue distinguir cuál es cuál. Finalmente, dice con voz temblorosa:

—Si Luke está ahí con Vader, no podríamos ayudarlo de cualquier modo. Vamos por Han.

El pequeño grupo, ahora junto con R2-D2, corre hacia la Plataforma Este. La puerta está sellada. Por más que Lando oprime desesperadamente los números en el teclado, no logra nada.

Maldice.

—¡Cambiaron los códigos de seguridad!

Pero R2-D2 ya empezó a conectarse con el puerto de comunicación. En pocos momentos, la puerta se abre. Lando, Leia y Chewbacca entran corriendo. R2 rueda detrás de ellos, hablando en binario con C-3PO.

—¿A mí que me importa el hiperimpulso del *Halcón Milenario*? —responde el droide dorado, rebotando con cada uno de los enormes pasos de Chewbacca—. ¡Estamos intentando salvar al amo Han! ¿Y qué es lo que siempre te dije acerca de conectarte con computadoras desconocidas? ¡Pueden contagiarte algo extraño! ¿Quién sabe con quién se ha conectado esa computadora recientemente? ¿Tan siquiera le preguntaste?

Mientras el grupo emerge a la atmósfera rosada de Bespin, ve a Boba Fett desapareciendo dentro de su pequeña y oxidada nave. La escotilla se cierra. Lando suelta una ráfaga de disparos con su bláster. Todos lo imitan. De nada sirve. Los disparos rebotan inofensivamente, como pelotas láser en una de esas máquinas de pinball láser en Melchior 5.

Lando, Chewbacca y Leia se quedan parados en la pista de aterrizaje, furiosos pero impotentes, mientras la nave de Boba Fett se eleva de la pista y se aleja velozmente, internándose en las nubes de olor dulce, con Han Solo congelado en carbonita y guardado en la bodega de carga.

Por un momento, sólo se quedan mirando.

Luego, Leia dice:

—Supongo que nuestra mejor opción ahora es el *Halcón Milenario.*

—¡Claro! —concuerda Lando, con renovada esperanza—. ¡Es la nave más rápida de la galaxia!

Leia, Chewie y C-3PO sacuden la cabeza.

LECCIÓN JI:
PREPÁRATE

Siéntate en una posición cómoda. Puede ser en una silla o en el suelo.

Consigue un cronómetro, o pídele a alguien que tome el tiempo.

Vas a meditar por tres minutos. Es la meditación más larga que te he pedido hasta ahora. No será fácil. No lograrás mantener tu mente en calma durante el tiempo completo. Pero, siempre que tu mente empiece a divagar, respira profundamente y piensa en un delgado hilo plateado de aire que te entra por la nariz, llega hasta el fondo de tu vientre y sale de nuevo. No te enojes contigo mismo. No temas fallar. Sólo relájate, siéntate y deja que tus pensamientos se alejen como ovejas en un campo distante.

Cuando hayas meditado durante tres minutos, abre los ojos. Sonríe.

Tienes paz. Tienes compasión. Tienes paciencia.

Y, por lo tanto, tienes fuerza.

Lo cual es bueno, porque vas a necesitarla.

CAPÍTULO VEINTISIETE



PERDISTE DE VISTA A LEIA y al resto del grupo, y R2 te perdió a ti. Caminas lentamente por los relucientes pasillos blancos. Haces la imagen de tus amigos a un lado por un momento. Vader está cerca. Debes concentrarte en él.

Encuentras una plataforma de elevación, empotrada en un nicho de la pared. Hay un botón ahí. Te subes a la plataforma y oprimes el botón. Algo te impulsa hacia delante. Aquí ya no puedes elegir. No tienes el control de la situación.

La plataforma empieza a elevarse, y te lleva a una nueva habitación.

Una habitación que no se parece en nada a los pasillos blancos y esterilizados del resto del complejo minero. Las paredes negras apenas están iluminadas, y, donde lo están, sólo hay luces rojas parpadeantes, mientras un brillo violeta baña el suelo. Una niebla fría invade el cavernoso espacio.

Pero hay algo más frío aquí que la niebla.

Escuchas una respiración. Es profunda. Rítmica. Metálica.

Levantas la mirada.

Hay una gran escalinata oscura. En la base de la misma se encuentra una gran sombra, cuyo casco brilla en medio del crepúsculo industrial rojo y violeta, y una capa negra que ondea gentilmente a los pies de la sombra.

Es Vader. Justo como lo esperabas.

Su voz es tan suave como una canción de cuna, y tan penetrante como una espada.

—No eres un jedi.

No es lo que esperabas que dijera. No sabes qué esperabas. Pero no era eso. Casi suena decepcionado. Decepcionado de ti.

Sigue hablando.

—La Fuerza está contigo, joven Skywalker. Pero aún no eres un jedi.

Resistes el deseo de contestar. De decirle lo que has hecho. Y lo que planeas hacer. En vez de eso, simplemente enciendes tu sable de luz. El brillo azul resalta en medio de la oscuridad.

—Llevo mucho tiempo sin ver esa espada —dice Vader.

La sujetas con más fuerza.

—Perteneció a mi padre.

—Lo recuerdo —dice, y luego él enciende su sable. Un sable de color rojo infernal.

Ambos caminan a su encuentro. Tú subes las escaleras y él baja.

Tu mente vuela hasta la cueva en Dagobah. Ahí, el miedo te venció. Eso no ocurrirá otra vez.

Recuerdas pararte sobre tus manos, con Yoda sentado en tus pies. Recuerdas correr por el bosque, diferenciar la madera buena de la mala, las lianas fuertes de las débiles. Recuerdas guiar a un elephoth furioso de vuelta con su cría.

En esos momentos, fuiste fuerte a pesar de la fatiga, a pesar del dolor, a pesar del miedo.

Respiras profundamente y regresas a ese lugar.

Estás a una espada de distancia del arma más poderosa de la galaxia. Aun así, no tendrás miedo.

Blandes tu espada hacia delante. Vader repele el ataque sin mayor esfuerzo.

Atacas de nuevo. Él bloquea tu espada, baja las escaleras de nuevo, se mueve hacia un lado y lanza un certero ataque dirigido a tu cabeza. Sabías que lo haría; lo viste una fracción de segundo antes de que ocurriera. Te agachas, y entonces la espada de Vader corta un cable eléctrico, enterrándote en una cascada de chispas. Te deslizas fuera de su alcance.

—Aprendiste mucho, jovencito.

Lo atacas de nuevo, y de nuevo. Retrocede bloqueando ambos ataques, aunque no tan fácilmente esta vez.

—Descubrirás que estoy lleno de sorpresas —dices.

Justo al decir esto, Vader blande su espada. Te haces a un lado y lo evades, subiendo las escaleras. Es más lento de lo que esperabas.

Entonces Vader golpea tu mano, la que sostiene la espada, con su puño.

Tu sable de luz sale volando por el aire y repiquetea hasta la base de las escaleras, lejos de tu alcance.

Volteas a ver a Vader. El miedo ha vuelto a tu pecho. Detrás de la máscara, puedes sentirlo casi sonriendo.

Él da un paso hacia delante.

Y luego tú sales volando por el aire. Caes de pie, estiras el brazo y sientes que tu sable de luz se encuentra a unos diez metros de distancia. ¿Pero qué son diez metros? Sólo la Fuerza en otra de sus formas.

Vader baja las escaleras, listo para atacar. Llamas a tu sable de luz, y este vuela hasta tu mano. El sable simplemente tenía que intercambiar lugares con la parte de la Fuerza que sostenías: la parte que tenía la forma de aire vacío.

Vader está casi sobre ti.

Te agachas, ruedas y te pones de pie frente a él, con tu espada encendida y lista.

Vader habla:

—Tu destino es a mi lado, Skywalker. Obi-Wan sabía que esto es cierto.

—¡No! —gritas. Un poco más fuerte de lo que querías. ¿Por qué gritaste?

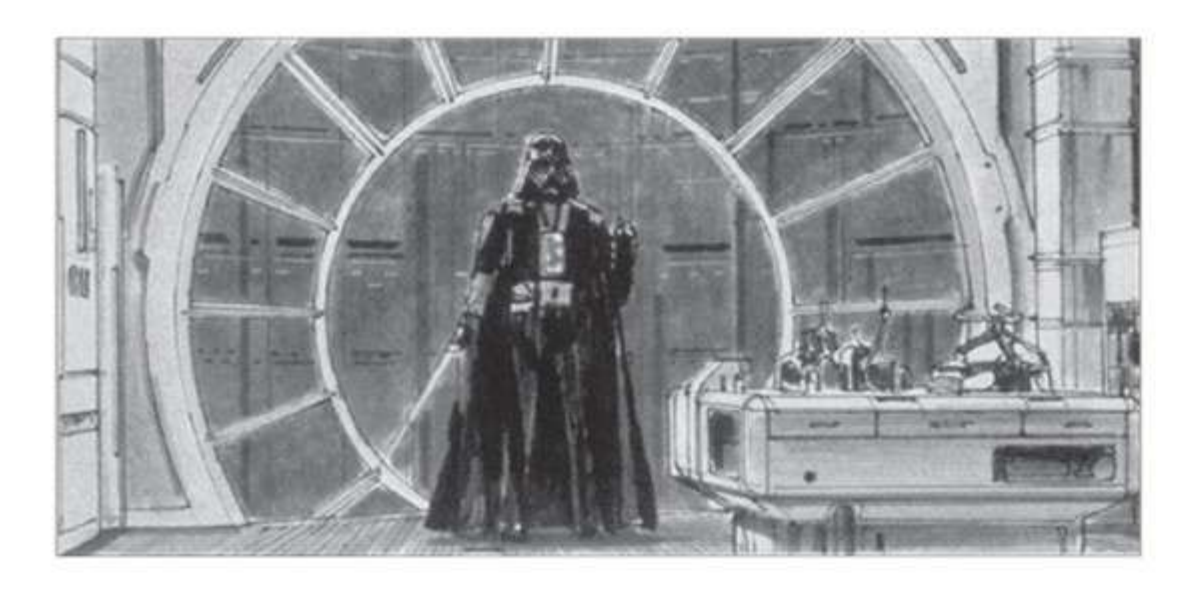
De pronto, Vader arremete contra ti. Tú retrocedes y te das cuenta de que no hay suelo debajo de ti. Estás cayendo. Llegas al suelo.

Te distrajo, te confundió. Sentiste miedo en vez de sentir el espacio que había debajo de ti.

—Demasiado fácil —murmura Vader.

Empieza a ajustar perillas en una interfaz que se encuentra arriba, y de pronto empieza a hacer frío. Mucho, mucho frío.

—Quizá no eres tan fuerte como el Emperador creía.



De pronto, estás volando hacia arriba. Sí, volando. Nunca supiste que podías hacerlo. Pero puedes. Lo estás haciendo. El gas congelante de carbono empieza a llenar el agujero, pero tú te encuentras sobre él ahora, posado en un tubo del techo.

Vader voltea hacia abajo y luego hacia arriba. Te ve.

—Impresionante… —dice.

¿Detectas una sonrisa en su voz?

Te dejas caer sobre la plataforma que está frente a Vader y levantas tu sable de luz.

Vader alza el suyo para bloquear tu ataque.

—Obi-Wan te enseñó bien. Has controlado tu miedo. Ahora, libera tu ira.

Y lo sientes. Sientes una ira que te recorre. Ira hacia este hombre, este sith que asesinó a tu padre. Que asesinó a tu maestro. Que primero se burla de ti y luego alaba tus habilidades, como si fuera…

—Sí —te dice Vader—, sólo tu odio es capaz de destruirme.

Lo embistes con todo tu poder. Él bloquea el ataque y retrocede. Atacas de nuevo, y de nuevo, logrando que caiga hacia atrás. Tratas de controlar tu enojo, pero no lo estás logrando. Tu enojo te está controlando a ti. Vader sigue bloqueando y bloqueando, pero tú atacas furiosa, implacable y ciegamente.

Él da un paso hacia atrás, y cae.

Te quedas mirando.

Desapareció en medio de la oscuridad. Resulta que la habitación tiene hoyos. Hoyos que desaparecen dentro de un gran desastre oscuro de tuberías. «Deben llevar», piensas,

«al reactor central de la colonia minera». Apagas tu sable de luz, lo cuelgas de tu cinturón y respiras profunda y lentamente.

Luego, sigues a Vader por la oscuridad.

Estás caminando por un túnel. No alcanzas a ver nada, pero sientes la forma del espacio; es la Fuerza tomando la forma de un tubo. Tú caminas a través de él. Vader no está aquí. Sigues avanzando.

Sales a un pasillo oscuro y abarrotado. La única luz tenue proviene de unas ventanas muy grandes, las cuales dan al núcleo del reactor central. Intentas tocar con tus sentidos. Vader está aquí, pero te está evitando. Enturbiando la Fuerza a tu alrededor. Un espasmo de temor golpea tu corazón. Vader es más fuerte que tú.

Y luego, algo te golpea. Como un granero que saliera volando en medio de una tormenta de arena, algo te golpea fuertemente. Caes y te levantas, con un dolor punzante. Una enorme pieza de maquinaria cae con estrépito al suelo, junto a ti.

Te das la vuelta para ver de dónde viene, pero otra pieza te da en la cabeza. Estás de rodillas. Levantas tu sable de luz para protegerte, pero los objetos de metal llegan demasiado rápido. Vader está desprendiéndolos de las paredes, levantándolos del suelo y lanzándolos contra ti. No puedes verlos ni sentirlos. Vader enturbió la Fuerza demasiado. Estás sangrando. Estás tambaleándote.

Estás perdiendo.

Y entonces te golpea la pieza más grande y sales volando por uno de los ventanales. Los vidrios se despedazan a tu alrededor como la lluvia en una tormenta.

Caes en el elevador del reactor.

No hay nada debajo de ti. Nada por medio kilómetro, o más.

El tiempo parece avanzar más lento, lo cual no es necesariamente algo bueno, porque sólo te da más tiempo para darte cuenta de que vas cayendo hacia tu muerte. Vader acaba de matarte.

Y entonces, mientras caes, te das cuenta de que hay una plataforma, un pasillo suspendido, largo y delgado, muy cerca de ti.

Inhalas profundamente.

Tratas de tocarlo con tu mente.

Sigues cayendo, pero de pronto tu mano toca el metal. Tomas el metal. Tu cuerpo se mueve como un pescado al final de un sedal.

Pero tu mano sigue tomada del metal.

Debajo de ti, el núcleo del reactor desciende hasta perderse de vista en el vacío.

El viento te golpea en la cara, hueles tu propio sudor y tus piernas cuelgan sobre el abismo. Pateas el aire, pero no puedes incorporarte sobre la plataforma.

Ahora, el miedo se apodera de ti. Volteas hacia abajo y retrocedes. Vader está al final de la plataforma. Imponente, enorme y oscuro. Camina hacia ti. Sus pasos hacen eco, como el *tic tac* de un enorme reloj.

Te las arreglas para subir a la plataforma. El esfuerzo de levantarte es el mismo que el de escalar una montaña.

Enciendes tu espada. Una última batalla, te dices a ti mismo. Puedes vencerlo.

Intentas sentir la calma.

Pero sólo estás *intentándolo.* Así que no sientes calma. En absoluto.

Tal vez deberías escuchar a Vader. Tal vez deberías dejar salir tu enojo. Entregarte a él.

Pero ni siquiera puedes hacer eso. Lo único que sientes es miedo.

Sus pasos en el metal son el *tic tac* de un enorme reloj que cuenta los segundos para el fin de mundo. Camina hacia ti. Oscuro. Firme. Familiar.

Sin advertencia, saltas hacia él; tus pies se separan enteramente del suelo. Tienes tu sable de luz delante de ti, como una lanza.

Él elude tu ataque.

Caes de pie y lo embistes de inmediato.

Algo huele a piel quemada. El gas sisea en alguna parte.

Miras. Vader se detiene y se asoma hacia abajo.

Acabas de darle. En el brazo derecho.

Está herido.

Estás sorprendido. Triunfante. Eres un gran guerrero. Lograste lo imposible.

Heriste a Darth Vader.

Eres un jedi. Te convertiste en un jed…

Su espada vuela por el aire hacia ti y te corta la mano derecha, separándola de tu brazo.

El dolor es intenso. Pero se ve inmediatamente eclipsado por tu miedo al observar la escena más surreal que hayas presenciado: tu propia mano cayendo lejos de ti por el núcleo del reactor, ves también que, cayendo junto con ella, está tu sable de luz.

Ahora el dolor y el miedo son uno mismo. Y son más fuertes de lo que tú eres. Mucho más.

Gateas rápidamente para alejarte de Vader, al lado opuesto de la plataforma.

Su voz es tranquila y astuta.

—No hay escapatoria, Luke.

Te alejas a gatas, como loco. De pronto, tu pierna se resbala de la delgada plancha metálica. Y tu estómago golpea la plataforma, sacándote el aire. No consigues respirar. De nuevo, cuelgas sobre el abismo. El viento pasa volando junto a ti y te jala hacia abajo. Intentas respirar.

Vader sigue avanzando, firme y lentamente.

—Resistirse es inútil.

Tu única mano está bañada en sudor. Está resbaladiza; vas perdiendo agarre. Tu otro brazo, sellado con tu carne negra y quemada, cuelga sobre la nada. Volviste a respirar. Es como si fueras un pez dorado que intenta huir de un tiburón.

—No te dejes destruir como Obi-Wan.

Su casco negro destella entre la débil luz del núcleo del reactor. Su capa se arrastra suavemente, como seda, con cada paso que da.

—No creas las mentiras del jedi. No hay vida después de la muerte. Sólo existe la muerte.

Detrás de la máscara, está sonriendo. Seguramente.

Te sientes cansado. Muy cansado. Vader está sólo a un metro de distancia. Intentas alejarte de él, pero no hay a dónde ir. El núcleo del reactor se extiende por debajo de ti.

De pronto, la voz de Vader es más suave.

—No me obligues a destruirte, Luke. Aún no comprendes la importancia que tienes. Apenas *comienzas* a descubrir el poder que posees.

Tu mano se está resbalando. Ahora el miedo te domina por completo. No queda nada dentro de ti, excepto el miedo.

—Si tan sólo conocieras el poder del Lado Oscuro… —dice Vader. Al ver su máscara negra, sus ojos brillantes, le crees. Te ha derrotado. Completamente.

«¿Dónde está Ben?», piensas. «¿Por qué nadie me ayuda?».

—Únete a mí —dice Vader—, y yo completaré tu entrenamiento. Con nuestras fuerzas unidas, podemos ponerle fin a este destructivo conflicto. Podemos traer orden a la galaxia otra vez.

Con un último aliento de fuerza, gritas:

—¡Nunca me uniré a ti!

Pero tu voz suena débil en tus oídos. Como la de un niño petulante.

—Únete a mí, Luke Skywalker.

Intentas no escucharlo.

¿Dónde está Ben? ¿Por qué no está a tu lado?

—Obi-Wan nunca te dijo qué pasó con tu padre.

Tu padre. ¿Dónde está él? La ira se te acumula en el pecho.

—¡Ben me contó lo suficiente! —gritas—. ¡Él me dijo que tú lo mataste!

Y entonces, se hace un silencio instantáneo en la cámara.

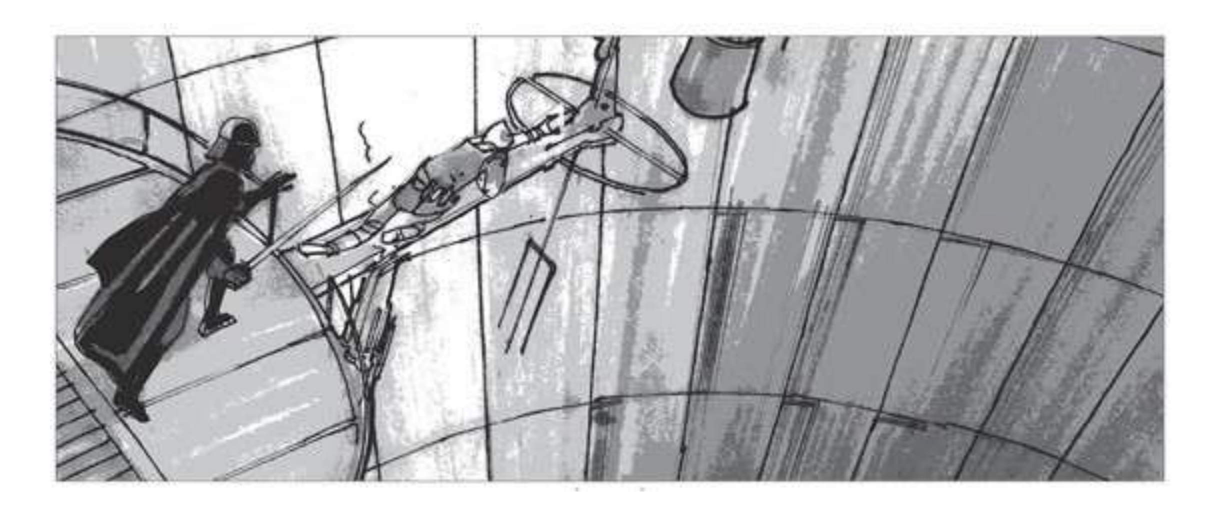
Y sientes algo.

Algo que habías sentido antes.

Intentas no sentirlo, pero ahí está.

Intentas esconderte de ello. No quieres saberlo.

Pero Vader no te dejará esconderte.



—No —dice Vader.

Va a decírtelo.

—*Yo* soy tu padre.

Silencio.

—No —dices. Y luego, lo gritas—: ¡No! ¡Eso no es cierto! Eso no es…

Pero no estás discutiendo con Vader. Estás discutiendo contigo mismo.

—Busca en tus sentimientos —te dice—. Tú sabes que es cierto.

El pánico se apodera de ti. No puedes ver. No puedes sentir la Fuerza. Estás gritando.

—Luke, tú puedes destruir al Emperador. Y él lo ha previsto. Ese es tu destino. Únete a mí, y juntos controlaremos la galaxia como padre e hijo.

Te quedas callado. Abres los ojos. Vader estira la mano frente a ti.

—Ven conmigo. Es la única salida.

Y de pronto, te quedas quieto. Como si te cayera encima una gran ola de paz. Tú, cansado y vencido, te dejarás arrastrar por ella. Te arrastra suavemente hasta el mar. Y te deposita sobre la arena.

Quieres estar con tu padre. Es lo que más deseas, más que nada, más que nada en el universo. Es lo que siempre deseaste.

Pero Vader no es tu padre. Ya no lo es.

Te sueltas de la plataforma y caes por el abismo.

Leia, Lando, R2-D2 y Chewbacca, con C-3PO aún atado a su espalda, salen hacia la plataforma de aterrizaje. El *Halcón Milenario* los aguarda, enmarcado por el estridente cielo color caramelo. Los gases dulces perfuman el ambiente.

—Ya debería estar listo para partir —dice Lando observando su vieja nave.

De pronto, el disparo de un bláster los alcanza por detrás.

—¡Váyanse! —les ordena—. ¡Yo los cubriré!

Pero Leia ya se ha agachado junto a él. Y juntos, confrontan el ataque de los stormtroopers con una feroz defensa.

Chewie corre hacia la nave, activa la rampa y sube por ella, con C-3PO amarrado a su grande y peluda espalda.

—¡Auch! —exclama C-3PO, cuando su cabeza golpea el marco de la puerta—. ¡Auch, otra vez! ¡Agáchate, peluquín sobrecrecido y desconsiderado!

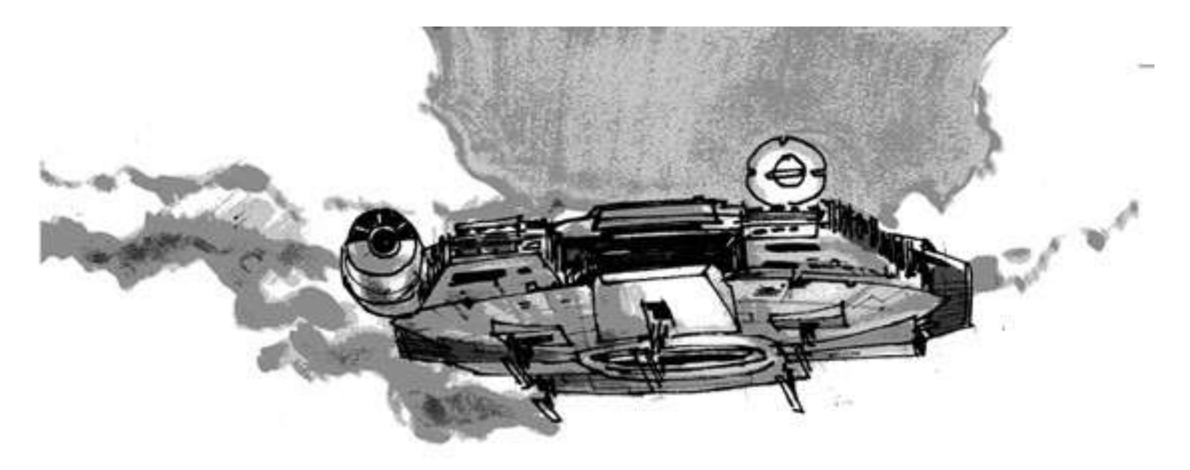
Chewie se agacha, entra y se dirige hacia la cabina, seguido de cerca por R2. Leia y Lando continúan disparando para contener a los stormtroopers tras las puertas de la plataforma.

—¡Vamos! —grita Leia. Y desaparecen detrás de la plataforma. Antes de que los stormtroopers puedan lanzar otro rayo, el *Halcón* se eleva.

Caes, caes y caes. De pronto, golpeas la pared del núcleo del reactor. Un dispensador de basura, cuya función es mantener el núcleo libre de residuos, se abre y te succiona. Apenas consciente, te deslizas por un largo túnel. Luego, el túnel te deja en otra sección de la edificación. Estás cayendo de nuevo. Entonces, la presencia de Vader, de tu padre, tu antiguo padre, empieza a desvanecerse. Te mueves a gran velocidad. De repente el aire se siente frío y ligeramente dulce, y la luz tiene un tono rosado, amarillo y anaranjado, como el atardecer. Sin pensarlo, estiras el brazo y te agarras de un pedazo de acero. Este se dobla, pero resiste.

Ya no estás cayendo. Envuelves tus piernas alrededor del metal y cierras los ojos.

Debajo de ti hay miles y miles de metros de gas flotando en el aire. Debajo de eso, la humeante y burbujeante superficie de Bespin, como a seis mil pies de altura.



Te sostienes de la pieza de metal e intentas no desmayarte.

El *Halcón* acelera rumbo a la atmósfera superior. Donde el cielo rosa comienza a desvanecerse y a tornarse azul marino. Más allá de la nave, es negro, con estrellas que parpadean atrayendo a los pasajeros. Y ahí, en alguna parte, está Han.

Tus piernas tiemblan incontrolablemente. Tu única mano se sostiene del frío acero, eres como una veleta en el viento. Pero tu mano está sudorosa, y empiezas a soltarte. El viento te golpea en la cara, haciendo que te balancees de atrás hacia delante. Tu forma está enmarcada por la vasta extensión del cielo rosa de Bespin. Volteas hacia abajo de nuevo.

Caer significaría una muerte segura.

Tratas de invocar a la Fuerza, ni siquiera sabes para qué, pero estás agotado. Todo tu cuerpo tiembla. No te queda nada. No logras sentir la Fuerza. Ni siquiera logras sentir tus propios pies mientras se deslizan más y más por la veleta.

—¡Ben! —gritas—. ¡Ben!

Es como si llamaras a tu padre. A quien sí actuó como un padre. El que te protegió cuando necesitabas ayuda, el que te enseñó cuando necesitabas a alguien que te guiara.

—¡Ben!

Pero no contesta. Estás solo.

Y entonces, cuando tu única mano empieza a soltarse, sientes algo. No. A *alguien*. Otro ser. La Fuerza también es intensa en este ser. *Sientes* a esta persona brillar a través del campo de la Fuerza, como una vela en medio de una habitación oscura. Y está cerca de ti.

Ella está cerca de ti.

—¿Leia…? —murmuras. ¿Cómo es que nunca lo sentiste antes?—. Leia…

Y entonces, escuchas:

«*¡Luke…!*».

LECCIÓN PSI:
UNA LLAMADA DE LARGA DISTANCIA

La Fuerza es real. Todo, desde los electrones hasta los planetas, está conformado por la Fuerza.

Es por esto que, si la entiendes y te entrenaste, puedes sentir lo que no puedes ver, puedes mover lo que no puedes tocar, puedes hablar con aquellos que no tienes ante ti.

Haz eso ahora.

Cierra los ojos. Medita por un momento. Ahora, piensa en alguien que no esté cerca de ti. Alguien que esté en otra habitación, o en otro país, o tal vez alguien que ni siquiera esté en este mundo ya. Trata de alcanzar a esa persona con tu mente. Deja que tus pensamientos tracen un camino a través de la Fuerza, pasando por el umbral de la puerta, sobre el océano, más allá de la entrada de la vida, hasta donde se encuentra esta persona. Colócate al lado de ella. Háblale. Sonríele. Pon tus manos junto a las suyas.

Si eres uno con la Fuerza, te oirá.

De verdad, no está tan lejos.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



CHEWBACCA GUÍA EL *Halcón*, Lando monitorea las pantallas y Leia va en el asiento del copiloto. Tiene la mirada puesta hacia el frente, pero no ve. Ni oye. *Siente*. Siente tu voz.

«Leia…», piensas.

—Luke… —murmura ella.

De pronto, Leia se da la vuelta y se dirige a Lando.

—¡Tenemos que volver!

—¿Regresar? —exclama él.

—*¡¿Araraagh?!* —concuerda Chewie.

—Luke nos necesita. Puedo… puedo sentirlo.

—Princesa —comienza a decir Lando—, Vader está allá y…

—¡Luke nos necesita!

—Pero…

Chewbacca suelta un grito profundo. Tanto Leia como Lando lo miran. Ya empezó a dar la vuelta a la nave.

—Leia… —la llamas—. Leia…

El cielo rosado y anaranjado comienza a tornarse negro. No porque esté anocheciendo, sino porque no puedes ver. Tu mano está demasiado humedecida como para seguir sosteniéndose. Tus piernas se han rendido.

Y entonces, ahí está, acelerando a través de la atmósfera. El *Halcón*.

Casi te sueltas en ese momento, por el alivio y el agotamiento.

Pero esperas.

La nave está debajo de ti, abriendo su escotilla superior. Y el hombre elegante de la colonia minera está ahí, con Chewie. Y Leia.

Te sueltas.

En el puente del destructor estelar que orbita el planeta Bespin, Darth Vader observa la pantalla de monitoreo.

Una pequeña nave en forma de disco emerge de la capa de ozono color pastel y entra al espacio.

—El *Halcón* está en el rango del rayo de tracción, Lord Vader —anuncia el Almirante Piett.

—¿Y desactivaron el hiperimpulsor?

—Sí, mi señor. Como lo ordenó.

—Bien.

Dentro del *Halcón*:

—¡De acuerdo! —grita Lando, mientras Bespin se desvanece detrás de ellos—. ¡Ahora salgamos de aquí!

Te acostaron en una cama de la unidad médica. Por el momento, eres inservible.

Chewbacca activa interruptores por toda la cabina. Leia observa al acechante destructor estelar por el parabrisas de la nave.

—¿Listo, Chewie?

Chewbacca ruge.

—De acuerdo… —dice Lando—. ¡Ahora!

Chewbacca jala la palanca de hiperimpulsor y… nada.

Leia levanta las manos exasperada.

—¡Esta nave!

—¡La repararon! —exclama Lando—. ¡Me dijeron que la habían reparado! ¡No es mi culpa!

En el destructor estelar imperial, Vader se dirige al almirante.

—Prepare sus tropas para abordar con las armas en modo de aturdir.

—Entendido, mi Lord.

Chewbacca y Lando corren por la nave, revisan válvulas y ajustan medidores.

—¿Qué pasa? ¿Qué falló? —grita Lando. Chewbacca aúlla con frustración.

En la unidad médica, tus ojos están cerrados y tu cuerpo se siente débil. El dolor en tu brazo derecho es una sensación punzante y constante. Estás casi inconsciente.

Y luego oyes una voz. Profunda, resonante y casi… casi suplicante.

«Luke».

Abres los ojos. Tu piel hormiguea.

—Padre —dices.

«Hijo, ven conmigo».

Tratas de contener las lágrimas.

«Hijo».

Al fin la palabra que siempre habías deseado escuchar. Al fin. Al fin.

«Hijo…», murmura Vader.

Y te das cuenta de que es sincero.

En otra parte de la nave, R2-D2 está soldando las piernas de C-3PO a su torso.

—*Bip bip bip bip bup bip.*

C-3PO no está contento.

—¡Bueno, ya sé que no me veo muy bien! ¿Qué esperabas?

—*Bip bip bip bup bup bip.*

—¿Qué quieres decir con que sabes por qué no funciona el hiperimpulsor?

—*Bip bup bup bip* —responde R2, mientras termina de conectar la pierna derecha y comienza con la izquierda.

—¿La computadora central de Bespin te lo dijo? ¡Sabes que no puedes confiar en computadoras extrañas! ¡Y quién sabe qué clase de virus tengas ahora! ¡Deberías estar usando guantes para repararme!

Chewbacca pasa corriendo, aullando y golpeando una llave inglesa contra varios tableros de control, al azar.

De pronto, R2 deja a C-3PO en el suelo, a medio arreglar, y rueda a un puerto cercano para insertar su comunicador.

—¿Qué estás haciendo? —exclama C-3PO—. ¡Regresa aquí en este instante y coloca mi otra pierna! ¿Qué sabes tú sobre reparar hiperimpulsores? ¡Estoy aquí tirado en pedazos mientras tú sufres delirios de grandeza!

En la cabina, Lando y Leia observan con impotencia mientras los arrastran al centro del enorme destructor estelar. Chewbacca ruge y golpea más paneles.

Y entonces, las estrellas empiezan a estirarse, como si las estuvieran jalando de los extremos. Los ojos de Lando y Leia se abren por la sorpresa. Chewbacca aúlla.

De pronto, están rebotando por la cabina.

R2-D2 se desliza salvajemente por el suelo.

Y C-3PO está gritando.

—¡Lo lograste! ¡Oh, R2! ¡Lo lograste! ¡Lo lograste!

En el destructor estelar, Darth Vader observa cómo desaparece el *Halcón Milenario* adentrándose hacia el infinito.

Desvía la mirada del monitor.

El Almirante Piett se afloja el cuello de la camisa y empieza a masajearse la garganta en automático.

Pero el Lord Oscuro sólo observa una vez más el espacio vacío y, entonces, se da la vuelta con la cabeza agachada.

No de ira.

Sino de tristeza.

LECCIÓN OMEGA:
LA PRUEBA FINAL

De acuerdo, mi joven pupilo. Llegó el momento esperado. Esta es mi última lección para ti.

Lo hiciste bien hasta ahora. Muy bien.

Pero las pruebas no se pasan en un solo momento. Tener éxito una vez no significa tenerlo siempre.

Así que mañana, tómate un minuto antes de ir a la escuela o al trabajo o a donde sea que tengas que ir, y medita. Sólo por un minuto. Respira.

Y luego, cuando estés en la escuela o en el trabajo o donde sea que estés, observa a tus compañeros o a tus colegas y piensa en ellos también como parte de la Fuerza. Son enjambres de partículas casi idénticos a ti, sólo separados por una parte menos densa de la Fuerza.

Y si alguien te dice algo que no te guste, tal vez algo malo, o tonto, o mezquino, no le contestes. Sólo date cuenta de que esta persona está siendo influenciada por el Lado Oscuro. Y de que no debes dejarte arrastrar por ella.

Y si mañana ves a alguien sentado solo, o a alguien que necesite que lo defiendan, o simplemente a alguien que necesite una sonrisa, ayuda a esa persona. Incluso si te ves raro o «poco genial». Recuerda: un jedi tiene una misión más importante que ser genial.

Tu penúltima prueba es vivir todo un día en armonía con la Fuerza.

Tu prueba final es vivir el siguiente día, y el siguiente, y el siguiente en armonía con la Fuerza también. Esta no es sólo *una* prueba final. Es la prueba final, la definitiva.

Ser un Maestro Jedi no consiste en nada más.

(Bueno… también están las volteretas y los sables de luz, supongo. Pero esos llegarán después. Quizás).

CAPÍTULO VEINTINUEVE



YACES EN UNA cama de la unidad médica, a bordo de una nave rebelde. Flexionas los músculos del brazo derecho. Los dedos mecánicos, cubiertos por una piel de silicón perfectamente convincente, se retraen y estiran tal como esperabas. Un droide médico pica tus dedos con una aguja y tú haces un gesto de dolor. Luego sonríes.

Del intercomunicador junto a la cama, sale una voz. Es Lando.

—Luke, estamos listos para el despegue.

—Buena suerte, Lando —respondes.

A través del intercomunicador, oyes los aullidos de Chewie.

—Para ti también, Chewie —añades.

—Cuando encontremos a Jabba el Hutt y a ese cazador de recompensas, te avisaremos.

Estás de acuerdo.

—Nos veremos en el punto de reunión en Tatooine.

Luego te levantas, te estiras y caminas hasta el centro de la habitación, donde Leia está parada ante una gran ventana, observando cómo el *Halcón* sale de su puerto. Estuvo escuchando tu conversación con ellos.

—Lo hallaremos, princesa —dice Lando—. Lo prometo.

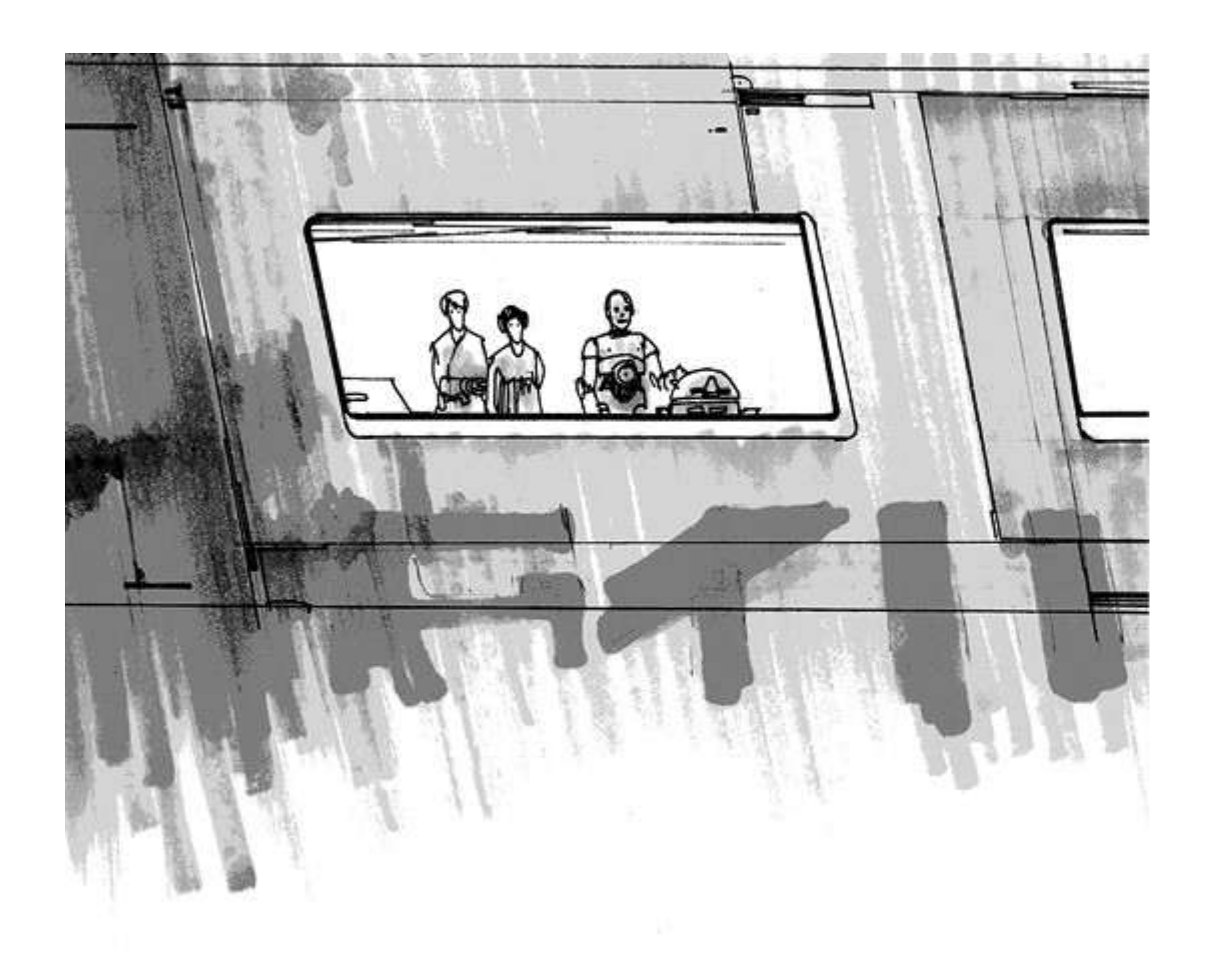
Rodeas a Leia con tu brazo y piensas en el momento cuando la viste. No, no la viste, la *sentiste*: un punto de luz en el gran campo de la Fuerza. La miras.

Pero ella no aparta los ojos del *Halcón*. R2-D2 llega rodando hasta la ventana, seguido de C-3PO. Tú sigues la mirada de Leia. Piensas en Lando y en Chewie, pero, más que en nadie, piensas en Han.

Hablas por el intercomunicador, aunque te diriges a todos cuando hablas. A Leia, Han, R2 y C-3PO; a Lando y a Chewie, a Ben y a Yoda. Incluso a Vader. También estás pensando en él.

Inhalas y exhalas. Y luego dices:

—Que la Fuerza los acompañe.



AGRADECIMIENTOS



AQUÍ HAY UNA LISTA de sólo algunos de los Ben Kenobi y los Yoda a quienes quiero y debo toda mi gratitud:

Sensei Eric Delannoy y Sensei Masahiko Honma. Sarah Burnes y Julie Strauss-Gabel. El Dr. Gold, el Dr. O. Dan y Alana. Joanne Chan Taylor y Carol Roeder. Pablo Hidalgo y Leland Chee. Elizabeth Schaefer y, especialmente, el valiente y sabio Michael Siglain.

También, Tony DiTerlizzi (tú eres Ben, porque me enviaste a Dagobah), Tom Angleberger (tú eres Yoda, porque tu conocimiento es muy arcano y profundo, excepto cuando se trata de las hermanas Tonnika) y Alex Bracken (quien es claramente la Leia de nuestro grupo. ¿A poco no?).

Para terminar, quiero agradecer a Lauren, quien es mi Leia, y a Zachary, quien es mi Luke. (¿Qué dices, Zach? ¿Creíste que serías mi Han? Por favor. Yo soy Han).

BIOGRAFÍA DEL AUTOR



ADAM GIDWITZ es el exitoso autor de la serie de libros *The Tale Dark and Grimm*, una de las más vendidas del *New York Times*. Sus libros han sido reconocidos por la Asociación Americana de Bibliotecarios (con el nombramiento de Notables), el *New York Times* (como Selección del Editor), así como por *Publishers Weekly*, *School Library Journal* y *Kirkus* (como Mejor Libro del Año). Durante ocho años, Adam trabajó como profesor en Brooklyn, donde reside actualmente.